

IDAD
CCIÓN



R. BAZIN

MEMORIAS
DE UNA
SOLTERONA

PQ2193

.B3

M4

c. 1

333

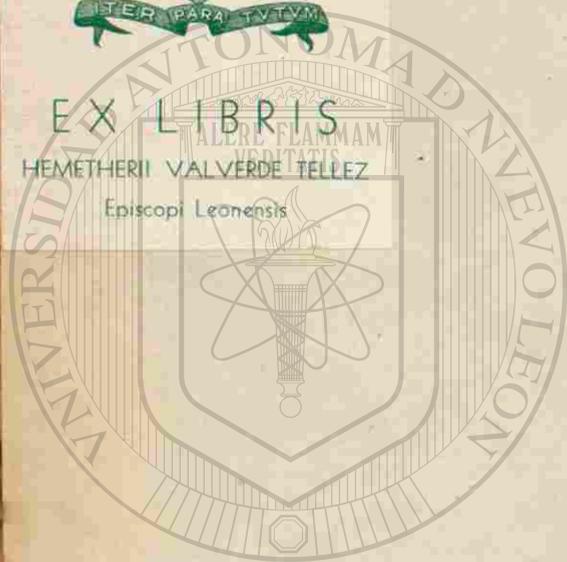


1080022077

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

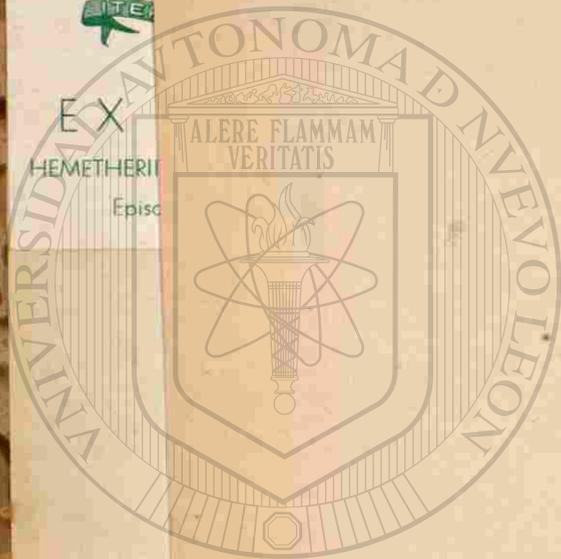


R. BAZIN

MEMORIAS

DE UNA

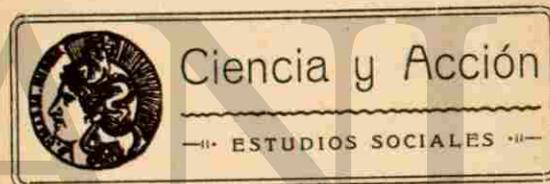
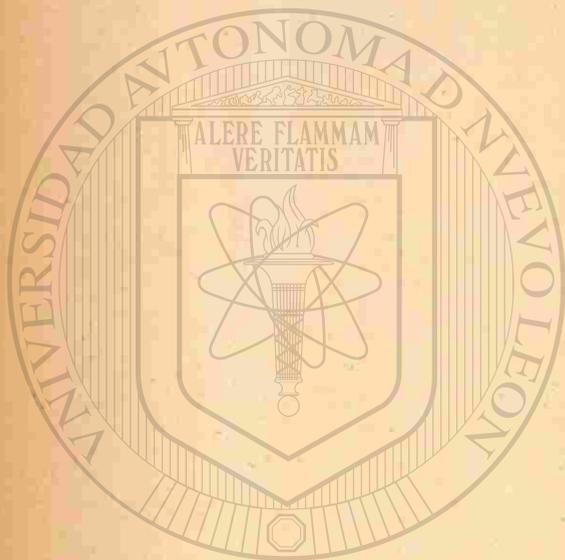
SOLTERONA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CIENCIA Y ACCIÓN
ESTUDIOS SOCIALES
CASA EDITORIAL
CALLEJA-MADRID



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas N
Núm. Autor B 363m
Núm. Arg 10693
Procedencia -6- (R)
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó 64

MEMORIAS
DE
UNA SOLTERONA

por
RENÉ BAZIN

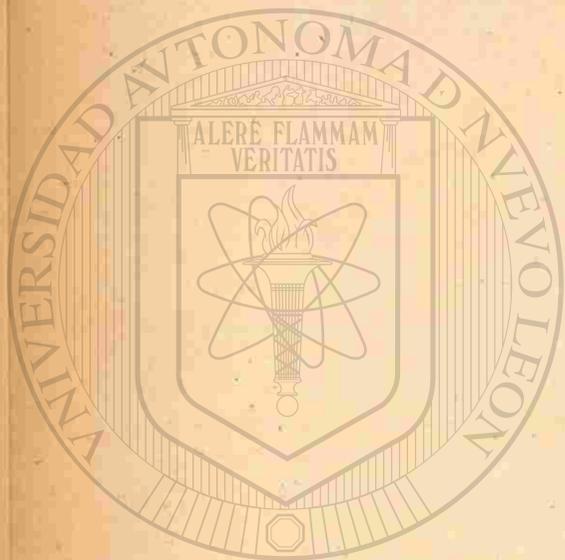
(De la Academia francesa).

VERSIÓN CASTELLANA

DE

E. ALVAREZ DUMONT

(Con censura eclesiástica).



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Capilla Alfonso
Nº 11 de la Biblioteca Pública

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

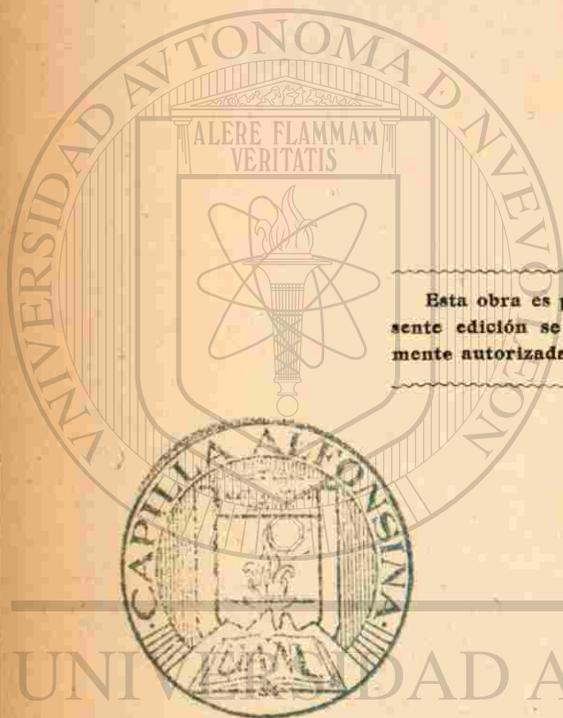
SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ
Calle de Valencia, núm. 28

Casa editorial fundada en 1876

10693

46933

P02/93
B3
M4



Esta obra es propiedad; la presente edición se publica debidamente autorizada.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Tipografía LA EDITORA.—San Bernardo, 19, Madrid



Advertencia.

Estos relatos los he tomado de los papeles que una solterona me legó hace poco. El título lo eligió ella. Figuraba en la primera página de un cuaderno de papel de barba, lleno de una letra firme, desigual, hecha á prisa y corriendo, entre visita y visita. Con él quiso expresar que había visto lo que contaba, que este libro es, ante todo, el testimonio directo de una persona que compartió la vida de dos fracciones de la humanidad demasiado poco conocidas en todas las épocas y en todos los países: los pobres y aquellos que los aman. Estrechos vínculos de parentesco me unían á la autora de las *Memorias*. Esta vivía unas temporadas en París y otras en una

010693

posesión inmediata á Orleans, en esa Beauce, pedrada como un capón cebado, sin un matorral, sin un árbol, y en la que, sin embargo, se hallaba muy á gusto, porque sentía verdadera pasión por las líneas rectas, por el espacio y por la luz. Muchas personas creían conocerla y se equivocaban por completo al juzgarla, de lo que ella y yo reíamos grandemente. Decían que era optimista, y ya no tenía ilusiones. Hasta me parece que sufría horriblemente cuando pensaba en nuestra impotencia para remediar las desgracias que vemos en torno nuestro, pero, convencida de que este sufrimiento oculta un sentimiento de orgullo, lo disimulaba y procuraba dominarlo, considerándolo como una causa permanente de debilidad. Huía de las lamentaciones para no interrumpir las obras. Asistía á las fiestas mundanas; vivía en el mundo, pero no le amaba. En cambio amaba y frecuentaba la sociedad religiosa de Francia, sociedad numerosa, llena de vida, incomparable, fundada por la voluntad de muchos y por la gracia de uno solo, compuesta de ricos y pobres, de clérigos y seglares, de los que rezan, de los que piensan en la eternidad, de los que no cesan de afirmar con su ignorada abnegación la fraternidad de la que tan poco hablan. De todos éstos ha dicho algo en sus *Memorias*. Se ha extendido más en las

escenas de la vida popular, y, sobre todo, de la vida de miseria, de las cuales escenas fué testigo. Habiendo recorrido en todos sentidos un terreno que jamás será muy frecuentado, había recogido en sus excursiones datos y apuntes del natural, como hacen los viajeros, y también métodos, lecciones y opiniones como, por ejemplo, la siguiente: Los obreros están aún más necesitados de dignidad que de pan; muchos de ellos lo adivinan confusamente y el modo más eficaz y más rápido de conmovérselos, de conquistarles, de regenerarles, es infundirles la certidumbre de que se les ama únicamente por su alma. ¿Es esto una paradoja? No, es una verdad profunda, fruto de la experiencia de toda una vida y que sólo negarán aquellos que no conocen á los hombres. Para la autora de las *Memorias* es este un pensamiento dominante y capital, que tal vez no haya expresado bajo esta forma, pero del cual está íntimamente penetrado este libro.





Memorias de una solterona.

I

La vocación de una solterona.

UNA de las ventajas de las solteronas, es que podemos confesar nuestra edad. Yo tengo treinta y siete años cumplidos y olvidados ya por mi prójimo y hasta casi por mí misma. ¿En beneficio de quién había yo de procurar parecer más joven? Yo no comparto la vida de ningún sér; yo no soy un obstáculo para la realización de ninguna aspiración, ni fomento ninguna ambición, ni tengo en torno mío ninguno de esos cariños apasionados de un marido ó de unos hijos que sufren al ver destruída la energía que les es útil y la parte ideal que creían haber monopolizado. ¡Y la vejez se apodera de todo esto! Es una mala aparcera. Acaba por no dejar nada.

Yo no he llegado á ese extremo. Sin ser vieja, disto bastante de ser joven para que mi libertad no sea completa. Puedo ir y venir por las calles en la ciudad y

por las carreteras en el campo; subir á las guardillas de los pobres, parar á Valeria cuando sale del taller, y preguntar por su padre á los tres pequeñuelos de Blancpignon que están jugando en la acera sin que nadie se cuide de ellos. Para ser útil á los pobres, no se necesita ser fea; pero como me dijo una vez una sillera, no conviene «gastar muchos lujos»; es preciso que cuando nos vea de lejos aquel ó aquella á quien vamos á buscar, piense sencillamente: «Es una mujer»; cuando nos hable: «Es una señora»; y en el momento en que nos alejamos: «Es una amiga». Estoy segura de que mis pobres me amarían menos si yo fuese esclava de la moda y si no me encontraran siempre lo mismo; tendrían menos fe en mi cariño si yo llevase en mi persona tantas pruebas de que no siempre estoy pensando en ellos. Le tomarían ojeriza á mi abrigo de astrakán ó de cibelina, á mis lazos, á mis volantes, á los tacones de mis botas y á la pluma de mi sombrero.

Si otra mujer dedicada también á vestir imágenes y con las mismas aficiones que yo, me pidiese consejo, le advertiría, ante todo: Señorita, hay diez mil maneras de ser modesta en el vestir; la más desagradable consiste en serlo demasiado; no siéndolo bastante se corre el riesgo de ofender á los humildes; para hallar el justo medio basta con tener un poco de corazón y de costumbre.

En segundo lugar, le diría: Ningún trabajo le costará á usted inspirar respeto á los pobres. No es necesario explicar la caridad á los que se benefician de ella

ni á los que constantemente están viendo desgracias en torno suyo. Acude siempre bajo nombres distintos que no se conocen inmediatamente ni se saben siempre; pero se inclina, con la misma solicitud, sobre los mismos males que incesantemente renacen; siempre ha pertenecido al barrio; nadie recuerda una época en la que no hubiera asilos, ni hospitales, ni personas que visitasen á los pobres, ni repartos de ropas de invierno, ni bonos de pan, ni enfermeras, ni socorros á los trabajadores, ni regalos de cunas, ni donativos de envolturas. No hay calle, por oscura y fétida que sea, por donde no haya pasado muchas veces, una mujer como nosotras, llevando algún consuelo en sus manos y en sus ojos. ¿De dónde ha salido? ¿Para qué ha ido á aquel barrio? ¿Qué reflexión, qué aficiones, qué dolor ó qué interés la ha impulsado á ir, y luego la ha obligado á volver? Los pobres no tratan de averiguarlo por la sencilla razón de que ya lo saben.

Saben que hace diez y nueve siglos fué propagado por el mundo un ideal de fraternidad y que desde entonces hay seres, mujeres casi siempre y creyentes en su mayor parte, aunque algunas no lo sean, que lo recuerdan. Saben también que jamás faltarán estos seres. Las personas de la buena sociedad, por el contrario, no salen de su asombro. Sobre todo, al ver que nosotros quedamos solteras.

¡Qué catástrofe! Y tratan de explicarlo. No se preguntan si, á falta de otros motivos, no habrán bastado para hacernos prudentes, los ejemplos de felicidad que

nos ofrecen sus hogares. No, necesitan una explicación que nos rebaje á nosotras y que les honre á ellos: somos demasiado feas ó demasiado pobres, hemos tenido disgustos amorosos, el ser querido nos ha dejado plantadas, ya involuntariamente, por haberse muerto, ya porque nos ha sido infiel. ¡Pobrecitas! Y nosotras nos consolamos,—si puede una consolarse de este modo, cosa, según ellos, muy dudosa,—«haciendo obras de caridad.» Durante diez años, he oído, he adivinado estas murmuraciones en torno mío. He soportado entrevistas que jamás han dado resultado; he desanimado á todo el que intentaba entablar negociaciones matrimoniales, y hasta la anciana casamentera ha llegado á decirme: «Ya lo sentirá usted, hija mía, y entonces será demasiado tarde, si demasiado tarde.» Hasta que cumplí los treinta años no me vi libre del peligro de casarme, ó por lo menos, hasta entonces no cesaron de proponérmelo. Lo mismo le sucederá á usted, se lo participo.

Además, haría otra advertencia á la candidata que me consultase. Ni antes ni después de que haya usted cumplido los treinta, le diría, creará nadie en su vocación. Lo único que harán, será clasificarla á usted entre las «sobreseídas», como creo que llaman en el Palacio de Justicia á las causas de que es inútil ocuparse. Pero, hay personas que nos siguen persiguiendo y ni envejeciendo conseguimos vernos libres de ellas. Desconfíe usted de las admiraciones desinteresadas. Si consigue usted fundar una asociación nueva ó dar ma-

yor impulso á una ya fundada; si á la rifa para los pobres organizada por usted ha acudido mucha gente; si un amigo, al atravesar el barrio en automóvil, la ha visto á usted en medio de un grupo de niños ó de mujeres, ataviada con su blanco mandil de enfermera y tratándolas á todas como una amiga verdadera, entonarán un coro de alabanzas y le darán á elegir entre infinidad de palabras elogiosas: «Una verdadera santa, querida, una verdadera santa; hace cosas admirables, y eso que no está nada buena, nada buena.»

Estos discursos no entusiasmarán á los muchachos, pero despertarán la curiosidad de los hombres maduros. La ensalzarán á usted con extraordinaria gravedad, magistrados retirados ó en activo servicio, senadores y antiguos *sportsmen* vencedores en el tiro de pichón. Serán sinceros, estarán emocionados, ó, por lo menos, creerán estarlo. Algunos de ellos propondrán suscripciones que siempre es preciso aceptar. Muchas veces me he visto obsequiada y atendida de este modo, por interés hacia los pobres, según decían; pero yo comprendía que todo aquel interés lo inspiraba sencillamente el amor, y me sentía tan codiciada como cuando era muchacha, sólo que yo misma pensaba que ya no tenía edad para ello, y se me antojaba que era algo así como un racimo de albillo conservado entre papeles de seda. Hará usted bien en sustraerse ingeniosamente, si le es posible, á esas beatificaciones ilícitas. No son peligrosas desde el punto de vista de la moral, pero, á poco que les prestemos atención, des-

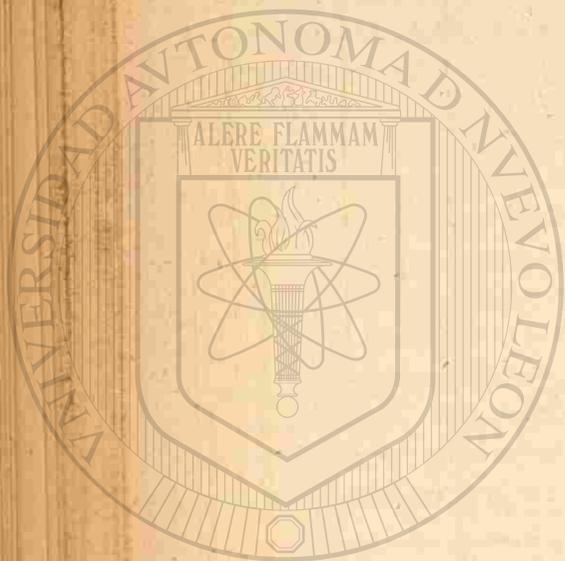
aparecerá ese hermoso olvido de nosotras mismas, sin el cual ya no seremos solteras sino sencillamente mujeres que no han encontrado marido.

Y por último diría á mi candidata: Tenemos una historia muy larga y muy noble que es preciso continuar: la historia de las familias francesas. Estas familias han sido, en gran parte, obra de las solteras, de las cuales estaba antes Francia mejor provista. ¿Quién no recuerda á su tía Gothon, á su tía Mariquita ó á su tía Úrsula? Nadie heredaba de una vez grandes fortunas de aquellas mujeres pobres ó arruinadas; pero existe la herencia diaria, la de los beneficios que producen nuestras acciones. La tía Gothon hilaba, la tía Mariquita arrullaba á los pequeñuelos, y la tía Úrsula los enseñaba á leer. Las madres, muy fecundas, encontraban de este modo, sin desembolsar un cuarto, quien les ayudase á criar á sus hijos. Entonces había cuatro, seis, ocho brazos para dormir á los niños, varias voces para cantarlos, un solo corazón para educarlos. Las tías extendían también su radio de acción fuera de su casa, y esto es lo que hay que hacer. ¡Cuánto me hubiese gustado conocerlas! ¡Debían tener un surtido tan grande de recetas y de máximas adecuadas á su posición! Ignoro lo que acerca de esto dirá la estadística, pero diga lo que diga con respecto al número de solteras que hay en Francia, estoy segura de que ha disminuído el número de las solteras útiles á sus parientes y á sus vecinos, de las solteras que poseyendo escasa fortuna, hacen, viviendo en el mun-

do, casi la misma vida que las monjas. Ni damos ni daremos jamás abasto. Sin embargo, creo que van á ingresar en nuestras filas nuevos reclutas. Otras mujeres mejores que nosotras, más santas, que nos han reemplazado, ó que se han adelantado á nosotras en el ejercicio de la caridad. Ahora que se ven expoliadas, arrojadas de sus casas, es probable que muchas de aquellas á quienes sedujo el claustro, se unan á nosotras, que no tuvimos una vocación tan perfecta.

No tenga usted miedo de aburrirse. Después de pasarme un día correteando por el país de la miseria, cuyo mapa jamás estará terminado, tengo la vista fatigada, los pies doloridos, el corazón lleno de amargura por las lástimas que he oído contar ó que he visto; pero me falta tiempo para estar triste. Y son tantos los hijos que fuera de mi casa me están esperando siempre, deseando que me levante, que me duermo en cuanto me acuesto.

Cuando aún no es hora de ir á visitarlos y estoy en mi gabinete de París ó en mi alcoba del campo, cojo mi libro de memorias y escribo un recuerdo de esta vida activa, febril, que es la de otras muchas mujeres, y que pocas personas conocen entre las aficionadas á leer. Episodios vividos por mí ó por mí adivinados, dolores soportados en silencio, alegrías vistas tan de cerca, que por un instante y hasta algún tiempo después las he creído mías... A esto llamo yo mis *Memorias*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Una vida.

7 de Febrero de 1887.—Día de invierno, no hace viento, pero hay una niebla helada, traidora, de la que es imposible resguardarse, que agota las energías del cuerpo y las del alma, que está preñada de amenazas de muerte, así como ciertas nubes están cargadas de electricidad y el aire de primavera saturado de vida. El lodo de las calles se disuelve lentamente, se convierte en una masa semejante al sebo que lo invade todo, y los carruajes que pasan dejan dos surcos de color de hierro, como las vías de un tren. Los transeuntes huyen del barro, siempre que pueden; pero los chiquillos que van recogiendo carbón chapotean en él y en él hunden ambas manos. Son los tiznados rebuscadores cuatro niños; dos zagalones de doce á trece años,—tal vez tengan algunos más, porque no se puede calcular bien la edad de una criatura cuando su vida se desliza en la miseria,—una niña de unos nueve años y un arrapiezo de cuatro ó cinco. Van tras una hilera de carretas que llevan á una fábrica su provisión de

hulla, y cuando por efecto del traqueteo se desprende un fragmento de la carga y cae al suelo, se abalanzan á un lado y á otro, todos al mismo tiempo, casi bajo las ruedas, entre las patas de los caballos, y cogen el pedazo de carbón. Cada uno tiene un saco colgado de la cintura, excepto la niña que lo lleva en la mano. Me interesa más que los otros porque puedo ocuparme de ella y de otras como ella con más facilidad. Las solteronas como yo tenemos siempre ternura de reserva para repartir, y ello es una fortuna para todas esas criaturas que á no ser por nosotras no sabrían lo que es cariño. Yo también empecé á seguir á las carretas, pero por la acera. ¡Qué claramente iba pregonando el aspecto de la chiquilla que era una de esas niñas que se crían sin madre, y á las que conozco desde muy lejos, desde que he visto tantas de muy cerca! Duerme mal, come peor, está abandonada, es viciosa; lo adivino en su carita afilada, paliducha, con las mejillas arreboladas por la fiebre; en la violencia de sus ademanes, cuando empuja al más pequeño de la cuadrilla para coger antes que él los pedazos de carbón; en su risa, en la que vibra el reto y la insolencia cuando los mayorcitos la dirigen la palabra; y en sus ropitas que nadie ha remendado ni lavado jamás. ¿Las habrán cosido convenientemente una vez siquiera? La falda, de merino negro, le hace un respingo por la derecha, le cuelga demasiado por la izquierda, y le forma por detrás una porción de pliegues, á manera de una cola que le tapa los pies y la arrastra por el lodo. Tiene bonito

pelo, rubio, de un color ya desvaído, entre paja y heno. En su cabellera hay reflejos de oro. ¿Los habrá también en su alma?

Seguí tras los carros. Subieron por una calle del barrio, empedrada, estrecha, en la que el carbón caía desde lo alto de aquellos montones ambulantes en llovizna menudita que formaba dos regueros á ambos lados del carro. Los cuatro chiquillos no cesaban de agacharse y enderezarse. De repente, las carretas dieron una vuelta, las dos hojas de un portón se abrieron ante la primera como movidas por un resorte, y se cerraron cuando la última hubo entrado en un patio desierto, rodeado de tapias. Los pequeñuelos quedaron un momento inmóviles, contemplando este obstáculo; luego dejaron sus sacos en la cuneta del camino, y los tres niños saltaron la cerca de un prado que se extendía á treinta pasos de allí. Acerquéme á la niña, que estaba cansada y que respiraba anhelosamente apoyada en un árbol, y la pregunté:

—¿Cómo te llamas?

La chiquilla me contestó, deseosa evidentemente de verse libre de mí:

—Georgina.

—¿Estás siempre en la calle como hoy?

—No; nada más que los días que viene carbón.

—¿No bastan tus hermanos para recogerlo?

—No son mis hermanos, son unos chicos. Sólo el pequeñito es hermano mío.

—¿De modo que tu padre no tiene trabajo?

Calló.

—¿Ni tu madre tampoco?

—Está física.

Sentí en el corazón como una puñalada al escuchar esta frase, dicha con brutal indiferencia. La niña se hubiese expresado en el mismo tono si se hubiera tratado de una yegua, de una marrana ó de una gata. Sin embargo, no lo había hecho con intención de insultar á su madre ó de asustarme. Este era el modo de hablar de sus conocidos y de sus amigos.

—¿En dónde vives?—la pregunté.

Sin mirarme me dijo un número y el nombre de una calle. No pude encontrar su mirada. Impaciente, inclinada hacia delante, escuchaba los gritos de los tres chiquillos, que debían correr junto á un seto, allá á lo lejos. Y, como ya había descansado, corrió á la cerca y saltó al prado para reunirse con ellos.

Mayo de 1890.—Estuve tres años sin tener noticia de Georgina. Me había dado unas señas falsas. Y, por otra parte, mis ocupaciones me impidieron continuar mis pesquisas. ¡Tengo tantos clientes de los que se van para volver y de los que se van para no volver, sobre todo de estos últimos! ¡Cambia tanto de sentimientos y de alojamiento la miseria! Sin embargo, no había olvidado á la chiquilla. Un día la encontré inopinadamente, en una casa á la que iba yo con frecuencia, sin sospechar que vivía allí su madre desde hacía algunos años. La niña fué la primera en reconocermé, y ello la produjo una especie de alegría que

iluminó su carita paliducha. La encontré crecida, demasiado alta para su edad, y comprendí que estaba triste en cuanto me dió los buenos días. Estábamos en el portal de una casa de las afueras, ni vieja, ni sucia, detrás de la cual, por la puerta entreabierta del corredor, se veía un jardín dividido en seis partes, sembrado casi todo él de coles, y un barreño lleno de ropa mojada.

—¿Lavas?

—Yo lo hago todo; mi madre no puede hacer nada. Cuando vengo de la escuela tengo que trabajar de firme, y en cuanto me levanto arreglo la comida, las camas... Afortunadamente no tenemos una cama cada uno.

En su entonación advertíase esa cólera, ese afán de emanciparse, esa rebeldía que son signos de la suprema ignorancia. Hablamos de la escuela. La niña no cesaba de mirar al jardín. Los oblicuos rayos del sol doraban las coles y el caballete de la tapia. Un gorrión gorjeaba, esponjándose lleno de satisfacción, y repetía: ¡Qué bien se está!, ¡qué bien se está! Georgina era de las primeras de su clase. Adiviné que deseaba probármelo y la interrogué. Todo lo sabía: Francisco I, 1515-1547; Enrique IV, 1589-1610, asesinado por Ravaillac el 14 de Mayo de 1610; la batalla de Wagram, el 5 y 6 de Julio de 1809; la presidencia de Grévy, desde 1879 á 1887...; el volcán de Popocatépetl en las montañas Rocosas... Y sonreía recordando otras muchas cosas que hubiera podido responder. La pregunté:

—¿Sabes que tienes un alma?

Se encogió de hombros, sin acentuar demasiado el ademán, y contestó:

—¿Y para qué sirve?

Pues para vivir y morir, sencillamente, hijita. No puedes figurarte lo que ganarías, hasta en valor y en alegría, si supieras que tienes alma y que hay Dios.

Por vez primera vi sus ojos, que se fijaron en los míos. Eran azules; un relámpago de ternura fulguró en la superficie, y las sombras quedaron allá en lo profundo. Prevalcieron las sombras y la mirada tornóse dura, porque el corazón se cerraba.

—¡Bah!—exclamó,—¿en dónde se aprenden esas cosas?

Seguimos hablando durante medio minuto; luego, la falta de tiempo, la desconfianza que yo la inspiraba y otras pasiones, la solicitaron. Agitó los dorados mechones de su revuelta cabellera, echó á correr por el corredor, bajó dos escalones, y á poco sentí el ruido de la paleta con que golpeaba la ropa.

Algún tiempo después supe que había ido tres veces á la parroquia á escuchar las explicaciones del catecismo, «por complacer á la señorita». Pero allí se encontraba como gallina en corral ajeno; era una de las mayores y de las menos adelantadas. No volvió. También me contaron que la familia había cambiado de domicilio y que Georgina estaba trabajando en una fábrica.

8 de Septiembre de 1900.—Ayer tarde estuve pasean-

do por la acera de un hermoso paseo lleno de árboles, y recreándome en la dulzura del ambiente, y en la alegría y la satisfacción de los que paseaban como yo. Los domingos de Septiembre nos dan á conocer una población que no vemos tan bien ni tan completamente durante los demás meses; una población casi homogénea. En invierno, en verano, un lindo sombrero oculta muchas caras feas. Pero en Septiembre, las lindas plumas, las lindas cintas, las lindas formas están en el campo. Entreteníame, pues, en observar aquella multitud completamente popular y en estudiar la asombrosa decadencia de la moda á través de las clases sociales. En París no hay más que imitaciones baratitas. Cuando se ve la postrera transformación de lo que fué una idea de lujo y de belleza, no es una sonrisa lo que viene á los labios, por lo menos, á los míos. Es necesario consolarse contemplando los rostros y la satisfacción de ser bella que en ellos se refleja. Pensaba esto cuando se me adelantó una pareja. El novio era un obrero muy joven, imberbe, más bajito que la mujer, flacucho y encanijado por el alcohol. Parecía muy enamorado, reía mucho, sin la menor turbación y estrechaba ostensiblemente el brazo ó la enguantada mano de su compañera. Georgina llevaba guantes: guantes de Suecia color paja, y un sombrero que lo menos le habría costado 7,50 francos, uno de esos sombreros que están adornados con pana y con flores bastante bonitas. No reía, hasta hubiera querido que todos hubiesen sido muy juiciosos, muy dignos, muy

altivos durante el paseo. Pero todo se lo perdonaba al marido futuro, al hombre á quien amaba y que representaba para ella la libertad y tal vez la ociosidad, ese sueño dorado de los pobres. Georgina estaba seductora. Sus cabellos, peinados en bandas, huecos, foscos, alborotados, semejaban dos alas de perdiz. El sol prendía un nimbo en torno suyo. Los transeuntes adivinaban su alegría y la miraban pasar, y había mujeres que se volvían después de haberla contemplado, por la emoción que producen estas cosas cuando se recuerdan. Georgina me reconoció, pero sin duda le contrariaba verse obligada á explicar nuestros encuentros. Me tropezó al pasar, hizo como que se fijaba en un grupo que cantaba bastante lejos, y no me saludó.

No estaba casada aún, puesto que detrás de ella, arrastrando los pies, iba esa pareja de viejos, tíos, primos ó amigos, que los novios suelen llevar á remolque en sus paseos, y á los que convidan á beber en los ventorros.

16 de Marzo de 190...—Esta mañana iba yo muy de prisa, y crucé una callejuela llena de tenduchos minúsculos que forman pasadizos lóbregos, abovedados, los cuales desembocan á los quince ó veinte metros, en verdaderas ciudades de obreros. Una mujer que salía de uno de aquellos oscuros corredores, me tropezó ligeramente y, nerviosa, me dijo:

—Usted dispense, señora. ¡Veo tan mal!

Nos miramos, y antes de que yo hubiese hablado,

dos manos estrecharon las mías y ví que los labios se agitaban nuevamente para decir:

—¡Venga usted! ¡Oh! ¡Venga usted, soy muy desgraciada!

Imposible resistir á esta súplica. Entró conmigo en el oscuro portal y yo escuché sus lamentaciones. Su marido la abandonaba. Sus dos hijos eran una carga muy pesada, no sabía ningún oficio, y la fábrica obliga á estar tanto tiempo fuera de casa! Las manos no me soltaban; los ojos no se separaban de los míos. En su angustia acudía á mí, porque trece años antes la había compadecido por algo más que por su miseria.

Hablamos íntimamente, sobre todo de sus hijos y de los proyectos que me confiaría cuando yo fuese á verla á su casa. Se lo prometí.

—Es que—añadió acompañándome hasta la calle—yo no me encuentro nada buena... ¡Mire usted qué pálida estoy! Soy...

Sonrió con una expresión que me hizo daño; recordó lo que en otra ocasión me había dicho, y murmuró:

—Estoy física, como la otra.

Y añadió muy quedo al separarse de mí:

—Tal vez sea este el momento oportuno de enseñarme todas esas cosas que no sé, puesto que no solamente sirven para vivir...



III

Octavia Merle.

En el corralón en que vive Georgina, el corralón del Laurel Azul, pasé ayer un rato muy agradable y muy triste. Lo agradable no vino hasta el final, cuando creí comprender que la confesión de sus sufrimientos había tranquilizado á aquella alma aniquilada por el silencio. El silencio de las personas religiosas está lleno de conversaciones con Dios; pero el de esos desgraciados que no creen en nada, pesa como la losa de un sepulcro sobre el dolor siempre vivo.

Cuando entro en las casas de los pobres en donde me conocen, hay mujeres que miran primero el saco de seda negra en donde guardo mis bonos de pan y de carbón; también hay algunas que lo primero que miran son mis ojos, y éstas son mis amigas. No todas hablan conmigo. Para tener derecho á compadecer á un desgraciado es necesario haberlo adquirido. Y, á veces, se adquiere á un precio muy elevado.

Yo saludaba desde hacía cinco ó seis años á Octavia Merle, la mujer que vive en el piso cuarto izquierda, en las guardillas. Las vecinas me habían hablado muy bien de ella, lo que es bastante raro.

—¡La Merle! ¡Ah, señorita, esa sí que es desgraciada! Mantiene á dos hombres, al suyo y al hermano del suyo; dos gandules, se lo aseguro á usted. Se mata á trabajar. Pero no le pedirá á usted una limosna. No, no puede; se calla y delante de usted ni siquiera hablará de sus penas.

Ahora bien: ayer llamé á la puerta que hay á la derecha de la suya. Quería preguntar por una muchacha —una locuela y una parlanchina,— que me había suplicado que la inscribiera en la lista de Beneficencia. Debía haber tenido su tercer hijo durante el veraneo. Y al regresar del veraneo, que tuvo que prolongar aquel verano, fuí á visitar á la madre y al niño.

Llamé una, dos, tres veces. Nadie respondió. En la caja de la escalera, el viento, aspirado por el tragaluz de algún camaranchón, rugía ó silbaba al ascender. Di una vuelta para bajar. La puerta de la izquierda se entreabrió y apareció el pálido, el demacrado y trágico rostro de Octavia Merle.

—¿A quién busca usted?

A su vecina, Octavia.

—Ha muerto.

—¡Ah!... ¡Pobre mujer! ¿Cómo ha sido eso? ¿Conque ha muerto?

—¿Quiere usted que sólo mueran la personas honra-

das?... Por mucho que llame usted nadie la oirá... Todos se han marchado... No los echo de menos...

Decía esto secamente, con una llamarada de ira en los ojos y el secreto placer de mortificarme. Sin embargo, los labios, todos cortados, no temblaban solamente de odio al pronunciar estas palabras, sino de frío, de angustia, de debilidad.

—Si tiene usted curiosidad por saber á quién socorría—continuó,—entre usted en mi casa; yo se lo diré.

Lo que iba yo á saber sobre todo, ya y lo presentía, era la vida de la que me hacía este ofrecimiento. Sentéme en medio de la salita aguardillada, junto á la estufita de hierro colado, que mezclaba su tufo al olor nauseabundo de los cueros ensebados. Octavia Merle era guarnicionera. Montones de cañas y de chanclos cubrían la estrecha tabla de una máquina de coser que la pobre mujer había puesto entre la estufa y la ventana. Octavia apoyó los codos en ella y, por no mirarme, miró hacia afuera.

—Tengo muy mal la vista—dijo.—He trabajado demasiado y ahora me duelen los ojos en cuanto me fijo.

Por la ventana veíamos un panorama de tejados y de cielo; muchas techumbres de pizarra, chimeneas, postes, alambres é infinidad de columnas de humo, que son vidas que el viento atormenta.

Permaneció silenciosa un momento y luego me contó en pocas palabras, sin emoción aparente, sin cesar de mirar los tejados, lo mal que le había salido su matrimonio. Se había casado con un hombre más joven

que ella, enclenque, declarado inútil para el servicio militar por su mala constitución, y que no había visto en el matrimonio sino un medio de no trabajar. —«Yo era fuerte,—decía Octavia—no le hacía ascos al trabajo, creía todo lo que mi marido me contaba sobre los largos paros que había en su oficio de mecánico, sobre la dificultad de colocarse en otro taller. Y además, entonces, yo le amaba; era un chiquillo. Yo comprendía que era débil, poco juicioso y tenía miedo de perderle. Algunas veces le ha encontrado usted en el corralón del Laurel Azul; él la conoce á usted, me lo ha dicho. Es un hombre muy fino; parece un caballero; jamás le he oído una palabra malsonante mientras he podido ganar lo necesario; ni siquiera bebía. Yo le amaba.»

Por el tono con que decía esto, comprendí que aún le quería. La pobre criatura se estaba matando por mantener á su marido. Este trajo pronto á su casa á un hermano suyo que estaba enfermo del pecho, que se moría poco á poco y que se curaba bebiendo; y obligada á trabajar para los dos hombres y para dos hijos nacidos en los primeros años de su matrimonio, Octavia había estado cerca de cuatro años sin apartarse de aquella máquina, sobre la cual se amontonaba ahora el trabajo atrasado, durmiendo dos horas al día, atormentando sus ojos, sus manos y sus nervios, con objeto de que su corazón no padeciese. Entonces sucedió lo que hubiera debido adivinar, lo que tal vez había previsto; se puso hecha una vieja en pocos meses y su marido la abandonó.

Por la estrecha ventana, contemplaba Octavia los tejados de la ciudad, cada uno de los cuales oculta una pena ó un dolor. Para hablarme del infiel ella, tan dura cuando juzgaba al taller, á sus compañeros, á su cuñado, á sus hijos, empleaba palabras llenas de indulgencia, palabras que manejaba con instintiva prudencia, como si hubieran sido armas que pudiesen herirla á ella misma.

—¡Ha sido siempre tan atolondrado!... Antes me quería... Si no se hubiese dejado llevar por el otro, no me vería yo ahora abandonada y más enferma de lo que los médicos creen. Volvía siempre muy tarde; á veces, á la madrugada. Siempre me encontraba trabajando y nos peleábamos. Tal vez me hubiese tenido más cuenta el no decir nada, pero ¿cómo hacer esto cuando el corazón está hecho una pura llaga?

Todo lo que he hecho me ha salido mal. Mire usted, á esa vecina á la que usted ha socorrido muchas veces, también la tuve yo lástima. No era casada; siempre estaba de jarana, siempre riendo. Últimamente no nos hablábamos. Pero cuando tuvo su tercer hijo, las vecinas me dijeron: «De esta no sale,» y fui á verla. No tenía que hacer más que atravesar el descansillo para entrar en su casa. En cuanto me vió —la cama estaba en el fondo de la habitación, que es igual á esta,—me dijo: «No debía usted haber venido.» Y yo creí que se acordaba de los desprecios que le había hecho algunas veces. No abultaba nada bajo las mantas, parecía una niña. Tenía fiebre. A su lado,

en la misma cama, estaba el recién nacido, al cual había tapado la cara con un pañuelo. Le hablé, como se hace en tales casos, de su salud, del tiempo, del médico y de las vecinas. Me miraba como si yo fuese la muerte. No tenía más que ojos, dos agujeros muy oscuros con una lucecita que temblaba allá en el fondo. Entonces pensé que había llegado su última hora, que los niños iban á quedar abandonados, que era una lástima y le pregunté: «¿Quién es el padre del pequeño?» Hizo un gran esfuerzo para volver la cabeza del otro lado y mientras yo la ayudaba con mis dos manos, respondió: «¡No puedo decir su nombre delante de usted! ¡No puedo!...» Tres días después había muerto.

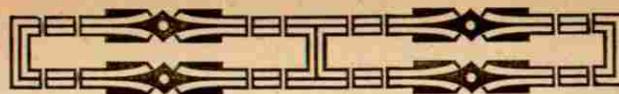
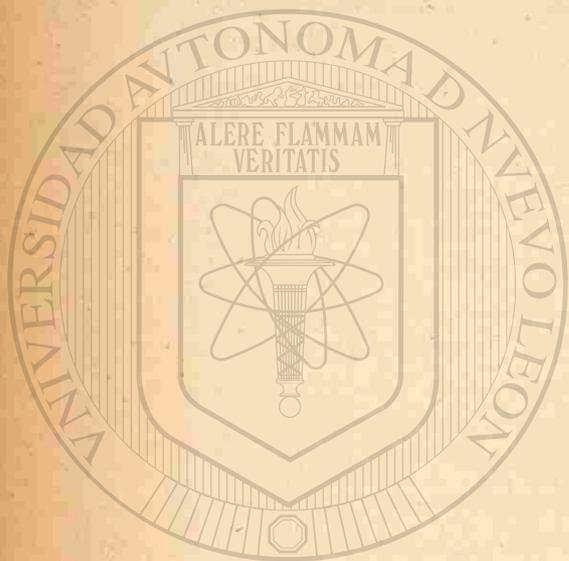
—Y el niño, ¿qué fué de él?

—A los dos mayorcitos los metieron en el Hospicio... El pequeño... yo no podía consentir que se lo llevase cualquiera, ¿no es verdad? y me quedé con él. Pero ahora me van á faltar las fuerzas para mantener á tanta gente, señorita...

El sol poniente comenzaba á dorar los tejados. Era más denso el humo que salía por las chimeneas. Negros nubarrones formados por el humo y la neblina deslizábanse, empujados por el viento, por encima de la ciudad. Estuve hablando todavía como una media hora con Octavia Merle, que se había inclinado otra vez sobre su máquina y había reanudado su trabajo.

Luego me volví á mi casa fluctuando, como me sucede muchas veces, entre la tristeza y la admiración.

Me preguntaba en dónde tales criaturas, que ya no poseen la fuerza de la fe, encuentran ese valor heroico, esa ternura, esa paciencia sobrehumana. Y me respondía que se sustentan aún, moralmente, de los restos de las virtudes y de los méritos de sus ancianas madres creyentes y ya desaparecidas.



IV

El tío Mulot.

Es un buen hombre; todo el mundo lo dice, y, aunque no me gusta esta locución tan vaga, que puede ocultar tanta culpabilidad ó inconsciencia, la empleo al hablar del tío Mulot. Me sería imposible expresarme de otro modo, porque para juzgarle es necesario no profundizar demasiado y compararle con los que le rodean.

Le llamo buen hombre porque debía ser malo y no lo es. Este es un milagro frecuente y gracias al cual vive aún la sociedad. Nuestros sobrinos lo explicarán.

El tío Mulot es, desde hace treinta años, escardador de lana en una fábrica de tejidos. Su hijo mayor escarda también, y su hija, á quien ha tenido la ocurrencia de llamar Silvia, es *atadora*, lo cual quiere decir que anuda, cuando está el telar en movimiento, los dos extremos del hilo que se rompe. De modo que son tres los Mulot que ganan y que viven fuera durante doce

horas seguidas. En casa quedan tres; la madre y dos niños pequeños que bastarían por sí solos para destruir una naturaleza más robusta; uno de ellos, porque es alborotador, travieso é incapaz de estarse quieto; el otro, porque siempre está malo. En casa de los Mulot jamás ha faltado el pan, ni el carbón, ni siquiera el haz de leña que echan en la chimenea, cuando hace demasiado frío, á la hora en que el padre vuelve del trabajo. No son pobres, precisamente; pero el campo de la miseria es mucho más extenso que el de la pobreza. La tía Mulot me contó sus penas. Un domingo por la mañana estábamos ambas sentadas, delante de la chimenea, en la salita del piso bajo, adornada con cromos y con estampas iluminadas, en vez de las imágenes piadosas de antes.

—Han salido todos, señorita, — me decía, — todos: mi marido, José, Silvia y los dos pequeños.

—¿Adónde han ido?

—A comprar el periódico.

—¿Se ocupan ustedes de política?

La tía Mulot se había recogido su falda de lana negra, y la sujetaba entre sus dos manos y entre sus dos rodillas. Así, inmóvil é inclinado su cuerpo, completamente encorvado, hacia la ceniza de donde salía suave calorillo, sólo respondió al pronto con una sonrisa y una mirada dirigidas al hogar. El rostro demacrado, demasiado anguloso, uniformemente pálido de la tía Mulot, se iluminó durante un segundo, como el tejado de un viejo caserón sobre el cual pasa un cohete.

—¡Oh!—dijo,—la política...; para ocuparse de ella es necesario ser rico. Hasta el año pasado no comprábamos nunca el periódico, por economía. Pero ahora, como José es ya un hombre, si no tiene algo que leer no se quiere quedar en casa los domingos. Así se distrae, se entretiene, pero está cambiando mucho...

—¿Pues qué periódico le compran ustedes?

Me dijo el nombre de un diario socialista y, adivinando que yo no aprobaba, añadió:

—Al principio hubiésemos podido comprarle cualquiera, y lo mismo le hubiese gustado. Pero ni su padre ni yo entendíamos nada de periódicos. La primera vez que Mulot salió para comprar uno, le dije: «Cómpralo en el estanco y cógelo del montón en que haya más.» Pensé que éste sería el mejor, y ahora veo que mi hijo empieza á decir de los curas cosas que no están bien. Pero se queda en casa, y esto es lo principal... Después de todo, es más fácil demanejar que su hermana.

—¿Silvia?

—Sí, señorita; una chiquilla muy linda, muy aficionada á divertirse, á componerse, y que está en la edad de las locuras.

—¿Cuántos años tiene?

—Pronto cumplirá diez y seis. Y no siente la menor afición por la lectura. Lo que es á ella no se la puede tener sujeta en casa con un periódico. Le gustan mucho las amigas, pero su padre tiene mucho cuidado. Yo creo que todavía es más severo que yo. Con Silvia es muy exigente.

Por la mañana la acompaña hasta la puerta del taller; yo los veo marcharse en cuanto es de día; ella, casi siempre á remolque, acabando de arreglarse el pelo, ó de abrocharse la chaqueta y echando luego á correr para alcanzar á su padre, que va delante, siempre al mismo paso, como un carretero. Á las once se ven otra vez en el *restaurant*.

—¿No vienen aquí á comer?

—Les falta tiempo, señorita. No les dan más que hora y media para almorzar y vivimos demasiado lejos para ir y venir. No, almuerzan con sus compañeros en *El Emparrado*, en el salón en donde se baila el 14 de Julio; ¿sabe usted en dónde digo, señorita?

—Sí.

—Á la gente joven le gustaría hacer rancho aparte, pero mi marido no quiere. Sabe que de las grandes reuniones salen siempre las parejitas, y tiene miedo. ¡Hay tantos tunantes en la fábrica, tantos muchachos que ni siquiera han oído hablar nunca de una buena acción! Como ven á mi marido y á José al lado de Silvia, no se acercan mucho. ¡Pero los domingos! ¡Los domingos sí que nos vamos á ver en un apuro!

—¡Mande usted á su hija á la doctrina, al convento!

—Ya lo he hecho. Su padre y yo teníamos miedo de que las monjas no la admitiesen, porque Silvia se ha educado en la escuela laica, pero no; hace seis meses iba todos los domingos, se entretenía, veía á otras muchachas de su edad y volvía contenta... Pero quiso la desgracia que...

La tía Mulot, pareció buscar con el dedo y esconder en el lagrimal una lágrima que solía estar pronta á aparecer.

—Quiso la desgracia que...—añadió,—el domingo pasado la despidieran.

—¿Por qué?

—Porque cantó: «¡Ven chiquita, ven!»

—¡Eso es imposible, tía Mulot!

—Ahora se lo dirá ella misma; ya está de vuelta.

Volvía, en efecto. Abrióse la puerta y el tío Mulot entró el primero. Era alto y tenía el pecho hundido y la cara toda llena de pelos grises; bigotes, patillas, cejas, mechones suplementarios que crecían libremente y entre los cuales rebrillaban dos ojillos pequeñísimos, muy negros y prontos á inflamarse como dos granos de pólvora. Llevaba una bufanda y un terno de tela ligera. Como el invierno no había terminado aún, todo el lujo de la familia se había acumulado en Silvia. Ella era la única que debía ir abrigada. Ella era la única que iba casi elegante. Llevaba guantes de cabritilla, —llenos de descosidos, eso sí;—una falda azul con dos volantes; un abrigo á la moda con mangas en forma de globo desinflado; un cuellecito recto; una corbata multicolor y un sombrero de tres picos; y no hubiese parecido fea, con su naricilla respingada, sus labios gruesos y rojos como un pimientó y sus ojos rasgados y muy vivos, á no ser por la insolencia que se advertía ya en ella, una insolencia completamente desarrollada, irremediable y dominante. La tía Mulot volvió la

10693

cabeza, yo me levanté y cuando tendí las manos á los recién llegados, Silvia me dedicó una sonrisa, la sonrisa que siempre hubiera debido verse en sus labios. Es una pena muy grande, para los que visitan al prójimo, sobre todo á los pobres, el pensar en lo que podían ser. Empezamos á charlar, pero en cuanto pronuncié el nombre del asilo, fué otra Silvia la que me respondió ofendida, irritada, intratable.

—¡Sí, por una canción! ¡Me han insultado por una canción! ¡No volveré más! ¡Ni usted, ni mi madre, ni mi padre me obligarán á volver!

—Aunque pudiese, no la obligaría á usted, Silvia, esas cosas se deben hacer por gusto. Pero, ¿qué va usted á hacer ahora los domingos?

El padre respondió por ella. No había cesado de mirarla, con inquieta admiración, con el secreto temor de los que no tienen más que un medio de acción, la autoridad, y no saben si será suficiente.

—¡Pues bien— dijo:—renunciaré á mi partida de bolos y llevaré á Silvia á paseo! ¡Ahí tiene usted lo que hará!

En la sala resonó una alegre carcajada. El tío Mulot no sospechó nada, pero su mujer tuvo el sentimiento de la nota falsa y perversa. Me pareció más pálida, más flacucha, más encogidita que antes, y, al acompañarme poco después hasta la puerta, me dijo:

—Ya no la podremos manejar tan fácilmente.

No se explicó más. La frase vaga se extinguió en la obscuridad de la calle y yo me alejé.

Como yo había adivinado, á Silvia no la expulsaron del asilo; la habían reprendido, no por haber cantado, sino por haberse peleado con otra muchacha. Volví á encontrarla varias veces, por la noche, á la hora en que salen de la fábrica, llenando las calles inmediatas, verdaderos ejércitos mixtos, y entre las mujeres que volvían en grupos de cinco ó seis, despeinadas, con la boca entreabierta para hablar, para reír ó para aspirar el aire libre, vi una que me hacía una seña amistosa. El padre no estaba nunca lejos.

El tío Mulot cumplía lo prometido. Él, poco amigo de andar, jugador de bolos y aficionadísimo á pasarse las horas muertas en la taberna, salía todos los domingos á las afueras y hasta al campo. Veíasele en los bosques de los alrededores de París, devastados y recorridos por los transeuntes día y noche, cogiendo primulas y violetas.

—Silvia,—decía,—vamos á coger flores para adornar la casa. ¿Quieres?

Ella accedía, pero sin entusiasmo. Y al anoecer, cuando volvían á su casa llevando en la mano un ramo de flores atado con un bramante, oían decir á los inquilinos de las casitas que había en el camino y que estaban sentados á las puertas aspirando el polvo y los escasos olores agradables que por casualidad llegaban hasta ellos: «No veís qué bien huele la glicina? Debe de ser la de ese jardín grande.» No, la glicina era Silvia con sus ramos, Silvia que se contoneaba y sonreía levemente en la obscuridad al oír el cumpli-

miento. Otras veces, el buen hombre cogía una caña de pescar, su hija cargaba con el cesto de las provisiones, y se iban al río, y se instalaban en un prado, en un sitio en donde el fango de los ribazos, lleno de pisadas, demostraba que los remansos ó las mimbreras tenían buena reputación. Pero ya pasearan por el este, por el oeste ó por el mediodía, el tío Mulot se daba cuenta de que su hija no le seguía más que por fuerza. Al terminar la primavera, una mañana que iban al campo y que Silvia se quedó un poco detrás, la sorprendió haciéndose señas con tres obreros de la fábrica que estaban escondidos tras la esquina de una callejuela. Tuvo el presentimiento de una desgracia; comprendió que toda la buena voluntad, toda la severidad y hasta todo el amor de un viejo como él no bastarían para retener á Silvia. Y, al domingo siguiente, cuando llamó á Silvia para ponerse en camino, no recibió contestación.

Esperó, se asustó en seguida, corrió á casa de los vecinos é hizo que se reuniese en torno suyo el gentío que, al menor escándalo, sale como por encanto de todos los patios, de todos los corredores, de todas las guardillas.

—¿No la han visto ustedes? Llevaba su sombrero con la pluma azul, su corbata rosa...

Pero nadie la había visto. Tuvo la insensata ocurrencia de levantar las tablas que tapaban el pozo; corrió luego á la comisaría, en donde no sabían nada, á casa de amigos que vivían muy lejos, á los cafés en

donde más de una vez habían descansado ambos, y cuando á las cuatro de la tarde, volvió extenuado, la tía Mulot, que se había quedado en su casa, le dijo, blanca como el papel, al abrirle la puerta:

—¡Ya has perdido á tu hija, Mulot! El estanquero la ha visto marcharse en bicicleta con dos muchachos de la fábrica.

Entonces, los vecinos se agruparon nuevamente en torno del pobre hombre, que gritaba:

—¡La mataré! ¡Si vuelve á presentarse ante mi vista la mato!

Y corría de una habitación á otra, enseñando los puños á la cama de Silvia, á los cuadros que estaban colgados encima y á los jugadores de bolos, sus amigos, que procuraban tranquilizarle. A las cinco había en la casa tanta gente como para un entierro, y mucha más agitación. Los chiquillos lloraban; las mujeres y los hombres formaban corrillos y charlaban en voz baja. Era casi de noche. Ya no se veía al tío Mulot que estaba en el fondo de la segunda habitación sentado en una silla y rodeado de unas veinte personas, entre hombres y mujeres, que parecían tan furiosas como él y le escuchaban con gran atención. La voz sólo se oía de cuando en cuando, temblorosa y vibrante:

—¿Qué no he hecho yo por ella?—gritaba Mulot.—

¿Puede decir alguien que no la he educado bien? ¿No ha ido al colegio? Ahora mismo acabo de encontrar sus cuadernos en el armario... Miren ustedes lo que

dice en ellos;—se oía el roce de las hojas torpemente manejadas;—vean lo que dice:

«La modestia es indispensable á las muchachas.»
¿No es esto una excelente lección?... Pues escuchen ustedes ahora: «El progreso de todos no puede obtenerse sino merced á la moralidad de cada uno.»
¿Qué tal? ¡Ya ven ustedes cómo la hemos educado!... ¡Y nunca ha ido sola á la fábrica!... ¡Y los domingos!... Les digo que como mi hija vuelva, la mato!...

Las respuestas surgían irregularmente, tímidamente. Un hombre decía como hablando consigo mismo:

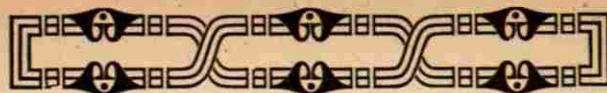
—Yo no haría más que pegarla.

—Los muchachos de ahora... se ven solicitados por muchas cosas—añadía otro.

Y una mujer murmuraba sin explicarse más:

—No nos ayudan lo que debieran, Mulot, no nos ayudan.

Y se hizo completamente de noche y Silvia no había vuelto aún.



La cerca de espinos.

HE pasado parte de la Cuaresma y los quince días siguientes á la fiesta de Pascua de Resurrección en una comarca que considero muy hermosa. Apenas me atrevo á decir, como el poeta, que me parece muy digna de ser amada. Me refiero á la Beauce. Esta región es monótona para los que la cruzan en el tren; es grande y hermosa para los que en ella viven. En cuanto á que carece de bellezas, estoy dispuesta á sostener y á demostrar que no hay injusticia mayor—hablo de las injusticias que se cometen con las cosas.—La Beauce tiene las mismas ondulaciones que la mar en calma, el mismo aspecto, plácido, uniforme, unido; tal vez haya en ella menos árboles que barcos en la mar; entre las colinas que la rodean da la impresión de una fuerza prodigiosa, incapaz de reposo, activa y oculta en las profundidades adonde la luz no llega, pero que surge de cuando en cuando, y sube á la superficie y se revela en un remolino, en una sacudida, en reflejos que tie-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFUNSO REYES"
Vdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dice en ellos;—se oía el roce de las hojas torpemente manejadas;—vean lo que dice:

«La modestia es indispensable á las muchachas.»
¿No es esto una excelente lección?... Pues escuchen ustedes ahora: «El progreso de todos no puede obtenerse sino merced á la moralidad de cada uno.»
¿Qué tal? ¡Ya ven ustedes cómo la hemos educado!... ¡Y nunca ha ido sola á la fábrica!... ¡Y los domingos!... Les digo que como mi hija vuelva, la mato!...

Las respuestas surgían irregularmente, tímidamente. Un hombre decía como hablando consigo mismo:

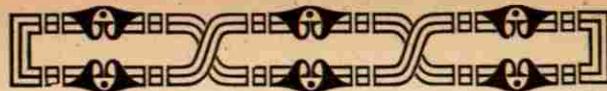
—Yo no haría más que pegarla.

—Los muchachos de ahora... se ven solicitados por muchas cosas—añadía otro.

Y una mujer murmuraba sin explicarse más:

—No nos ayudan lo que debieran, Mulot, no nos ayudan.

Y se hizo completamente de noche y Silvia no había vuelto aún.



La cerca de espinos.

HE pasado parte de la Cuaresma y los quince días siguientes á la fiesta de Pascua de Resurrección en una comarca que considero muy hermosa. Apenas me atrevo á decir, como el poeta, que me parece muy digna de ser amada. Me refiero á la Beauce. Esta región es monótona para los que la cruzan en el tren; es grande y hermosa para los que en ella viven. En cuanto á que carece de bellezas, estoy dispuesta á sostener y á demostrar que no hay injusticia mayor—hablo de las injusticias que se cometen con las cosas.—La Beauce tiene las mismas ondulaciones que la mar en calma, el mismo aspecto, plácido, uniforme, unido; tal vez haya en ella menos árboles que barcos en la mar; entre las colinas que la rodean da la impresión de una fuerza prodigiosa, incapaz de reposo, activa y oculta en las profundidades adonde la luz no llega, pero que surge de cuando en cuando, y sube á la superficie y se revela en un remolino, en una sacudida, en reflejos que tie-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFUNSO REYES"
Vdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

nen todos los colores del iris. Lo sé, no por haber soñado—las solteronas no deben soñar—sino por haber estudiado esta llanura elocuente que se extiende en torno del parque de mi hermana. Vivimos en la cima de una loma que apenas tiene unos cuantos metros de elevación, y en cuyas laderas, prolongadas, regulares y desnudas por todas partes, no hay otro camino que una avenida sin árboles de ninguna especie y que corre en línea recta por entre los prados. En la cima hay un castillo del siglo XVIII, un bosquecillo y unas tapias alrededor. En una colina semejante á esta, y á tres kilómetros de distancia, está el pueblecillo. Nos contemplamos sin molestarnos. No hay otros vecinos por aquellos contornos; el pueblecillo es el caserío más inmediato, el más pobre y el más castigado bajo la infinita extensión del cielo, por el sol y por la lluvia. Aun cuando todos sus habitantes gritaran al mismo tiempo, sus voces se extinguirían antes de llegar á otro pueblo, y, arrastradas por el viento, irían á morir en los trigales verdes ó en los trigales dorados. Los vecinos de este pueblo, están, lo mismo que nosotros, rodeados por los trigos; son indígenas de una isla minúscula, circuida por las sedosas ondas de la hierba, por las olas más grandes y susurrantes de las espigas. En otoño, durante dos meses, el aire *sabe á pan*. Esta es nuestra riqueza. Cultivan demasiado para que las demás plantas, las silvestres, las delicadas, las que necesitan sombras perennes tengan tiempo de aclimatarse. Pero todo lo que el aldeano siembra, á mano ó con la sem-

bradera, avena, centeno, trébol, alfalfa y trigo, sobre todo el trigo, que es lo que más se cosecha en la Beauce, perfuma el ambiente.

Sin embargo, conozco un matorral, uno solo. Está á la mitad de la ladera, camino del pueblo; tendrá un centenar de metros de longitud, y es frondoso, desigual, el único monumento de la naturaleza libre, con sus flores blancas que se abren y mueren antes de que broten las hojas verdes, con sus mirlos que no tienen otro refugio durante la noche, con sus labradores que duermen á su sombra, con sus vagabundos que observan los alrededores y hasta con sus enamorados. Es un seto de espinos, la última cerca, restos de una época en la que los límites entre las tierras parecían fortalezas:

Ahora bien: para instruir, pasear, vigilar y entretener á los tres niños de mi hermana, teníamos una muchacha que se llamaba la señorita Brigida. ¿Tenía otro nombre además del de pila? Estuve mucho tiempo sin saberlo. Nosotras la queríamos, lo que no es muy común; y ella nos correspondía, lo que es rarísimo. Yo no la había visto nunca llorar y pensaba: «Afortunadamente para ella, esta chiquilla está aquí libre de las asechanzas del mundo, porque es una bobalicona que se dejaría engañar por el primer fatuo que se le presentara; es una pobre muchacha demasiado sabihonda, demasiado shakesperiana, demasiado lamartiniiana, demasiado aficionada á leer revistas, y que, seguramente, será incapaz de dirigir una casa. Por for-

tuna, los trigos de la Beauce la defienden de los hombres.» Mi hermana era de mi misma opinión. Pero sólo podemos ver bien las almas los días de tormenta, á la luz de los relámpagos, y en nuestro hogar hacía siempre un tiempo delicioso. Brígida era muy distinguida, alta, elegante, rubia, y tenía los ojos azules y con unas pestañas muy largas, como los de las muñecas. Nos la habían recomendado poniendo por las nubes su distinción. Tenía, en efecto, unos modales muy bonitos, y muchas veces me preguntaba yo en qué se advertía la humildad de su origen. Sólo descubría algunos indicios, pocos y muy ligeros. Los domingos por la tarde tenía permiso para salir, y casi siempre la veíamos encaminarse hacia el pueblo, con un libro en la mano. «En toda la Beauce no hay otra feligresa como Brígida; nunca falta á vísperas.»

Un domingo entré en el cuarto de Brígida, y me acerqué á la ventana, en cuyo alféizar poníamos á secar nuestras fotografías. Al pasar junto á la mesa, vi la cartera abierta, y en una hoja de papel secante blanco y muy grueso, cuatro líneas de la letra firme y segura de la institutriz, cuatro líneas que habían quedado impresas recientemente en el papel, y la primera de las cuales, que reconstituí sin darme cuenta, decía: «Si querido Felipe...» Me creí obligada á continuar: «el domingo, junto á la cerca, como de costumbre.»

¡Como de costumbre!

Corrí á la ventana. No había más que un seto en toda la región; allá, en la mitad de la ladera, una man-

chita verde que se destacaba en medio de los trigales. ¿Sería posible? ¡Una cita! ¡Y no era la primera! No me he quedado para vestir imágenes para no atreverme á ir inmediatamente á averiguar lo que hacía Brígida.

Bajo, cojo en el recibimiento mi sombrilla, atravieso el jardín, salgo por la puertecilla falsa y héteme ya en la ladera de nuestra colina, en los sembrados desiertos, por los que nadie pasa más que yo.

Esto era á mediados del verano pasado. Recuerdo que el calor era sofocante, que yo iba muy de prisa y que mis miradas se dirigían incesantemente hacia el seto encubridor. ¿Debía acercarme á él directamente ó dar un rodeo? Resolví dar un rodeo, y cuando llegué al sitio en que se acentúa más la depresión del terreno, torcí á la derecha y tomé un sendero que rodea la colina en que se asienta el pueblo. Al cabo de media hora de marcha me detuve. El seto, visto de costado, formaba como una cúpula por encima de las espigas y todo parecía desierto, tanto de un lado como de otro. Pero la creencia de que todo esto no era más que una apariencia, de que Brígida se hallaba á cien metros de mí, de que me había visto, de que se burlaba de mí, de que nos había engañado á todos, de que iba á ser necesario despedirla delante del testigo que yo me figuraba encontrar; y por último, el cansancio y lo difícil de mi situación, me habían exasperado, y repetía las frases que había ido preparando por el camino, las frases crueles y merecidas con las cuales la saludaría.

Hacia el seto subía un sendero y por él me aventuré; pero apenas había andado veinte pasos cuando me detuve de nuevo. Acababan de salir ambos de detrás del seto y venían hacia mí. Tuve tiempo de observarles, porque iban muy despacio y charlando. Cuando estuvieron cerca, ví que la institutriz estaba muy pálida, y que su novio, un muchacho decentemente vestido, alto, recio, con la cara demasiado larga y que lo parecía más aún por la barba terminada en punta, debía preguntarle en voz baja: «¿Debo quedarme para ayudarte á defenderte?» A lo que ella respondió en voz alta: «Vete, querido Felipe, vete. La señorita no me denunciará.»

—¡Me gusta!—exclamé yo,—tengo el deber...

—De no decir nada,—interrumpió Brígida,—y voy á demostrárselo á usted.

El joven se descubrió, saludó y nos dejó solas.

—No tengo nadie que se interese por mí, nadie más que él—prosiguió la institutriz.—Le conocí este invierno en Orleans, durante la temporada que pasamos allí. Es dependiente de una tienda y ahora va á establecerse por su cuenta. Somos novios. Esta es la cuarta vez que viene á hablarme aquí...

—¡Muy bien, la felicito á usted, porque verdaderamente está muy bonito!

—¡Oh!—dijo,—las muchachas pobres como yo no pueden elegir horas. Ustedes hacen lo que quieren, pero yo, ¿cómo había de arreglarme? Si yo hubiese pedido permiso para recibir á Felipe en el castillo y

para pasearme con él por el parque, ¿le hubiera parecido bien á la señora? ¡Y los niños! ¡Y las visitas! ¡Y los criados! ¿No es verdad lo que digo?

—Tal vez.

—Entonces, no me denuncie usted. Ayúdeme. Necesito trabajar tres meses más para poder hacerme la ropa. Y debe usted comprender que cuando dos personas se quieren necesitan verse... El seto no pertenece á nadie, por eso venimos á él.

Brígida se expresaba atrevidamente con una emoción que alteraba su rostro, con un acento de rudeza popular que su espíritu, por el estudio y el contacto con personas bien educadas, había perdido, pero que su corazón, ordinariamente silencioso, había conservado. En aquel momento su corazón era el que hablaba. Yo creía tener delante de mí una de las pobres á las que socorre la Asociación á que pertenezco.

Volvimos al castillo. Ella necesitaba seguir defendiéndose, porque yo callaba, y sobre todo abrirme su corazón lleno de secretos.

Me habló de su familia dispersa, de su infancia miserable, de sus esfuerzos para instruirse, de sus decepciones, de sus proyectos para el porvenir. Yo me iba apaciguando poco á poco. Ella recobraba la confianza y yo volvía á advertir otra vez la finura de lenguaje, la exactitud en la entonación, la corrección exquisita á que debía Brígida su reputación. No tardé en tapparla con mi sombrilla. El sol abrasaba. Brígida se acercó más á mí. Cuando llegamos á la puerta del parque,

me volví y, en tanto que á lo lejos oscilaba el matorral agitado por el aire abrasador, le dije:

—Es usted una muchacha honrada y la creo. Mi hermana sería seguramente más severa: no diré nada.

Me dió las gracias llorando de alegría y fué á reunirse con sus discípulos.

Por la noche, ya muy tarde, paseaba yo por entre los árboles á la luz de la luna, cuando ví venir á Brígida. Me estaba buscando para darme las buenas noches. En aquel momento se me vino á las mientes una pregunta que me había hecho ya á mí misma más de veinte veces: ¿cómo una muchacha tan distinguida se había enamorado de un hombre que no poseía su instrucción, que ni siquiera tenía su misma educación, ni sus mismos gustos? No me costó trabajo provocar la confesión.

—¡Oh!—me dijo.—¡Si supiera usted lo bueno que es! No consentirá que yo haga todo el trabajo de la casa. Tomaremos una asistenta y hasta una criada si fuese necesario. No quiere que yo sufra.

Por segunda vez había dicho una frase propia del pueblo bajo; me había abierto su corazón, y para definir su amor, había hablado del eterno sueño, del que arrastra á las multitudes en seguimiento de un hombre. «¡No quiere que yo sufra!»



VI

La trágica.

LA encontré en la esquina de la calle del Sena, ó por mejor decir, me dirigí hacia ella al verla pasar por delante de las primeras casas del muelle Malaquais. Por la energía de sus ademanes, por la emoción con que sus manos—sus largas manos ardorosas—estrecharon las mías, comprendí que no me equivocaba. —¿Está usted muy contenta, no es verdad?—la pregunté:

No respondió á mi pregunta, pero me dijo:

—¡En estos cuatro años no ha cambiado usted nada! ¡Oh! ¡Pero es que nada!

Deseaba oirme repetir la misma frase: «Usted tampoco ha cambiado», pero yo pensaba precisamente lo contrario y ella lo adivinó sin apesadumbrarse por ello. Nos contemplamos con no disimulada curiosidad.

Yo sentía el rayo de sus pupilas fijo en mi traje poco adornado y de una hechura no muy moderna, en mis mejillas, en mi sombrero y en mis guantes de hilo; y yo

estudiaba, tal vez con más disimulo, las lindas galas vaporosas — encajes, plumas, volantes — de entre las cuales emergía triunfante el cuello de Edmunda Sargent, el cuello redondo, de líneas puras, como una playa en la pleamar, el cuello flexible y arrogante de aquella flor ya marchita por el tiempo. Tenía, si no recuerdo mal, treinta y dos años. Yo reconocía perfectamente y admiraba, pero merced á un pequeño esfuerzo que no necesitaba antes hacer, á aquella á quien su tío llamaba «la rubia trágica.» Bajo la sombra y los reflejos de sus cabellos, vi aquellas facciones demasiado acentuadas, tal vez un poco duras, y aquellos ojos que recuerdo haber envidiado, porque eran lípidos é imperiosos, como si estuvieran destinados á mandar.

«¡Trabaja! — le había dicho el tío. — Con tu belleza, tu voz, tu memoria y tu temperamento apasionado, no tienes más que quererlo para ser una gran trágica.» Edmunda pertenecía á la clase de la sociedad más metódica y más apegada á las tradiciones. Su padre, que había sucedido á su abuelo, tenía una tienda de objetos de piel llamada «El Antilope», en el barrio de Nuestra Señora de Loreto. Tenía ingenio, como tantos otros tenderos de París; cierto buen gusto que le hacía adivinar las preferencias probables de su parroquia, y le permitía no encargar á los peleteros, sus colaboradores, más que objetos de fácil venta y de un estilo ya en consonancia con la moda. Poseía una fortunita, pero, desgraciadamente, tenía también, tenaz como una hipoteca pero mucho más agradable, un hermano arrui-

nado que dormía en su casa, comía y bebía á su mesa y se sostenía y dominaba á todos por dos cosas: porque criticaba siempre los dibujos que presentaban al amo, y porque alababa exageradamente á su sobrina. Este parásito descubrió la vocación de Edmunda; eligió el profesor de declamación; acompañó á Edmunda á las clases; estimuló el amor propio de la joven que estudiaba y del padre que pagaba; asistió á las primeras representaciones en público; refirió, exagerándolos, los primeros triunfos de salón de la «trágica», y supo crear en el tranquilo entresuelo, encima de la tienda de objetos de piel, una atmósfera de ensueño y de ilusión que comenzaba á disiparse. Y á la sazón era él quien se quejaba, quien hacía expiar sus faltas á los que nunca habían sacado ningún provecho de ellas.

«¡No me has hecho caso! — le decía á su hermano. — ¡Has tenido miedo del Conservatorio, del Teatro, de separarte de Edmunda, de todo! Á no ser por ti, tu hija sería ya célebre. Ganaría millones, y en vez de ganarlos, como no tiene título, apenas la conocen. Á pesar de su talento admirable, no adelanta nada. Las lecciones dan poco; las veladas para las que piden una trágica, son raras, cada vez más raras. Gusta más la comedia, porque los tiempos son tristes y los pensamientos lúgubres. Y como el negocio anda mal y tú nunca has entendido una palabra de arte, ¿qué porvenir nos espera? Tú, tu hija y yo mismo nos veremos en la miseria. ¡Y tuya será la culpa.»

Yo recordaba estas confidencias de Edmunda Sar-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"F. ANSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

gent á quien había visto en algunas reuniones y que se había encariñado conmigo, porque yo le había dedicado un cumplimento que se dirigía más bien á la mujer que á la actriz. Y en aquel momento volvía á encontrarla en mi camino. Sus ojos brillaban lo mismo que antes, pero estaban rodeados de un cerco azulado. Su tez era aún deslumbradora, pero ya había pasado esa época de la juventud en que todos los matices se funden.

—Puesto que me lo ha conocido usted en la cara, —me dijo Edmunda, —confesaré que, en efecto, tengo una esperanza, una esperanza muy grande, desde hace unos días... Va á estrenarse un drama nuevo, un drama extranjero... Todavía es un secreto... Han hablado de mí al traductor y ahora voy á su casa.

Me miró con la alegría de otros tiempos y añadió:

—¿Por qué no se viene usted conmigo? ¡No diga usted que no! ¡Véngase! Estoy segura de que delante de usted recitaré mejor. Declamaré para usted. Tendré público: dos personas... Y estaré más serena. ¡Venga usted!

Me volví. El sol de Marzo hundíase en el Sena, rodeado de nubes. Edmunda y yo nos dirigimos rápidamente hacia ese lado. La cita era para las cinco. ¿Qué me importaba, después de todo, ir á una casa desconocida, sin previos anuncios ni presentaciones? He hecho tantas visitas de esta clase á los pobres, que ya estoy acostumbrada.

El traductor vivía en un cuarto piso, en una casita

llena de colgaduras. El gabinetito en que nos introdujeron parecía una cajita acolchada, un manguito con una ventana y una puerta, porque no se veían más que tapices, cortinones y alfombras por todas partes.

—Aquí no resonará la voz,—me dijo Edmunda inclinándose hacia mí.

Y ví que se turbaba.

Entró el literato. Era joven, delgado, frío; vestía con estudiado desaliño y llevaba la cabeza algo inclinada hacia delante, como si le pesase mucho. Tenía el bigote castaño, con grandes guías que subían á lo largo de sus pálidas mejillas y se abrían por último en abanico. Creo que estaba dotado de una vista excelente, pero jamás olvidaré el arte con que supo manejar sus ojos, clavándolos haciendo un esfuerzo y como si se apartasen con trabajo de alguna visión interior, en la vulgar y temblorosa Edmunda; entornándolos y manteniéndolos inmóviles, sin una sonrisa, sin una llamarada, sin comunicarles una expresión cualquiera sobre todo de galantería, y fingiendo que se absorbía completamente, únicamente, fatalmente en la contemplación de aquélla que no era para él una mujer, sino la intérprete posible, la que tal vez llegase á expresar la Idea. El literato creía en todas las mayúsculas en cuanto imaginaba que tenía alguna relación con su persona. Estudiaba á Edmunda como á una obra de arte ó como á un hermoso animal. ¡Oh, aquel desprecio! Me parece que ella no advertía nada. Por su

parte él, que tenía muy desarrollado el sentimiento del ridículo, no parecía sospechar que no á todo el mundo le producen vértigos los abismos. Tanto ella como él representaban un papel sin darse cuenta. Cuando el literato juzgó que la meditación había durado bastante tiempo, dejó que se disipase la especie de bruma que velaba su mirada, y, con dulce gravedad, como convenía, dijo:

—Quítese usted el sombrero y el abrigo.

—Sí—contestó vivamente Edmunda—prefiero recitar sin sombrero y con los brazos libres... He estudiado la escena principal entre Gudmund y Margit... Usted hará el favor de contestarme, ¿no es verdad?

El traductor se volvió por vez primera hacia mí, y sospechando que este vestidillo negro no iba muy amenudo al teatro, murmuró:

—Es *La Feria de Salhang* de Ibsen; una maravilla.

Estaba cerca de la ventana, de espaldas á la luz, con las manos cruzadas atrás y apoyadas en su mesa.

En el fondo de la habitación, Edmunda, con el rostro contraído, el ceño fruncido, los labios entreabiertos, los brazos tendidos para acusar y para implorar, rejuvenecida por la pasión y por las densas sombras entre las cuales se destacaba su figura, recitaba ya la parte de la mujer del anciano Benght, en el momento en que su amigo de la infancia vuelve proscrito y la interroga.

—¡Escúchame atentamente—comenzó mi amiga—y lo comprenderás! Para mí la vida es sombría como

noche sin estrellas. Nada podrá mitigar mi dolor, porque he vendido mi juventud; he trocado mi esperanza de ventura por un poco de oro. Me he encadenado con mis propias manos. Créeme, el oro vale bien poco. ¡Oh, qué dichosa era yo cuando ambos éramos niños; éramos pobres, nuestra casa era modesta, pero en mi corazón florecía la esperanza!

Del otro extremo del salón vino la contestación, nada vibrante, á pesar del sentido de las palabras.

—Y ya se adivinaba tu soberana belleza.

—Sin duda,—continuó Edmunda,—pero fueron los elogios los que me perdieron. Tuviste que marcharte al extranjero, ¡ay! y la armonía de tus cantos resonaba siempre en mi corazón y mi ánimo se contristaba al recordar lo pasado... Después, los pretendientes acudieron de todas partes y, por último, me casé con el que hoy es mi marido.

—¡Oh! ¡Margit!—dijo Gudmund sin convicción.

—No pasaron muchos días,—prosiguió la actriz,—y ya derramaba yo amargas lágrimas. Mi única dicha fué pensar en ti, mi amigo y mi pariente. ¡Cuán solitario me parecía el inmenso palacio de Salhang!

—Dispense usted, señorita,—interrumpió el juez,—¡No es eso!

Edmunda no era ya la actriz trágica. Era la mujer que teme portarse mal en un examen, que trata de comprender la observación, que se humilla delante del examinador y que sonríe para agradarle, sobrecogida de espanto. Había palidecido.

—No comprendo, maestro,— dijo con amabilidad.— Explíquese usted...

El literato clavó los ojos en el techo y lentamente, recalcando las palabras, contestó:

—No es eso. Ese párrafo carece de armonía. Se ha precipitado usted. Hay cierta progresión en las ideas. Fijese bien. Margit no entrega su secreto en el primer momento. Primero habla con fingida reserva; después espera ver el efecto que han causado sus primeras confidencias; luego se va animando y no confiesa su amor hasta el final...

Siguió hablando. A mí me parecía que Edmunda había declamado muy bien, pero, en aquel momento mi amiga no pensaba en defenderse. Conocía la inutilidad de una contradicción y decía:

—Sí, maestro, ya comprendo perfectamente... ¿Quiere usted que sigamos?

Siguieron. Edmunda no declamó tan bien como antes, porque sufría horriblemente. Y cuando terminó la escena, el literato sólo respondió á su muda y angustiosa interrogación con frases ya escuchadas en otras ocasiones y propias para matar toda esperanza. «Ya veremos... La dicción es excelente... con un poco más de estudio haría usted una Margit admirable. Si por mí fuese, le diría á usted que empezase á estudiar el papel esta misma noche; pero tengo que consultar á mis amigos...» Edmunda no respondió. Ni sé si escuchaba ya. Se puso el sombrero, se prendió febrilmente el velillo, y se echó sobre los hombros su

capita adornada con encajes y su boa de pluma blanca.

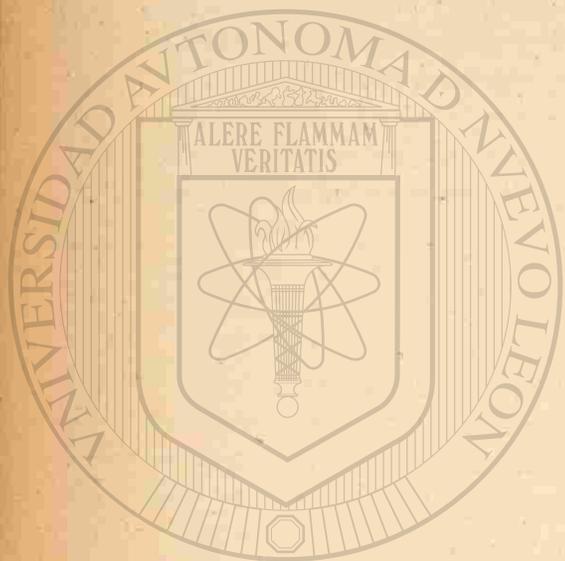
Entretanto, el literato se acercó á mí, y en voz baja, deseoso de evitar que el ensayo se repitiese, me dijo:

—No tiene disposición para el teatro su amiga de usted. Ha nacido para casarse.

Aunque había hablado muy bajo, Edmunda debió oírle, porque observé que se estremecía.

—¿Viene usted?—me dijo.

En la calle, en donde la obscuridad había reemplazado á la luz del sol, sólo cambiamos pocas palabras. Edmunda fingía abrigar aún alguna esperanza. Yo no podía decirle cuánto la compadecía, y por este motivo me despedí de ella en seguida. Pero, apenas nos separamos, me puse á seguirla. La veía de lejos, andando muy de prisa, con la cabeza levantada, indiferente á todo lo que pasaba en torno suyo. Al cruzar un puente, me pareció que un hombre la tropezaba al pasar y la hablaba. Ella volvió la cabeza un instante, encolerizada; en aquel momento debía recordar la frase cruel que acababa de oír: «¡Su amiga de usted ha nacido para casarse!» ¡Para casarse! Siguió su camino, cada vez más nerviosa. ¡Entonces sí que me parecía trágica! Cuando llegó á la puerta de su casa, se detuvo un momento en la desierta acera, antes de llamar, y vi que sus brazos caían al mismo tiempo á lo largo del cuerpo, con un ademán de cansancio y de abandono, como si dejase allí una esperanza, un sueño, ó tal vez, por el contrario, una decepción que no era necesario llevar consigo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VII

Un dispensario.

No hay vallas ni letreros que señalen los barrios obreros de París, pero se les conoce inmediatamente por el aspecto uniforme de las fachadas y de las ropas. Se extingue el color, y no desaparece el movimiento, pero sí la animación y el destello de alegría, de juventud y de orgullo que ilumina los rostros. En una de estas calles en las que todo se asemeja, abrí una puerta, encima de la cual se leía en letras pequeñas y muy sencillas: «Asistencia Maternal». Halléme en una sala espaciosa, completamente llena de madres que tenían á sus hijos en brazos, en el regazo ó entre sus rodillas; porque muchas de ellas estaban sentadas en bancos ó en sillas. Á todas las reconocí sin haberlas visto jamás; eran las mías, aquellas que visité en provincias ó que venían á visitarme á mí, y de las que me considero hermana, aunque siempre hago por ellas menos de lo que yo quisiera, puesto que siguen padeciendo. Presentaban los mismos rasgos de

prematura vejez; tenían el mismo aspecto de desaseo —¡es tan descuidada la mujer del obrero!— la misma costumbre, evidentemente, de salir despeinadas, la misma manera de mover todo el cuerpo para mecer al niño y para dormirle, el mismo modo de inclinar la cabeza sobre la criatura. Sin embargo, hablaban mejor que las provincianas, y más de prisa, y la sonrisa, cuando no era instintiva, era forzada. Esperaban. Algunas daban el pecho á sus hijitos, otras paseaban y las más charlaban de pie, en grupos de tres ó cuatro.

—¿Y ha encontrado usted casa?

—No. Todos me dicen lo mismo en cuanto saben que tengo cinco hijos.

—Pues, ¿qué dicen?

—Dicen. «¿Tiene usted marido?» Yo no tengo más remedio que responder que no, puesto que ha muerto. «¿Tiene usted algún amante?—Tampoco.—«Pues entonces puede usted marcharse á otra parte: ¿con qué va usted á pagar el alquiler?» Y por más que digo que yo trabajo, no consigo nada, porque saben que eso no basta.

La frase, á pesar de su terrible significado, no pareció chocar á la madre á quien iba dirigida y que volvió la cabeza, diciendo:

—Me parece que me toca á mí.

Quitó en un abrir y cerrar de ojos los imperdibles que sujetaban las mantillas de su niño, le dejó solo con una camisita que apenas tenía tres dedos de largo, y levantándolo y llevando en vilo al chiquillo que estira-

ba sus piernecillas arqueadas y flacuchas, le colocó en el platillo de la balanza en donde pesaban á los niños. Dos eran las personas que seguían con la mirada la aguja del peso, la madre y una muchacha, que ocultaba su traje de calle bajo una blusa de hilo crudo que le llegaba hasta los pies, y que apuntaba el peso en unas hojas de papel en las que todas las semanas escribía una línea. Las madres del barrio han tomado la costumbre de ir cada ocho días á pesar á sus pequeños. Á cada momento entra una nueva. La mayor parte de ellas se van contentas, se adivina su orgullo, un orgullo santo y dulcísimo, en el ademán que hacen para coger al niño y llevárselo.

—¡Ha engordado!—dicen á su alrededor.—¡No le pasa lo que al mío!

Otras, despues de pesarlos, y muchas veces, entran en la sala de consultas. Allí encontré á la amiga á quien iba á visitar, á la mujer que ha consagrado su vida á consolar las desgracias de los pobres y que es para ellos, la ciencia asequible, la bondad y la paz. También es joven y lleva la blusa de enfermera; tiene el don de la organización y sabe estar entre los que sufren, cosa algo más difícil que el vivir con los que se divierten; aquí no es una desconocida para nadie y todo el mundo sabe que basta inspirar compasión para ser admitido.

—Mire usted—me dijo—la madre de ese niño está tísica; la que lo trae es la hermana de ella. Desde la semana pasada ha perdido mucho.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 6625 MONTERREY, MEXICO

Un médico joven que está sentado junto á una mesa examina al niño y luego firma una receta. Uno, dos, tres, cuatro, seis niños pasan por sus manos mientras yo hablo con la directora del dispensario. El uno tose, el otro tiene fiebre, el de más allá está flaco y lívido como aquellos á los que ya no se permite la entrada en el establecimiento; uno de ellos tiene el vientre hinchado y una expresión sombría, casi bestial, y al interrogar á la madre, nos enteramos de que le han criado en Bretaña hasta los dos años, y de que entonces era robusto y bebía aguardiente como si fuese agua.» Una mujer, muy vieja, ó que por lo menos lo parece, trae un roro de tres meses, al que está criando. Es su abuela; tuvo un hijo al mismo tiempo que su hija tenía otro, y como perdió al suyo, amamanta á su nieto. Detrás de ella entra una muchacha de veinte años, linda, rubia, amable, que se sienta con mucho arte, haciendo que formen abanico los pliegues de su humilde vestidillo. Tiene unos dientes deslumbradores, que hermocean su pálido rostro. Aparta un pañuelito de muselina que cubre un envoltorio de ropa y dice:

—Aquí traigo á Carlitos.

—Ya le conozco—contesta el doctor.—¿Ha desaparecido la diarrea?

—Casi. Pero esta adelgazando. He hecho que le pesara la señorita que está ahí fuera: desde hace dos semanas está adelgazando.

—¿Sigue usted dándole el pecho?

—Sí, señor.

—¿Cuántas veces?

La boca menuda, espiritual, nerviosa, se entreabrió un poco más y dejó escapar una alegre carcajada.

—¡Es tan tragón!—exclamó la muchacha.

—¿Cuántas veces?

—¡Pues, siempre que lo pide!

—Pero, quiere usted matarle?

—¡Oh!

El médico la explicó entonces la gran imprudencia que estaba cometiendo y yo ví que la juvenil y encantadora sonrisa se borraba poco á poco y se apagaba como se apaga una luz.

Continuó el desfile de enfermos. Entre consulta y consulta, ó en los contados momentos en que la directora se hallaba libre, pude hablar con ella. Me dijo que en el mismo barrio había fundado un dispensario para los tuberculosos y una especie de almacén adonde las mujeres que están embarazadas y las que tienen hijos, van á buscar trabajo para llevarse á sus casas; generalmente se llevan costura y *las que no saben coser*, alambres para retorcer, de los que se usan para atar los corchos á las botellas.

—Pero mis niños son los preferidos y los más mimados—añadió.—Todos los visitan, los quieren y me ayudan á cuidarles. Esto es más fácil que impedir que los padres mueran jóvenes. El dispensario costeó el año pasado la alimentación de más de cien niños del barrio, entre niños y niñas, y prestó asistencia á unos seiscientos. El Ayuntamiento de París nos ayuda también,

—¿Cuanto da?

—Trescientos francos al año.

—¡Pues sale ganando!

Luego, solicitadas ambas por el punto más importante, que no es el modo de equilibrar los gastos y los ingresos, sino la manera de amar á aquellos que tienen tan pocos amigos, salvo en tiempo de elecciones, hablamos de ellos; de los prejuicios que deben sacrificar cuando estrechan nuestras manos; de los odios á los que renuncian—no todos ni siempre;—de su asombro ante los que nada esperan de ellos; del horizonte de miseria que se ensancha á medida que se trata de reducirle; de las horas crueles y de los minutos inolvidables, en los que la felicidad de nuestros prójimos pasa tan cerca de nosotros que podemos saborearla.

—Mire usted—me dijo—un día que estaba yo aquí vino á verme antes de la consulta una de mis amigas del barrio, la mujer de un albañil. Tenía siete hijos. Yo sabía que era muy animosa y muy altiva. Como no me decía nada de sí misma, comprendí que estaba preocupada, y como se acercaba el momento de pagar el alquiler y yo tenía dinero, por casualidad, le ofrecí pagarle aquel mes la casa. No lo esperaba. Se echó á llorar y exclamó: «¡Ah! ¿Qué haré para demostrarle á usted mi agradecimiento?» Tan sincero fué su arranque, que le contesté: «Deme usted un abrazo.» Se cogió de mi cuello y yo sentí más alegría que ella, esa alegría que es obra nuestra, que podemos guardar en nuestro corazón con nuestras penas y que no por ello muere.



VIII

El señor Josuah.

Como me ocupó de los pobres, he tenido ocasión de conocer muchos artistas, ó por lo menos, muchas personas que se tenían por tales. Casi todos eran hombres. Las mujeres no toman este título más que cuando son jóvenes y pueden añadir: «lirica» ó «dramática». Y casi no es esto una mentira; con ello sólo engañan á los que quieren dejarse engañar. Los hombres persisten más tiempo en escribir: «artista pintor, escultor, fotógrafo, cincelador, tornero, cómico...», en la pobre tarjeta que ha pasado por las manos de tantos porteros ó de tantas cocineras, que ha subido tantas escaleras, que ha bajado tantas y sólo ha vuelto cada vez con veinte céntimos. La mayor parte de ellos ya no pintan, ni modelan nada, ni cincelan otra cosa que los caminos de Francia al arrastrar por ellos sus zapatos, ni representan más que á medias, para vivir, ante espectadores que no aplauden y escurren bonitamente el bulto. Más caso les harían si no fuesen artistas. Los que pasan muchos trabajos, los labrado-

res y los obreros, desconfían de esos mendigos que parecen propietarios por su grasiento sombrero de copa, su raído levitón y sus restos de presunción, ó por su acento, ó por sus ojos que han visto demasiadas cosas. Ellos lo saben, pero esta apariencia de señorío tal vez les consuela y están encariñados con ella. Por lo demás, entre muchos de esos que se llaman artistas á sí mismos, he conocido dos ó tres que debían de haberlo sido.

Hasta tuve cierta amistad con un tal Josuah Orset. Poseía un nombre admirable y que pronunciaba con emoción: «Josuah, señorita, para servirla»; tenía la nariz digna de un modelo, recta y larga; los ojos medio cerrados, en los que brillaba un resto de fuego y de inteligencia; la barba gris, en forma de cola de golondrina; el pelo largo, rodeando la calva; un chaquetón que había sido negro en sus buenos tiempos; una gran afición á las bromas, que le hacía creer á él mismo que acababa de salir del estudio, y ante todo, como símbolo de su profesión, una caja de colores y un tiento que llevaba á todas partes.

¿Cuáles eran el pasado de aquel hombre, su estado civil, su edad exacta, la razón ó las razones que le habían hecho venir á menos, suponiendo que hubiese tenido alguna posición? Nadie lo supo jamás.

Una tarde de Octubre, después de un chaparrón que le caló hasta los huesos, llamó á la puerta de un convento de Trapenses, situado, como todos los conventos de esta orden, en pleno campo, en una comarca

llena de encinares y de colinas. Salieron á abrirle.

—Quisiera pasar unos días en el convento—dijo.

—¿Cuántos?

—Tres.

Como la hospitalidad de los trapenses ha superado siempre en generosidad y en discreción, hasta la de la misma Escocia, pronto se halló en una habitación desmantelada, pero extraordinariamente limpia, ante un buen fuego que secaba su chaquetón, junto á una mesa sobre la cual había un libro de meditaciones, sin haber tenido que dar ninguna explicación—pocas eran las que podía dar;—contento al sentir calor, contento al pensar en la cena, aunque frugal, cuya hora se acercaba, halagado sobre todo por haber sido recibido en la portería por el abad en persona y por el prior, los cuales le habían acogido con mucho respeto y dignidad, como á un personaje, según dispone su regla.

Durante tres días vivió en medio de aquel silencio, leyendo un poco, pensando más, asistiendo á los oficios, paseándose solo por un inmenso jardín cercado y sin tratarse más que con un anciano trapense, de cabeza y cuerpo cuadrados, de voz bronca, que cultivaba las patatas, sembraba el trigo, segaba el heno y le hablaba de la eternidad. Se acostumbró á la conversación y luego al viejo, que era sencillo como un aldeano, y que juzgaba severamente al mundo y con inmensa indulgencia á cada uno de los hombres de quienes hablaba.

Al cuarto día por la mañana bajó con la caja de co-

lores y el tiento en la mano al vasto corredor abovedado y encristalado que corría en el piso bajo, á lo largo del jardín. Hizo que llamasen al prior para darle las gracias y hasta le preguntó, por un rasgo de cortesía propia de un artista, si debía algo por tan generosa hospitalidad.

El prior le respondió que los «señores huéspedes» no tenían obligación de dar nada, pero que si se creían en el deber de hacerlo, podían dar lo que estimasen conveniente.

A Josuah Orset no le pareció esto caro, y después de manifestar su agradecimiento al prior, que se alejó inmediatamente después de haberle saludado, se le ocurrió una idea. Tal vez se le hubiese ocurrido antes, es cierto, pero en aquel momento le pareció más digna de atención. Acercóse al cartelón, que estaba colgado á la derecha de la puerta de entrada, y se puso á estudiar—entonces ya sabía lo que era aquello—el «reglamento de la casa.»

Pasó una media hora en gran recogimiento. Nadie le importunó. En las inmensas galerías blancas no había ni siquiera una mariposa azotando los cristales con sus alas.

«Artículo primero.—Los señores huéspedes se levantan á las cinco y se dirigen á la iglesia tan pronto como pueden.»

—Desde que soy viejo no me cuesta trabajo madrugar—pensó Josuah.—Hay una armonía singular entre la vejez y la aurora. Este artículo no me disgusta.

«Art. 2.º—Todos los días asisten á la misa de la comunidad, á las vísperas y á la *Salve*. En invierno se acuestan á las ocho y en verano á las nueve.»

—He aquí un régimen al que no estaba acostumbrado antes de mi venida y que tal vez pueda modificarse. Seguramente podré estar de *medio retiro* como se está á media paga. Por otra parte, el canto de la *Salve* me hizo experimentar una fuerte emoción artística. De buena gana la oiría todas las noches. Esos hermanos con hábitos oscuros á un lado de la nave; esos padres con ropajes blancos al otro lado; esas cabezas enérgicas que se adivinan á través de la obscuridad; esas voces graves que resuenan en el silencio de afuera...

«Art. 3.º—Los señores huéspedes deben evitar siempre el encontrarse con los religiosos y los legos, y alejarse de los lugares en que éstos tienen que trabajar. Como los religiosos están obligados á perpetuo y riguroso silencio, no pueden contestar á los que les dirijan la palabra.»

—¡Soberbio artículo! ¡Qué satisfacción no volver á oír hablar á los hombres, y tener la seguridad de que no nos preguntarán nada! He aquí un propósito que yo he formado más de una vez y que siempre he creído irrealizable... Simpatías que se disimulan; antipatías que no se manifiestan; desconfianzas que no pueden traducirse en palabras ó en gestos... Esto sólo lo he encontrado aquí.

«Art. 4.º—Los señores huéspedes que traigan con-

sigo sus caballos, no deben tratar con el superior más que lo concerniente á su propio gasto. Por lo que hace al de los caballos, se entenderán con el lego encargado de las caballerizas.»

—Esto no reza conmigo—dijo Josuah.—Pero, en general, me agradan las condiciones.

Salió en seguida y atravesó el enarenado jardín, porque al volverse, acababa de ver la canosa cabeza del superior entre dos macizos de perales.

—Señor prior—le dijo—se me ha ocurrido una idea que considero muy buena. Quisiera quedarme aquí.

—¿En calidad de qué?

—Como pintor.

—Tenemos dos legos que se dan bastante maña para extender el minio y desleir el ocre. Con esto nos basta.

—Dispense usted, pero yo soy pintor de historia.

El anciano religioso, que no apreciaba bien la diferencia, respondió sin saber lo que decía:

—No nos hace falta.

—Pero ustedes tienen una iglesia.

El prior no respondió, deseoso de economizar palabras.

—Las paredes de la iglesia están tan desnudas como las de los graneros. Yo me propongo decorar el coro.

Haré una composición magna, como nosotros decimos. Ustedes me mantendrán y yo les daré mi trabajo. Estaremos en paz. ¿Acepta usted?

El anciano consideró á aquel vagabundo, é induda-

blemente pensó que también él debía de haber sufrido mucho antes de encontrar un refugio.

—Ya veremos—contestó sencillamente.

Josuah consiguió que le dieran permiso para quedarse. Tuvo su alcoba, su cubierto de estaño y en el lavadero un rinconcito transformado en estudio para hacer el boceto. Los alrededores le gustaban extraordinariamente. Los últimos días de otoño le invitaban á la meditación. Complaciase en asistir á aquella silenciosa recolección; en ver las carretas llenas de sacos de patatas ó de panochas, ó de trébol seco, volver al convento al paso de los bueyes. Los boyeros con el sayal blanco ú oscuro, pensaban al cruzarse con él por el camino: «El señor Josuah viene en busca de inspiración.»

Pero, debía de estar bien escondida á juzgar por tanto paseo como daba para encontrarla.

Por fin acudió. El pintor trazó con carboncillo en un papel inmenso unas cuantas siluetas agrupadas, unos redondeles que representaban otras tantas nubes, una barra que figuraba la tierra y cinco rayos alrededor de una nuez que debía ser una estrella. El título de la obra, era: «El cortejo de los Reyes Magos.» Josuah, después de desechar otros varios, se decidió á tratar este asunto que permitía sacar á escena tres reyes—siempre había deseado pintar uno—tres grupos de personajes tras ellos, y una colección zoológica completa. Verdad es que aquí y acullá se veían piernas ó patas demasiado largas, brazos excesivamente cortos y cuellos inver-

similes; pero, ¿no tiene muchas veces estos caprichos la naturaleza?

Los jueces del boceto no hicieron objeciones, y el artista comprendió que aquel invierno podía contar con la cama, con la comida, con fuego para calentarse y con la compañía de aquellos monjes silenciosos á quienes comenzaba á amar.

Necesitó toda la primavera para dibujar las figuras del natural. Por un favor especial consiguió Josuah que le sirvieran de modelo varios frailes, uno sobre todo, que estaba encargado del corral, y al cual se veía avanzar tres veces al día hasta el centro del inmenso patio en que estaban las cuadras, detenerse y dar vueltas al manubrio de una especie de carraca que llevaba colgada á la cintura y á cuyo chirrido acudían las aves diseminadas por los estercoleros. El verano lo empleó en ejecutar en un lienzo la composición; el otoño en colocar la tela en el coro de la iglesia y en corregirla.

Nunca acababa de corregir. Dos años después, Josuah estaba todavía en la Trapa, unas veces en lo alto de la escalera de mano recogiendo los pliegues de unos cortinajes, añadiendo un angel para disimular un roto del lienzo, alargando la barba de un mago, ó añadiendo pelo á las patas escuálidas de los camellos; pero, con más frecuencia, afuera, en el campo, en donde jamás cesaba, desde el alba al anoecer, el silencioso trabajo de los hombres.

Se había acostumbrado á aquella vida; sentíase ama-

do. ¿Se creía también comprendido? Esto ya es otra cosa. Como jamás hay corazón humano que no sangre por una herida, Josuah sentía una pena en medio de su alegría. Tal vez tuviese jueces: pero no tenía público. Los forasteros, tratantes en caballos ó en bueyes la mayor parte de ellos; porqueros y corredores de heno ó de trigo, visitaban rara vez la capilla. Por las mañanas veíanse algunas blusas azules entre los sayales de estameña remangados hasta las rodillas y salpicados del barro de los caminos; pero pronto desaparecían hacia los establos ó los graneros. En cuanto á los ancianos Padres, de cabellos blancos y rostros bronceados, conmovedoras imágenes de la oración, de la penitencia y de la fortaleza, causaban admiración cuando se arrodillaban en sus reclinatorios, cuando se levantaban y cuando cantaban; pero ¿veían ellos? ¿Veían los tres Reyes Magos, y las tres comitivas, y la orla simbólica del lienzo, en la cual hubiérase dicho que el arca de Noé había derramado su contenido, hasta tal punto abundaban en ella toda clase de animales? Josuah se inclinaba hacia la negativa. En todo caso, no expresaban su opinión, y para Josuah, era lo mismo que si no la hubiesen tenido.

Dos ó tres veces, al encontrarse con uno de ellos en el umbral de la capilla, había tratado de hacerle hablar, y á media voz, respetuosamente y señalando con la mano su obra maestra, decía:

—Por fin he concluído... Tres años de trabajo... Desde hace treinta años no había hecho nada parecido

porque hay temporadas estériles en la vida de los artistas... Pero estoy satisfecho de mi obra... Me parece que puedo estar contento, ¿eh?

El religioso se limitaba á saludar al pasar, inclinándose un poco más que de costumbre.

La vanidad del artista había quedado resentida. Excepto en este punto, Josuah se había enmendado mucho desde su ingreso en la Trapa. Había tenido buenos ejemplos y tiempo para ello. El vagabundo habíase convertido en una especie de cenobita. Cuando desarrollaba sus ideas sobre arte, en las contadas ocasiones en que estaba permitido romper el silencio, casi toda la comunidad le admiraba. Algunos sonreían. Todos le amaban fraternalmente y temían perderle.

—Me parece que el señor Josuah, nuestro artista, está muy mal—dijo un día el prior.

Y era verdad. El huésped de la Trapa era el único que no lo sospechaba.

No sufría; se extinguía poco á poco. Una tarde de primavera, en que el sol, más ardiente que nunca, penetraba á través de las techumbres de las colmenas, y llegaba hasta las abejas, poniéndolas en conmoción, el pintor vió pasar por el coro al lego encargado del colmenar; un labriego hasta hacia poco tiempo, joven, esbelto; que parecía un soldado por su desenvuelto continente, y un monaguillo, por la candorosa expresión de su rostro, lleno de pecas. El lego se alejaba con las manos escondidas bajo el hábito, con la cabeza levantada como los cachorrillos que olfatean desde le-

jos los bosques repletos de caza; aspiraba el viento en donde se percibía el olor de las simientes sembradas por él durante el invierno, y se dirigía hacia aquel bosquecillo de morales circuido de una empalizada en donde las abejas comenzaban á rebullir en las colmenas.

—¿Hermano Juan?

El lego siguió su camino y pasó de largo.

—Hermano Juan, por caridad, venga usted conmigo á ver los Magos! A esta hora precisamente es cuando, penetrando á través de las vidrieras, los baña el sol como en las llanuras de Judea.

Esta es la hora en que yo los he visto y en que nadie los ve.

El hermano Juan vaciló, dió media vuelta y siguió al artista, que andaba trabajosamente á pesar de su alegría y que se frotaba las manos, satisfecho por haber encontrado público, y levantaba también la cabeza hacia su cuadro, invisible aún.

Cuando llegaron á la entrada del coro, el lego á la izquierda, el artista á la derecha, añadió:

—Hermano Juan, mire usted esas tres cabezas, ¡qué majestad en la de Baltasar, qué bondad en la de Gaspar, qué inquietud en la de Melchor! Y los tres séquitos, ¿no están en consonancia con el estado de alma de los monarcas? ¿Qué le parece á usted?

No obtuvo contestación:

—Tenga usted presente que he tardado dos años, dos años largos en pintar este lienzo. No me arre-

piento. Puedo asegurar que esto es lo mejor que he hecho en mi vida, y casi podría decir que lo único. Pero lo he hecho para unos hombres que se han condenado voluntariamente al mutismo, que me han encargado el trabajo, que me han acogido, ó mejor dicho, recogido, que han colmado de atenciones á un pobre diablo que no pedía más que pan y un rincón donde dormir, pero que no me han juzgado. Y por ello sufro mucho, hermano Juan. Usted, que está libre de preocupaciones y de prejuicios, usted que no sabe lo que es el impresionismo, ni el simbolismo, dígame lo que siente al mirar mis Magos.

El lego no debía experimentar gran emoción artística. Sólo miraba con atención los colorines ó las caras que le parecían conocidas. Y sus manos levantadas, su cabeza inclinada y su expresión de desconsuelo, daban á entender que lamentaba disgustar al señor Josuah, pero que no podía decir nada, nada absolutamente de lo poco que pensaba.

La persecución del elogio es la más ingrata de todas.

—Hermano Juan—continuó el artista—no se trata solamente de mi arte, sino de la paz de mi alma. Siguiendo el ejemplo de ustedes, he meditado mucho; y en esta soledad he sentido crecer mi ambición. Respóndame usted porque quiero saber si alcanzaré el premio que he creído merecer. Fíjese usted bien. Lo que nosotros llamamos arte, es una parte de nuestras almas que infundimos en nuestras obras á fuerza de amor. Estos pensamientos, encadenados á la materia,

permanecen allí vibrantes y visibles, y los que los perciben nos admiran en ellos. Pero yo creo que, el día en que muramos, estos pensamientos se escaparán del mármol, ó del lienzo, ó de la plancha de cobre, y clamarán ante Dios... ¿Me escucha usted con atención, hermano Juan?

Oyó un débil sí.

—Clamarán ante Dios: Aquí estoy; soy un pensamiento de aquel pobre hombre á quien llamaban el pintor Josuah; vivo en el cuadro que él pintó; soy la aureola, el color, la línea, la expresión de sus Magos; he embellecido los momentos que hubiese podido emplear en cosas inútiles ó perjudiciales para él ó para sus prójimos. Perdónale por mí, Señor, por sus obras...

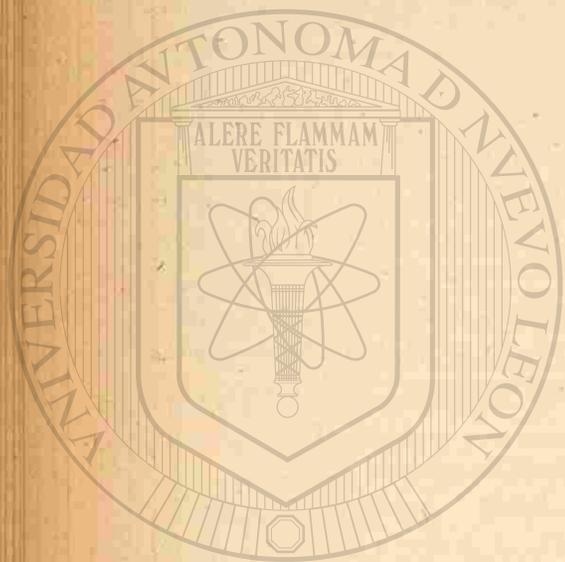
El lego, dirigiendo una mirada vaga al lienzo, dijo por fin:

—¡Qué pensamiento tan piadoso!

¿Hablaba de la pintura? Josuah lo creyó así y se puso muy contento. Y nadie le desengañó nunca, porque, apenas hubo pronunciado estas tres palabras arrancadas por la piedad, el hermano Juan salió apresuradamente.

Josuah murió en la Trapa. Su tumba se ve entre las de los legos, y sus Magos no han sido aún tapados por una capa de estuco.

Jamás he visto limosna más discretamente dada, ni que se haya prolongado hasta más allá del sepulcro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX

Conversación con el señor cura.

V ENGO del sermón. Yo he sido quien ha predicado. Sólo he tenido un oyente, y éste era el señor cura. El señor cura tiene veinticinco años y es hijo de los Gurmier, que son seguramente los esposos más buenos del pueblecillo en donde vivo durante el verano. Recientemente ordenado y habiendo ido con licencia á pasar unos días entre los suyos, fué á visitarme, en espera de la decisión episcopal que debía elegir para él un puesto de párroco en alguna parroquia de aldea. Le conocí cuando era muy niño. Le tuteé mientras vistió de paisano, y empecé á llamarle de *usted* en cuanto se puso la primera sotana.

Al volverle á ver, en el momento en que iba á entrar en la vida, con una misión tan difícil, un conocimiento elemental del mal y un celo tan grande por el bien, le dije:—Señor cura, me permite usted que le predique un sermón por los que usted ha de predicar?

Consintió.

—Señor cura, en mi sermón trataré tres puntos, y

usted se aprovechará más adelante de mis palabras, cuando yo ya no pueda darle á usted ningún consejo.

Ante todo, convendrá usted en que el ideal que las gentes tienen del sacerdote, no es el mismo de antes. Por causas diversas se ha modificado; de buena gana diría que ahora es más elevado. Lo que se exige ahora de un párroco ó de un vicario, en austeridad, en decoro, en celo y en disciplina, es muy parecido á lo que se esperaba antes de un religioso. La indulgencia no se estila ya entre nosotros; la soltura de las costumbres no ha servido más que para aumentar la severidad pública en cuanto se trata de juzgar á un sacerdote. ¡Ah, qué lejos estamos, señor cura, de la libertad de que gozaban sus compañeros de usted, según dicen, en los tiempos en que había verdadera fe; me refiero á la honesta libertad de palabras, de modales y de aficiones! ¡La indiferencia es más exigente que la fe! Tiene siempre fijos los ojos en ustedes; ve en ustedes los seres que deben dar ejemplo en una religión cuya doctrina desconoce; se escandaliza ó finge escandalizarse por cualquiera cosa, y el papel de ustedes es verdaderamente difícil en una época en la que el juicio que tantas personas han formado sobre la doctrina se empequeñece, se hace más mezquino cuando de juzgar á un hombre se trata. Piense usted siempre en ello; convéngase de que, por la más curiosa de las severidades, esa gente que no cree, tolera difícilmente que usted la imite, aun tratándose de una porción de cosas perfectamente lícitas. Usted no debe

enriquecerse, ni fumar, ni montar en bicicleta, ni cazar, ni comer muy á menudo en casa ajena. Con respecto á esto, le confieso á usted que pienso casi lo mismo, aunque no soy tan exigente. ¡Los convites! Cuando llegue la ocasión, señor cura, hará usted bien en rehusarlos siempre que pueda. Reconozco que en esto hay excepciones, cuando se está en el campo ó se va á una ciudad. Pero yo hablo de la costumbre. Los que la tienen no son numerosos. Algunos se han creído en la obligación de adoptarla por caridad. Es molesta. Esto, por lo demás, no es más que un ejemplo que le cito á usted. Casi siempre viene á las mientes de alguno de los comensales una reflexión que les honra á ustedes, después de todo, y que es la siguiente: «Ya hace dos, tres, cuatro horas que el señor cura está con nosotros. Durante este tiempo, ¿no habrá llamado algún pobre á su puerta y no la habrá encontrado cerrada? ¿No le necesitará algún enfermo? ¿No ha empleado en nosotros solamente un tiempo que, como el dinero de la limosna, está destinado á todas las miserias? ¿No se ha beneficiado la nuestra más de lo que le corresponde?» ¿Y con qué provecho? Observe usted que la mayor parte de las veces las conversaciones son de una futilidad, por no decir de una vulgaridad extraordinaria, y que el sacerdote que no está en su casa, de diez errores formulados delante de él, sólo puede refutar uno. Y aún así, ¿lo hará acertadamente? Aunque posea toda la ciencia y todo el ingenio del mundo,

puede verse desconcertado por la suficiencia de un maestro en el arte de conversar, como hay muchos; personas adocenadas y temibles, á las que nada intimida, á las que el sentido común irrita como un reto, que tienen la especialidad de contradecir á todo el mundo y que al verse acorraladas por un argumento, se refugian en la historieta, que cuentan admirablemente y por la cual triunfan siempre.

Porque el auditorio no es exigente, y generalmente no tiene más criterio para juzgar una tésis que el placer que ésta le proporciona. Por ello decía cierto sacerdote la siguiente frase mística: «Es más difícil conducirse bien en una comida, que predicar un buen sermón.» Señor cura, ya comprenderá usted por lo dicho lo que son las exigencias de nuestros contemporáneos. Son todavía jansenistas en todo lo que se relaciona con la disciplina del clero. Y yo podría resumir del siguiente modo mi primer punto: usted, hasta por vocación, tiene derecho á vivir «secularmente»; el mundo le exige á usted que viva «regularmente.»

No es esto sólo lo que de usted exigen. Y me atreveré á confesarlo, señor cura; con respecto al segundo punto, estoy de acuerdo con ellos, aún más que con respecto al primero.

Tienen razón. Los que viven en el mundo advierten perfectamente esta contradicción entre la vocación eclesiástica y el deseo de prosperar. No tardan en sentir desprecio, cuando se percatan de que el sacerdote confunde su misión con una carrera humana, que

persigue sus ascensos por los mismos medios de que ellos se valen; que se rebaja hasta emplear las mismas recomendaciones; que siente las mismas zozobras, que tiene los mismos compromisos. ¿Lee usted periódicos? No lo sé y no deseo que lea usted muchos; pero si los lee usted, debe usted encontrar con frecuencia, contra tal ó cual candidato al episcopado ó contra tal obispo, artículos en los que se ponen de manifiesto los supuestos manejos que ese sacerdote habrá aceptado y empleado con el objeto de alcanzar el báculo y la mitra. El tono es insultante; las palabras desagradables; las insinuaciones calumniosas abundan en esos artículos de fondo ó en esas *impresiones* al pie de las cuales suele verse la firma de un escritor «conservador.» Sólo disculpo el sentimiento: es perfectamente legítimo. Este sentimiento halla en la multitud uno de esos ecos profundos que revelan que hasta la idea de lo justo y de lo injusto está interesada en la cuestión. Y efectivamente es así. En nombre del buen sentido, de su antigua rectitud, el pueblo condena al sacerdote en quien sospecha semejante debilidad, y convendría que oyese usted el lenguaje de aquellos que de cerca ó de lejos, por autoridad directa ó por influencias, toman parte en los nombramientos eclesiásticos. Su ironía es muy instructiva cuando hablan de los pretendientes. Y la novela, la novela que no leerá usted, que no debe leer, ¡cuán severa es sobre este punto! Desgraciadamente somos bastante ricos en autores que han tratado de pintar sacerdotes buenos y malos, so-

bre todo, malos, y que no han acertado más que en el segundo caso. En las novelas, los sacerdotes virtuosos carecen de dotes sobrenaturales; es decir, de todo lo que esencialmente les constituye. Viven, discuten, charlan como excelentes personas, algo fatigadas por el peso de los años; son muy indulgentes, capaces, en la vida ordinaria de mil caritativas acciones, y, en ocasiones, de un heroísmo que se asemeja mucho al de los héroes condecorados: detener un caballo desbocado, arrojarse al agua para salvar á alguien, cuidar con gran abnegación á un apestado. No podemos escatimarles nuestra simpatía, pero sí podemos preguntarnos en qué se diferencian de un bondadoso notario, solterón y filántropo. Los malos están mejor pintados, y, entre ellos, los más implacablemente, los más duramente fustigados son los sacerdotes que han vendido á los hombres su carácter divino.

Señor cura, ahí tiene usted un hermoso elogio de su vocación. ¡Cómo creen en ella á pesar suyo hasta los que no la comprenden, puesto que le echan á usted en cara, como si fuese un crimen, lo que tan natural les parece en los demás hombres! Sé perfectamente que yo no tengo ninguna autoridad en estas cosas, pero puedo abrirle á usted mi alma de sincera creyente, y decirle que yo tampoco he comprendido jamás esta ambición en un sacerdote. Me parece que el que ha sido llamado de lo alto, debe decirse todos los días al levantarse, algo por este estilo: «He renunciado á mí mismo; soy libre, poseo la completa libertad que trae

consigo el renunciar á todo, y tengo la suprema dignidad de ser pobre sin codiciar la riqueza, de no desear nada, de no sentir ninguna desilusión, ninguna desesperación humana. Mi única ambición es aparecer ante los ojos de los hombres entre los cuales vivo, como la prueba evidente de un ideal distinto al suyo. En mi parroquia hay algunos centenares, tal vez algunos millares de almas que están ligadas á mí por los lazos del ejemplo, de la oración y de la caridad que les debo. ¿No es esta una carga infinitamente más pesada de lo que mis fuerzas pueden soportar? Y si yo me encargase voluntariamente, por temeridad, de una sola alma más, daría prueba de una vanidad inmensa, y en el fondo, de una gran incredulidad!»

Mi tercera observación la expondré en pocas palabras. No sería la última si quisiera decir todo lo que pienso. Pero, es necesario no extralimitarse, sobre todo cuando se predica un sermón. Así, pues, le diré á usted sencillamente que entre los hombres que no tienen la fe que usted tiene, que en ese *mundo* en el que va usted á entrar, pueden considerarse dos grupos completamente distintos. Algunos son enteramente hostiles á toda idea religiosa; la mayor parte de ellos profesan cierto respeto hacia las cosas religiosas, respeto infinitamente variable, que va desde lo que los químicos en sus análisis llamarían «residuos», hasta el deseo de creer. A esta disposición respetuosa se une generalmente, una ignorancia verdaderamente extraordinaria de lo que es el *Credo* del creyente. Aquí aludo

á lo más granado de los intelectuales y hasta de los sabios. Y me permito suplicarle á usted, al mismo tiempo, que cuando más adelante tropiece usted con uno de ellos, ya en un salón, en una asamblea, ó en una discusión por escrito, recuerde siempre que le han dado una educación que ellos no han recibido, y que algunos han encontrado dificultades para conocer la verdad y para seguirla, que usted no ha conocido. No olvide usted tampoco que hay una infinidad de hastiados. ¡Cuántas cosas podría decir con respecto á este punto! No abra usted jamás los libros de controversias. Abra su corazón de hombre santificado por la caridad, y muéstrese fraternal antes de ponerse de acuerdo con ellos.

Me lo prometió, y yo quedé avergonzada de mi presunción.



X

Meditaciones sobre la aldea.

MUCHAS mujeres no tienen más pensamiento que amar. Esto basta para que las vidas sean admirables ó infames, inútiles ó vulgares. Todo depende del objeto á que se consagran. En este pueblo de la Beauce que está aquí, ante mis ojos, en la distante colina cubierta de dorada mies y que el sol va á abandonar dentro de un instante, en ese grupo de casas compuestas solamente de cuatro paredes hechas de tierra y techadas con bálago ó tejas, conozco á casi todas las madres, á casi todas las muchachas y á casi todos los niños que van á la escuela. Son lo mejor de la población, las guardadoras del ideal venido á menos. Maldicientes, regañonas cuando viejas, ligeras de cascos muchas de ellas cuando jóvenes, negligentemente instruidas en su religión, parecen consagradas al arreglo de la casa y tan á ras de tierra como su hogar y sus establos. Y sin embargo, cuando las contemplo de cerca, reconozco en ellas la raza generosa y capaz de llevar á cabo las acciones más nobles, sin darse

cuenta de ello. Y es que han sufrido ó han comenzado á sufrir por sus semejantes. No han trabajado más que los hombres, que son trabajadores infatigables, pero han realizado más sacrificios de esos que no se pagan con dinero y que despedazan el corazón. Son madres, son hermanas, son vecinas, son la población permanente, en tanto que los labradores con los caballos se desparraman por el campo. Perine, la mujer de un gandul, ha recogido dos niños que cría con los suyos y á los que dotará con el mismo beso cuando cumplan veinte años; María, una labradora que está todo el día trabajando, cura por las noches desde hace ocho años, las llagas de un pastor alcohólico, sucio, lleno de miseria y «que no es nada suyo,» como dicen aquí; otra hace la cama y barre la choza de un idiota que vino un día, nadie sabe de dónde, y que se quedó en el pueblo esperando á que pasara el chaparrón y que tal vez crea que todavía está lloviendo; otras diez soportan—y algunas sin quejarse—maridos odiosos ó padres ancianos y achacosos; y Verónica, una criatura que se ha criado sin madre, bella como las espigadoras que los pintores colocan en primer término en sus cuadros, se lleva tras sí las miradas de la gente moza cuando cruza el llano ó llama á los jornaleros á la hora de comer; pero nadie se atreve á darle una broma, porque de ella emana una especie de pureza, que mantiene en respeto hasta á los mismos animales. ¿De dónde procede todo esto y otras mil cosas que para todo el mundo pasan inadvertidas? ¿De quién han

heredado estas virtudes superiores? De sus abuelas principalmente. Son las herederas de muchas generaciones de mujeres que poseían una firme conciencia religiosa; los fragmentos inconfundibles de una obra de arte mutilada; de una maravilla, que esto era generalmente el aldeano francés. ¡Ah! cuánta razón tenía el anciano que me decía: «Francia se nutre de su propia substancia.» Sí, de ella vive afortunadamente, porque de afuera, la nutren mal y la hacen beber pésimo alcohol adulterado.

Los hombres no han podido resistir este régimen tan bien como las mujeres. Estoy hablando de un pueblo de la Beauce, y no ignoro que aquí estamos muy por bajo del nivel corriente y que hay muchas provincias en donde es menos sensible la degradación moral.

Pero por lo mismo la observación es mucho más interesante. Permite adivinar el porvenir. ¡Pues bien; yo los conceptúo á casi todos extraordinariamente envidiosos é igualmente cobardes! Siempre ha sido difícil conseguir que el aldeano diga lo que piensa, y mucho más difícil aún que confiese lo que ha ganado, lo que ha perdido, y hasta que diga su opinión sobre el tiempo que ha de hacer al día siguiente. ¡Pero la envidia! ¡Cómo se advierte en las miradas, en las palabras, en los gestos, en el silencio, cómo la siento detrás de mí, cómo me sigue cuando atravieso la plaza, y cuán fugaz es al mismo tiempo, porque si vuelvo la cabeza todo el mundo me saluda! No me odian á mí

odian mi riqueza, mi sombrero, mi velo, mis botas y hasta las palabras de que me sirvo. Y soy rica, puesto que doy limosnas. Y no hago más que restituir, puesto que soy rica. Cuando les tiendo la mano creen que quiero sobornarlos; cuando les sonrío, piensan si mi sonrisa será interesada. Si yo fuese un hombre, creerían que estaba preparando mi candidatura. Algo ha perecido ó va á morir en ellos, y ese algo es lo que yo llamo amor; lo que he encontrado muchas veces en mis amigos de París, aun en los más pobres, ó en los de las capitales de provincia, esa facultad de sentir, esa confianza que dice: «Se ha roto el hielo; sé que usted me ama.» Es la fraternidad lo que desaparece, y en su lugar surge el odio, y con el odio, el temor. Se temen unos á otros; tienen miedo de la declaración, del periódico, del diputado á quien han elegido, del recaudador de contribuciones, del guardabosque, de todo el que pueda perjudicarles cerca del poder monstruoso y pródigo en promesas, del cual esperan, cada vez con más afán, el pan cotidiano que aún piden á la tierra, aunque con menos confianza y menos gratitud. Nueva esclavitud, mucho peor que la antigua, porque antes era una condición de las personas, y mucho me temo que ahora se haya convertido en un estado de los espíritus.

Los hombres de este pueblo—¡y de otros muchos!—están abandonados. Nadie se ha cuidado de formarlos ni de dirigirlos. En la escuela, palabras, fórmulas de moral áridas como consejos de higiene; en el cuar-

tel, las mismas fórmulas diluídas en conferencias, y además y al mismo tiempo, en el cuartel y en la ciudad, ejemplos de libertinaje, de deserción y de desprecio de los jefes; á la sazón, todos los rumores perjudiciales de los vientos que corren; eso es lo que han aprendido. Y nada más. Nadie les desengaña, nadie se ocupa de robustecer su sentido común debilitado. Sin saber más que el alfabeto, las cuatro reglas de la Aritmética y lo preciso de Historia calumniosa para perder todo el orgullo que inspira el pasado de Francia, deben luchar, ellos solos, contra la más espantosa invasión de sofismas que haya amenazado la razón de los ignorantes y hasta de algunos que no lo son. Lo más cruel de la miseria es esta debilidad ante el error. El cura no puede hacer nada. Le miran con cierta prevención y huyen de él sin conocerle. El maestro, al que conocen perfectamente, tampoco sería escuchado aunque quisiese hablar.

Los aldeanos no le consideran como un amigo, ni siquiera, en el fondo de su corazón, como un igual. No es del pueblo; no ha sido elegido por los padres y las madres del pueblo; no posee ninguna tierrecita; no tiene una misión divina; sólo ejerce un oficio humano; pasará. Su influencia será, todo lo más, política; no es un personaje importante, ó, como se decía antes, una autoridad. Algo más poderoso que las leyes y los reglamentos se opone á ello. ¿Quién tendrá, pues, la otra influencia, la permanente, la moralizadora, la pacificadora, la bienhechora? En otros tiempos fué

ejercida por siete familias, pertenecientes á la clase media ó á la aristocracia, que no ignoraban, la mayor parte de ellas, por lo menos, que vivir en un pueblo es favorecerle. Hoy, mi hermana, tiene todavía «su residencia», aquí, á tres kilómetros del pueblo, en lo alto de la loma desde la cual contemplo todo el día los trigales en los que juguetea el viento y la luz. En esta casa pasa mi hermana siete meses del año. Ni una sola familia que piense y lea vive, además de nosotros, en la comarca. Porque no puedo decir que viven aquí los Japermont, los dos hijos del opulento comerciante en maderas, cuyo castillo, situado al lado opuesto de nuestra posesión, está escondido en un rincón del bosque. Estos muchachos están siempre cazando y no hacen en su castillo sino breves apariciones. Ayer por la mañana encontré al menor, al que tienen todos por inteligente. Yo acababa de separarme de la tía Tamaras, que recoge toda la leña que está caída en el suelo y tal vez hasta la que está aún por caer, y la buena mujer se alejaba con su haz al hombro diciéndome:

—Hasta la vista, señorita; me alegro mucho de haberla visto.

Un jinete salió del bosque en aquel momento; me vió, galopó hacia mí, detuvo su caballo á tres pasos de distancia, y el hombre y el bruto me miraron al mismo tiempo con el mismo aire juvenil, con idéntica expresión de alegría.

—¿Va usted de caza, bella vecina?

—A pie, ¿no es verdad?

—¿Quiere usted un auto? Me he traído dos.

—Gracias.

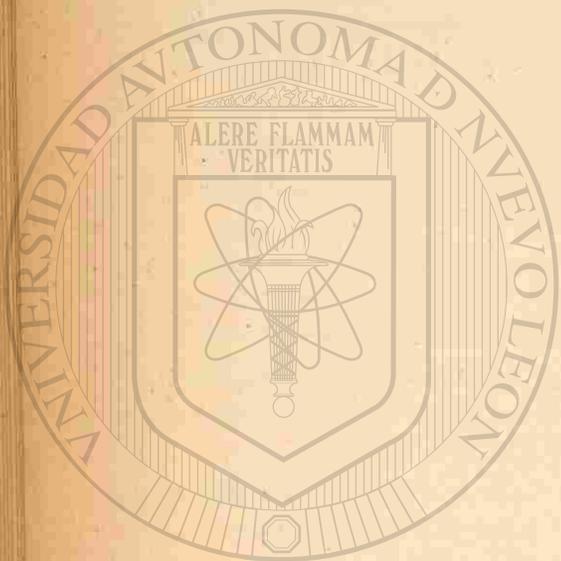
—Entonces la invito á usted para pasado mañana por la tarde. Comerá usted con nosotros. Vamos á representar una comedia. ¡Se alegraría tanto Marcela!... ¿No quiere usted? ¡Nunca se la vé á usted en ninguna parte! No se ocupa usted de nada.

—Me ocupo de muchas cosas, por el contrario; pero precisamente de aquellas de las cuales no se cuida usted.

Sonrió, saludó y volvió á alejarse al galope.

A lo lejos se oía una trompa de caza. Y al pronto escuché complacida, pero mi contento duró poco. El segundo toque me irritó como si sólo hubiese sido una sucesión de notas falsas. Hubiera querido correr hacia los cazadores y decirles:

—¡Más bajo, se lo suplico á ustedes, más bajo; hay enfermos!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XI

La Buscapanes.

EN uno de esos rinconcitos de Francia que tan queridós me son, había una viuda que se llamaba Victorina Loux, y que tenía fama en toda la comarca y en más de deiz leguas á la redonda, tanto por su carácter entero como por su buen corazón. Hacía diez y ocho meses que había perdido á su marido, y ella sola, sin que las personas ni los animales tuviesen por qué lamentarse de ello, cuidaba de su familia compuesta de cinco hijos, de sus criados y criadas, de sus rebaños de bueyes, de vacas y de carneros, de sus yeguas y de todas sus aves de corral, que sólo por la noche cesaban de cantar. «De nada falta en casa de la Loux», decían los vecinos, admiradores ó envidiosos. Y decían la verdad.

Ahora bien, ved aquí lo que le sucedió:

Era á fines de verano, en la época en que aún hay hierba en los límites de los campos recién segados. El aire estaba impregnado del aroma de la paja y del

heno; por las ventanas de los graneros salía olor á trigo maduro; las gallinas correteaban por los rastrojos, y los mozos sólo esperaban para comenzar la labor las primeras lluvias de Septiembre ó las órdenes del ama. Esta, que se hallaba en un patio cerrado por tres de sus lados por edificios de tejados saledizos, viendo entrar á los carneros que se agrupaban en la puerta del establo, llamó con la mano á la mujer que los guardaba. Anochecía. Victorina Loux estaba apoyada en la pared de la cuadra, frente al establo. La expresión de su rostro de facciones menudas, encuadrado desde la frente á las mejillas por una toca de hilo, parecía más grave que de ordinario. Era de elevada estatura y muy esbelta. Había sacado á medias los pies de sus zuecos, y apoyaba los talones en el reborde, por lo que parecía aun más alta. La mujer que se dirigió hacia ella andando lentamente pertenecía á esa categoría de seres casi privados de razón, cuya historia, casi siempre obscura, hace temblar á los que la comprenden ó la adivinan. Tenía las facciones abultadas; no era bella, pero aún era joven. Al llegar junto al ama levantó los ojos, á los que la razón se asomaba irregularmente, en llamaradas fugaces.

—*Buscapanes*—este era el apodo y tal vez el único nombre de la pobre criada—te he llamado para comunicarte una cosa que siento mucho tener que decirte.

La otra no respondió. Estaba inmóvil, con la cabeza inclinada hacia adelante, y como en acecho de las palabras que iban á ser pronunciadas.

—Ya hace mucho tiempo que estás aquí, hija mía—continuó Victorina.

—Quince años—refunfuñó la pastora.

—Los que tiene tu hijo mayor; sí, bien te acuerdas; apenas tenía un mes cuando nos lo trajiste. Ya sabes que os he tratado muy bien á ti y á él, y también al otro, y que te he defendido.

—Sí.

—Si estuviera sola en mi casa, te quedarías siempre conmigo; pero mis hijos han crecido. Mi hijo mayor es un poco más pequeño que el tuyo, y ya empieza á manejar el arado como tu hijo Pedro, y á escuchar cuando vendo mis reses ó mi queso á los tratantes que van de paso. Se han criado juntos y son demasiado amigos para que mi hijo mande al tuyo. Antes de mucho no se entenderán: tenemos que separarnos, hija mía.

La *Buscapanes* se estremeció, y en sus ojos, siempre fijos en su ama, la angustia, el dolor de un recuerdo, el deseo de dirigir un reproche, una súplica, apareció un momento y desapareció en seguida. Los labios no expresaron nada, se agitaron levemente y murmuraron:

—Usted es el ama.

—No te abandonaré—continuó Victorina;—mañana te pondrás tu vestido nuevo y te irás con Pedro á casa de mi pariente, el del caserío de Langogne; le he pedido que os dé trabajo. Y os lo dará por mí. Dentro de cuatro días os marcharéis.

—Usted es el ama—repitió en voz más baja la desdichada.

Y las dos mujeres se separaron. En aquel momento otra mujer atravesó el patio y pasando por detrás de Victorina que entraba en la casa, dijo:

—¡No se ha dado usted mucha prisa en echar de su casa á este mal bicho!

Pero Victorina, contra su costumbre, no contestó á las mal intencionadas palabras de Rosa Goufier, la otra criada de la granja. Estaba demasiado apenada.

Por la *Buscapanes* se había sacrificado, en efecto y había tenido más de un disgusto. Quince años antes, cuando manifestó su decisión de acoger bajo su techo á aquella vagabunda que nadie sabía cómo se llamaba, ni de dónde venía, ni de qué vivía y que se presentaba pidiendo limosna y con un niño en los brazos, los vecinos y hasta el mismo marido pusieron el grito en el cielo y protestaron contra una caridad tan imprudente. «¿Qué necesidad hay de socorrer á una persona que no tiene casa ni hogar? ¿De dónde venía aquella mujer? ¡Ahl no tardaría en abandonar la casa en que la recogían, y el mejor día echarían de ver que había tomado el tole llevándose más de lo que le correspondiera por su salario!» Victorina Loux se mantuvo firme.

La pastora no robó ni trató de marcharse de la granja; pero seis años después, con gran escándalo de todo el pueblo, dió á luz otro niño y Victorina no la echó de

su casa. Algunas de las personas más consideradas del pueblo censuraron acerbamente, con este motivo, á aquella labradora, á aquella mujer honrada, á aquella madre de familia que toleraba semejantes escándalos en su casa y no pensaba en que era un mal ejemplo. «Ya lo creo que lo pienso—respondía Victorina—pero mi hijo mayor es aún muy pequeño, y cuando sea un hombre, dará menos importancia á la falta de esta mujer que á la caridad de que ha sido objeto.» Y transcurrieron los años, trayendo cada uno de ellos un poco más de olvido que el precedente. Los hijos de la *Buscapanes*, Pedro y Andrés,—Pedro, atrevido, pendero y moreno; Andrés, sonrosado, rubio y tímido como una niña,—se criaron con los niños del ama, comieron el mismo pan, bebieron la misma leche, respiraron el mismo aire, recibieron las mismas caricias, oyeron las mismas voces, fueron á la misma escuela y vieron los mismos campos en donde al par que las cosechas, germina para los hombres un poderoso sentimiento de fraternidad. Victorina Loux trataba casi lo mismo á sus hijos que á los de la otra. Fué necesario que la sangre hablase poco á poco en el corazón de los hijos legítimos, de los herederos de las tierras y de los rebaños, y les hiciera sentir la necesidad de mandar. Entonces estallaron las primera disensiones serias entre los primogénitos de las dos razas distintas. Y Victorina comprendió que sus hijos iban á deshacer lo que ella había hecho.

Seguramente nadie padecía tanto como ella con la

decisión que había tomado; ni la verdadera madre, ni los niños que habían llorado un momento al saber que dos de ellos iban á vivir lejos en lo sucesivo y que en aquel instante formaban proyectos y combinaban entrevistas; ni los criados de la granja, que despreciaban á la *Buscapanes* ó la envidiaban.

Se hizo de noche; la cena fué menos alegre que de costumbre, porque los siete niños observaban á sus madres que callaban; luego se acostaron todos; después amaneció el nuevo día. Al alba, Victorina que había sido la primera en levantarse, vió desde la ventana de su cuarto á la *Buscapanes* y á Pedro que bajaban por el sendero bordeado de nogales y entraban, á unos cien pasos de la granja, en la carretera oculta por las hayas.

Estuvo todo el día tan triste, que los niños extrañaban su casa, de la que faltaba el buen humor de su madre, y se entretuvo en recorrer sus graneros, en abrir y cerrar los armarios y las arcas, en donde guardaba sus provisiones. Los viajeros volvieron tarde. Estaban cansados. Cuando entraron en la sala, en donde toda la familia y los criados de la Loux estaban reunidos y charlaban un momento antes de irse á dormir, Pedro, que era el único que podía explicarse con claridad, contó que el colono de Langogne le había recibido muy bien, y que tenían que marcharse al día siguiente.

Entonces, desde el rincón en que se había acurrucado junto á la chimenea—porque comenzaba á gustar el acercarse al fuego—miró Victorina á toda aquella

gente que se agrupaba en torno del hogar y que una sola llama saltarina iluminaba, y dijo:

—Cuando se marchen mañana, quiero que se lleven el carro que os sirve, en el tiempo de las castañas, para recorrer los castaños. Meteréis dentro un saco de trigo y otro de cebollas, diez metros de lienzo y otras muchas cosas que tengo preparadas, porque no quiero que lleguen á casa ajena como la madre llegó á mi casa hace quince años. No quiero que desprecien á nuestros amigos.

—¡Qué gana de broma tiene usted, señora Victorina—dijo una voz—porque esa mujer es su peor enemiga!

La que así hablaba era Rosa, que señalaba con el dedo á la *Buscapanes*. Todos los habitantes de la granja se habían levantado. Los niños gritaban. Un hombre sujetaba á Pedro que quería arrojarse sobre la criada y que la amenazaba con el puño cerrado.

—Tú, Rosa—dijo Victorina—no seguirás en mi casa. Tienes muy mal corazón. Porque esta es la segunda vez que acusas á la *Buscapanes* con quien he vivido quince años y que se marcha mañana.

Al día siguiente, bajo el sol abrasador del mediodía, sacaron del cobertizo el carrito que servía para acarrear castañas, lo atestaron de ropa y de provisiones, y la pastora se cogió á las varas y empezó á bajar hacia la carretera. Los niños la rodeaban, tirando unos de unas cuerdas que habían atado al carrito y empujando otros las ruedas. Pedro y Andrés eran los únicos que se habían quedado rezagados.

Estaban despidiéndose de los animales y de las cosas; del establo en donde estaban «sus bueyes» corrían al pajar en donde tanto habían jugado, y se oía el ruido de sus zapatos claveteados en los peldaños de las escaleras y en las baldosas de los graneros. Al fin, después de ver todo y de despedirse de todo, como hacen los niños, con una sonrisa fugaz y un estremecimiento de dolor, se arrojaron en brazos de Victorina, que estaba de pie en el umbral de la sala principal con su vestido negro, de los domingos.

—¡Adiós, mamá Victorina! ¡Ya volveremos! ¡No nos olvidaremos de usted!

—¡Adiós, hombre! ¡Adiós, hijito!

Y estrechaba primero á uno y luego á otro contra su pecho, y soltaba á Pedro para abrazar á Andrés, y á Andrés para volver á besar á Pedro.

Los criados estaban en el campo ó en las habitaciones interiores de la casa. El cortejo de la *Buscapanes* se alejaba. Victorina abrazó por última vez á los niños.

—¡No sé á cuál de los dos quiero más! ¡Marchaos, hijitos, que ya es hora!

El mayor fué el que se alejó primero. Iba muy de prisa; en un momento llegó á la mitad de la cuesta. El más pequeño volvía la cabeza á cada paso, y se veía su pelito rubio ensortijado y sus ojos brillantes por las lágrimas.

Una carcajada chillona salió entonces del establo. Rosa, la criada, sacó la cabeza por el ventanuco del granero, y gritó:

— ¡Hace usted bien en quererle, señora Victorina: como que es hijo de su marido de usted!

El chiquillo se alejaba andando de espaldas. La viuda, de pie en el dintel de la puerta, se había puesto muy pálida. Verdaderas ó falsas, aquellas palabras la habían herido en el corazón, que tal vez sangraría siempre. No respondió, pero levantando los dos brazos, exclamó:

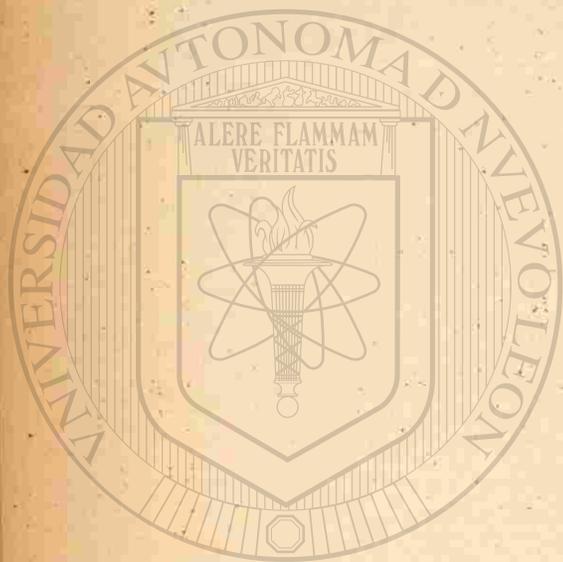
—¡Andrés!

El niño se paró.

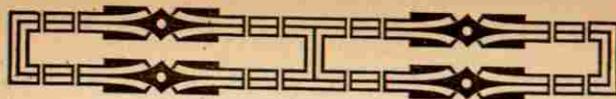
—¡Andrés, á tí te quiero más!

El chiquillo agitó su gorra y continuó su camino.

Victorina Loux, que había agotado todas sus energías, y hasta algunas más, se volvió rápidamente y entró en la casa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XII

Los tres mozos de la Haussiére.

ERA algún tiempo después de la recolección, cuando las tórtolas emigran. La mayor parte de los colonos esperaban, para comenzar la labor, á que las primeras lluvias hubiesen ablandado la tierra; pero los tres mocetones rubios de la Haussiére, Julián, Antonio y Santos, no acostumbraban á esperar, y apenas segaban el trigo cuando metían el arado en las rastrosas. Con una finca tan buena, unos mozos tan gallardos y unos bueyes tan hermosos, podía hacerse cuanto se quisiera. Una tarde del mes de Agosto, los dos hermanos mayores que habían estado arando durante una hora, y el menor, que acababa de rastrillar, descansaban á la sombra de un añoso castaño que tenía ya las hojas amarillentas y todos los erizos de las castañas, verdes. Estaban acostados sobre la hierba, y junto á ellos, atados á la cerca, resoplaban los bueyes, rendidos como sus amos.

Julián, que tenía más de cuarenta años, exoracero, de rostro sereno y hablar reposado, dijo:

—Después de todo, no es tan difícil hacer lo que nosotros hacemos; basta con ser tres hermanos que se entiendan.

Y como se sonriera, mostró bajo su bigote la blancura de sus dientes.

—No consiste todo en entenderse —dijo Antonio, el más alto y el más rubio de los tres hermanos—es preciso contar con unas tierras como las de la Haussière.

Los tres hermanos, y hasta los mismos bueyes, miraron en aquel momento la polvareda que se levantaba de las rastrojeras recién aradas, la extensa pendiente iluminada por el sol, y, allá á lo lejos, el tejado de la casita, á la que daba sombra un añoso peral de tronco retorcido.

Santos, que era el más moreno y el más nervioso de los hermanos, estuvo absorto más tiempo que los otros dos en los pensamientos que le asaltaban siempre que veía la casa, y dijo á su vez:

—Vosotros haréis lo que queráis; tú, Julián, y tú, Antonio, y padre, que está en casa, y Marieta, que se casará probablemente antes que nosotros; yo no saldré jamás de la granja.

Nadie manifestó extrañeza, porque no era la primera vez que oían aquellas palabras. Como una de las yeguas empezase á cocear por causa de las moscas, los tres hermanos se levantaron y reanudaron el trabajo.

El mayor llevaba cuarenta años viviendo en la Hau-

sière, el segundo treinta y cinco, y el tercero treinta y dos. El mismo caso de fuerza mayor, el servicio militar, los había alejado de su casa uno tras otro, hacía ya mucho tiempo. Aquella había sido su única ausencia. No eran los amos, puesto que la granja pertenecía al padre; pero podían decir «nuestra casa», porque heredarían las tierras y las cultivaban y las amaban apasionadamente. Este amor al terruño, el trabajo que les reunía á menudo y no les separaba nunca mucho, la misma sangre, las mismas esperanzas frustradas unas veces, realizadas otras, y la intimidad que de ello nacía, y también la paz de las almas religiosas y hasta piadosas, en las que no hacía mella la envidia, constituían para cada uno de los hermanos una felicidad que parecía satisfacer á Julián, á Antonio y á Santos. Las muchachas de este rinconcito vendeano, muchas de ellas por lo menos, habían puesto los ojos en aquellos buenos mozos. Pero ellos miraban á todas de la misma manera y contestaban con la misma tímida sonrisa á los saludos que ellas les dirigían los domingos en la plaza de la iglesia, cuando se piden unos á otros noticias de las granjas, como hacen los marinos de las islas al encontrarse en alta mar. Los tres mozos de la Haussière pasaban por entre los grupos con la mayor indiferencia, y el padre, que los seguía algo más despacio, por su mucha edad, se paraba de mejor gana que ellos y se mostraba menos arisco. Apenas se detenían en la taberna; tomaban una ó dos copas y se marchaban. Pero cuando nadie los veía y

ellos veían sus tierras, entonces era cuando sus ojos tenían miradas de contento y casi de amor para los campos de avena, para el algarrobo en flor, para las gavillas de trigo, ó, si era invierno, para los cuadros de coles, que goteaban como un bosque después de la lluvia. Su hermana María salía á su encuentro: «Hola, hermanos; os he preparado una torta». Y el padre les alcanzaba entonces, y decía medio en serio, medio en broma: «Muchachos, sois demasiado felices aquí; me moriré sin veros casados.»

Una tarde de invierno, antes de cenar, á la hora en que las tierras parecen blandas y grises, como pedazos caídos del cielo, entró una mujer en la cocina de la Haussiére, en donde el colono reflexionaba, sentado en un banco, y escuchaba el rumor que salía de los establos. Era joven aún y robusta: vestía de negro.

El labrador indicó por señas que la había conocido á pesar de la obscuridad, y ella permaneció de pie, conmovida y con los ojos bajos como si se hallase ante el Tribunal.

—Tío—le dijo,—ya sabe usted que soy viuda, que tengo dos niños de mi difunto, y que no éramos ricos cuando nos casamos.

—Verdad es, hija mía.

—Desde hace ocho meses procuro dirigir sola la granja, y no puedo decir que no lo he conseguido. Pero me apuro mucho por la cosa más insignificante; los trabajadores no me obedecen; no les hablo con bastante energía, y comprendo que no puedo dirigir mi casa

El anciano inclinó la cabeza, consideró con atención á aquella mujer que seguramente iba á pedir alguna cosa, y respondió:

—El manejar á tanta gente y á tantos animales es una carga muy pesada para las tres cuartas partes de las mujeres y para la mitad de la otra cuarta parte. ¿Qué quieres?

—Que me ayude usted. Usted es mi pariente más cercano y tiene tres hijos.

El dueño de la Haussiére se estremeció, por lo que no pudo responder inmediatamente.

Quando hubo coordinado sus ideas y recobrado el valor necesario para expresarlas, murmuró:

—Tienes razón. Debo ayudarte.

La mujer se marchó.

Una hora después, terminada la cena, cuando los criados salieron de la cocina y Marieta se fué á fregar los platos á la habitación contigua, Julián, Antonio y Santos, acodados en la cabecera de la mesa, é iluminados de cerca por la lámpara que hacía rebrillar sus ojos verdes, empezaron á charlar de las cosas de la granja, según costumbre. Pero el padre, que se había acercado al fuego y que luego había vuelto á sentarse al lado del hermano mayor, les hizo seña de que se callaran. Contó la visita que había tenido y cómo había prometido ayudar á la viuda de la Taguiniére, y añadió:

—¿Quién de vosotros cumplirá mi promesa? Lo mismo me da separarme de uno que de otro. Al que diga que sí le dejaré marchar.

Miró primero á Julián, luego á Antonio y después á Santos. Pero los tres habían vuelto la cabeza, como hacen los que no quieren verse obligados á hablar. En la cocina, contra lo ordinario, reinaba un silencio tal, que se oía perfectamente el chirrido de la persiana que el viento movía.

El viejo, que tenía la cara larga y completamente afeitada sonrió levemente, como satisfecho por el silencio de sus hijos. Pero la voz no se alteró, sino que, por el contrario, pareció más firme, cuando continuó.

—Puesto que ninguno de vosotros quiere marcharse á mí me corresponde decidir.

Miró otra vez á los tres mozos, y añadió:

—Tú, Antonio, irás mañana á la Taguinière, y te quedarás allí mientras mi sobrina te necesite.

Ni el que había recibido esta orden, ni los otros dos respondieron; pero se levantaron y salieron afuera, eso que la noche era muy fría.

Al día siguiente, poco antes del medio día, despidióse Antonio de todos los que vivían en la granja, se puso un lío de ropa bajo el brazo izquierdo, empuñó con la mano derecha su bastón y se fué á buscar á su padre que andaba por los pajares y por los establos y que se escondía para llorar. Le encontró cerca del lagar. El viejo volvió la cabeza. El hijo le saludó y le dijo:

—Padre, yo no puedo irme solo á la Taguinière.

—Pues yo, muchacho, tampoco puedo privarme de otro hijo.

—No, deje usted que me lleve dos bueyes negros: me harán compañía. Los compro para la otra granja.

Y de la Haussière salieron tres, los dos bueyes y el mocetón rubio que los llevaba.

Transcurrieron dieciocho meses. Antonio no había vuelto ni una sola vez á la Haussière. «Comprendo que no podría resistir á la tentación—decía.—Si volviese á casa me quedaría allí.» De cuando en cuando veía á su padre ó á sus hermanos en la plaza del pueblo, en la taberna, en los caminos, cuando llevaban el trigo al mismo molino; también iban á verlo alguna que otra vez á la Taguinière. Vivía en una granja situada en la ladera de una colina, cuyos campos y prados se extendían hacia levante. Había restablecido el orden. Demostró ser un buen labrador, un buen segador, un buen administrador y un buen amo, algo rudo, lo mismo que su padre, pero nada violento en el fondo y sensato en su severidad. Los vecinos decían: «Es un hombre muy listo; pero no habla mucho.» Hablaba poco, porque no tenía más que un solo pensamiento que no era nada alegre: echaba de menos su Haussière. Ni el invierno, ni el verano, ni las buenas cosechas, ni la estimación que aumentaba en torno suyo mitigaban su pena. Casi todas las tardes, cuando daba orden de suspender el trabajo, dejaba que se marchasen delante las yuntas, los boyeros, los jornaleros y los dos niños que ya comenzaban á manejar el azadón, y se quedaba solo en medio del campo. Entonces se volvía hacia poniente, y miraba

las tierras, que más bien podía decirse que se adivinaban que no que se veían, y una casita del tamaño de un guisante, y dominándolo todo, las nubes que siempre eran rojas, como la sangre de un corazón joven.

Una tarde en que hacía mucho calor, á fines del segundo verano, el dueño de la Haussière hallábase bebiendo un vaso de sidra en la sala de su granja. Acababa de levantarse de la siesta que había dormido sobre un montón de heno y aún tenía algunas briznas de hierba en el cuello de la camisa. De pronto apareció una sombra en la puerta de la habitación y el anciano volvió la cabeza.

—¡Cristo!—exclamó—¡pues si es Antonio! ¡Marie-ta, trae otro vaso! ¿Qué te ocurre, muchacho, para que vuelvas?

Cuando el joven se hubo sentado, respondió:

—Pues que no puedo seguir allá.

—¿Te ha despedido mi sobrina?

—No.

—¿Entonces es que te falta valor? Jamás hubiera creído eso de un hijo mío.

El mozo no respondió inmediatamente. Pasó un cuarto de hora largo antes de que se decidiera á contestar.

—No es valor lo que me falta; es que su sobrina de usted anda todo el día tras de mí para que nos casemos.

—¿Y no te gusta?

—Me gusta lo mismo que otra cualquiera.

—Pues entonces, muchacho, debes casarte: la granja es buena y la mujer también.

Diez minutos después, los dos hermanos, Julián y Santos, á quienes había llamado el padre, entraron en la sala. Cuando se enteraron de lo que pasaba, se echaron á reir silenciosamente, cada uno por su lado.

—De qué te ríes tú, Julián?—preguntó el viejo.

Julián se hizo de rogar, luego confesó, sin reirse ya más que á medias:

—Padre, le aseguro á usted que no lo hubiera hecho mientras hubiera habido probabilidades de que los tres volviésemos á vivir juntos en la Haussière; pero ya que Antonio nos deja para no volver más, yo también voy á dejarles á ustedes: quiero casarme con la hija del ama de la granja del *Sableau*.

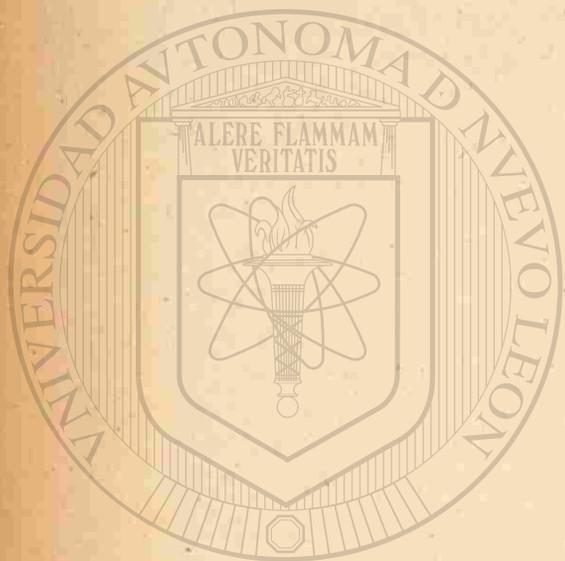
—También es una buena granja—contestó el buen hombre;—pero dime, Julián, ¿se te ha ocurrido eso, así de pronto, al entrar en la sala?

—¡Oh, no, padre, hace ya seis años que «la hablo». Pero, á no ser por Antonio no me hubiese atrevido á decirlo.

—¿Y tú, Santos, qué es lo que piensas?

El menor, que era el más despierto, replicó sin vacilar:

—Yo, padre, digo ahora lo que he dicho siempre: que cuando usted falte yo seré el amo de la Haussière.



XIII

La perla.

Llovía incesantemente desde por la mañana, tal vez desde las primeras horas de la noche anterior; y las calles de París estaban llenas de barro. Yo había estado correteando, como un *simón*, por dos ó tres barrios de la orilla izquierda, yendo de un dispensario á un asilo, visitando á algunas amigas ricas á las que hablaba de mis amigas pobres, y al atardecer, me decidí á volverme á mi casa. Estaba rendida. Mi casa se halla situada junto al Eliseo. Yo sentía sobre mí el peso de mis vestidos, de la atmósfera saturada de humedad y de humo, y hasta el peso de las desgracias que había visto ó que me habían contado. Los médicos, los cazadores y los militares conocen la esterilidad de las reflexiones en estas retiradas bajo la lluvia. Al pasar por delante de la tienda del orfebre Miège, se me ocurrió repentinamente una idea que me regocijó. «¿Y si comprase ahora la alhaja?»

Hacia ya algunos meses que tenía este proyecto,

pero siempre me había faltado el tiempo ó el humor necesario para ponerlo en planta. Mis amigas me repetían: «No eres una monja. Eres una solterona que vive en el mundo, que necesita estar bien con el mundo, y que transmite su limosna á los pobres á quienes el mundo ama por mediación suya. Pase que no lleves más que trajes oscuros y que vayas con cuerpos cerrados á las comidas y á las reuniones á que nosotros vamos escotadas; pero siquiera, hija mía, ponte una pulsera, un collar, un medallón con una cadena, aunque sea un imperdible, sí, un imperdible de vieja, si quieres; en fin, procura que cuando entres en un salón veamos todos que dos minutos antes de salir de tu cuarto has pensado en nosotros». Las quejas eran justas, ó por lo menos á mí me lo parecieron. Hacía mucho tiempo que estaba decidida; de modo que abrí la puerta de Miège é hice sonar el timbre.

—Desearía ver unos collares de oro cincelado solamente.

—Está muy bien, señora.

Se levantaron dos muchachas. Estaban sentadas detrás del mostrador de la derecha, y por su modo de entornar los párpados y examinar mi sombrero, mi traje y mis botas manchadas de barro, y por la sonrisita, idéntica en ambas y discretísima que siguió á la inspección, comprendí que me habían incluido en la categoría de las parroquianas de poco más ó menos. Se inclinaron con aire de afectada indolencia, y me presentaron, ya serias y con mucha frialdad, como si el

deber oficial comenzara en aquel mismo instante, dos alhajas que me hicieron el efecto de llamarse una Durán y la otra Martín; las había visto cien veces.

—Esto se lleva mucho—dijo una de las muchachas.

La otra aventuró una variación. Yo dije rotundamente:

—Son muy vulgares. Yo venía aquí para encontrar otra cosa mejor.

La sonrisa discretísima reapareció, pero esta vez ya no estaba dedicada á mí. Volví un poco la cabeza, y, en el fondo de la tienda, en la obscuridad, vi una cara afeitada que expresaba el más completo escepticismo y alguna otra cosa más. Aquellos ojos vivos y burlones, aquella boca de labios gruesos algo caídos por los extremos, por efecto de la habitual ironía que había estereotipado en ella un gesto de amargura, decían, indudablemente: «¿Creen ustedes que esa señora tiene buen gusto? ¿Quieren ustedes que me levante del taburete en donde estoy ideando un nuevo dibujo? ¡Vamos! ¡Lo que quiere es darse tono, como hacen otras muchas! Viene haciéndose la remilgada, y dentro de un momento eligirá, no un collar, sino una cadena de reloj, un calabrote con un broche vulgar como medallón! ¡No tienen ustedes idea del mal gusto de la generalidad de las parroquianas! ¡Parte el corazón! ¡Déjenme ustedes en paz!» Por su parte, las dos muchachas insistían, y sus miradas decían no menos claramente: «Señor Miège, convendría que viniese usted.»

Se salieron con la suya. Discretamente, ligeramente, con un aplomo que denotaba también la costumbre, se escabulleron á derecha é izquierda, diciendo: «Vamos á buscar otra cosa.» Y fué Miège en persona quien apareció detrás del mostrador.

Tenía precisamente mi misma estatura, y vi, desde muy cerca, el insondable escepticismo del artista. La voz no corregía en lo más mínimo la impertinencia de la fisonomía.

—¿Quiere usted hacer un regalo baratito? ¿Para un santo? ¿Para un cumpleaños?

—No, señor; es para mí.

—Entonces, ¿desea usted una alhaja de valor?

—No es preciso que sea de valor: que sea original, con eso basta.

Miège sonrió un poco menos despreciativamente.

—Esta cadenita lisa, un cintillo de oro con amatistas, modelo italiano, ¿qué la parece á usted, señora?

—Muy lindo. Demasiado llamativo para mí. Quiero una cosa seria, señor Miège, una alhaja que no llame la atención, sobre todo, que no parezca que quiere competir con las demás, y que guste hasta en el cuello de otra mujer.

Bruscamente abrió un armario, luego otro, y otro, y después con la ternura de modales y la habilidad de un creador que muestra su obra, me presentó veinte collares maravillosos, explicándome, con una sola palabra, el dibujo, la composición, las afinidades del arte, las sabias armonías. Hablaba de sus cinceladores, del

tiempo que habían tardado en trabajar las joyas, de las ofertas que había rechazado, y repetía, á manera de estribillo: «Puesto que la gusta á usted lo bueno, fijese en el movimiento de esta hoja de hiedra, y en estos dos niños que sujetan el medallón, y en los esmaltes en los que el rojo y el verde son como abismos sin fondo; puede uno zambullirse en ellos...»

Las joyas manejadas por nuestros dedos rebrillaban alegrando aquel rinconcito de la tienda. Yo no me acordaba ya de la lluvia ni del cansancio. El joyero parecía olvidar que yo era una compradora, y aún me pregunto si no lo olvidaba efectivamente. Escogí una cadena bastante corta, de un dibujo sencillo, con un medallón estilo Renacimiento. De la parte inferior del medallón pendía una perla entrelarga. El orfebre indicó un precio que excedía con mucho á la cantidad que yo me había propuesto gastar.

—Lo siento en el alma—le dije;—con ese dinero tengo para pagar la pensión de dos pobres y no quiero gastarlo. Le dejo el collar... á no ser que quite usted la perla...

—¡Qué quite la perla!—interrumpió Miège, recobrando la entonación del principio.—Quiere usted obligarme á mutilar una de mis obras de arte! ¡No lo diga usted siquiera, señora!

—Ya no lo digo... Adios, caballero.

Dí media vuelta, después de haber sonreído involuntariamente á algunas de aquellas maravillas que iba á abandonar. Muchas veces me despido

así de las cosas. ¿Lo notó? Miège me llamó y me dijo:

—Llévese usted el collar, llévesele con la perla que no necesita usted pagar. Lúzcale usted en las reuniones de París; así hará su aparición en el mundo tal como yo lo he soñado, con su aspecto de paje y su pluma blanca; adivinarán quién lo ha hecho y le dirán á usted: «Eso es de Miège», y usted dirá que sí; de este modo no perdemos ninguno de los dos...

—Sobre todo, yo. Pero en Abril me voy de París.

—Pues, bien; volverá usted en Abril y lo que no puedo decidirme á hacer hoy, lo haré entonces. Y así le dejamos cinco mesecitos de vida.

Me llevé la alhaja y se cumplió fielmente lo tratado. Muchas personas, por la corrección del estilo, por la patina del oro, por la delicadeza de todas las curvas, adivinaron que era una joya de casa de Miège. Les conté la historia. «Ya veremos como acaba»—contestaron.

He aquí, cómo acabó:

Á fines de invierno volví á casa del joyero. Al verme, se encogió ligeramente de hombros, y dijo:

—Casi hubiera preferido que no hubiese usted vuelto... Una perla... tengo parroquianos que se hubiesen olvidado de traerla...

Cuando tuvo en la mano izquierda el collar, cuya belleza realzaba el alegre sol de la primavera, lo acarició un momento, gozándose en el brillo fugaz y en el tintineo de los eslabones que chocaban unos contra

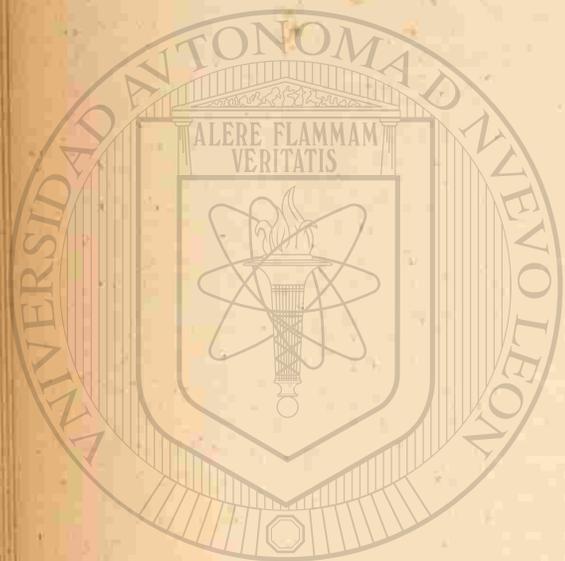
otros. Una emoción casi imperceptible, discretísima, atenuó la expresión de ironía que el anciano orfebre no debía de perder muy á menudo. Cogió unas pinzas, y apretando ligeramente la anilla que unía la perla al medallón, dijo:

—¡Qué crimen me obliga usted á cometer! Pero, ahora sé ya quién es usted, me he enterado, señorita; es usted una artista á su modo, un ángel de caridad... es usted una mujer que jamás está satisfecha del empleo que ha dado al día, porque siempre queda mucho por hacer...

Suspiró, apretó nerviosamente las pinzas, y la anilla se rompió dejando en libertad á la perla. Miège la cogió y entregándomela, añadió con áspero tono:

—Jamás vuelve á mis manos lo que ha salido de mi casa; haga usted lo que quiera de esta perla. Ya hallará usted medio de emplearla en sus obras de caridad.

Hallé efectivamente el modo de «emplearla.» Vendí la perla en setecientos treinta francos: lo que importa la pensión de dos pobres, como ya le había dicho yo á Miège.



XIV

El anillo de boda.

HABIANSE prometido vivir siempre así; cada una en su piso, pero en la misma casa. Estaban muy unidas tía y sobrina; aquélla era soltera, ésta viuda desde hacía muy poco tiempo. La primera tenía la edad en que se piensa, sobre todo en los demás, cuando se tiene ese don y se ha cultivado; la segunda acababa de salir de ese período de juventud, de ilusiones, de ternura y de triunfos en el que se piensa principalmente en sí mismo. Así, pues, se amaban, es decir, la de más edad amaba á la más joven y ésta estaba satisfecha porque se sentía amada. Estaba satisfecha pero no era feliz; pensaba, como piensan muchas personas que consideran la vida como un pastel, que no había disfrutado de toda la parte de felicidad que la correspondía. Y pedía más, sin decirlo en voz alta, sin que se trasluciese su deseo en la mirada de sus ojos oscuros, ó en el gestecillo de sus labios que desde hacía

dieciocho meses habían perdido su alegre sonrisa y se detenían siempre á la mitad del camino.

La señorita Valentina Dourd acababa de comer con la viuda Ledoël. Desde el comedor habían ido al saloncito que daba al jardín. Vivían en una casa nueva de la orilla izquierda del Sena, cerca de la Abbaye-aux-Boix, una en el piso segundo, la otra en el cuarto. Casi todas las tardes comían juntas, trabajaban en alguna laborcita de costura ó de *crochet*, hablaban ó callaban, seguras siempre, ya charlasen, ya guardasen silencio, de entenderse y de ayudarse mutuamente. Á las nueve y media, la señora de Ledoël tomaba una taza de té, y una de tila la señorita Dourd. Á las diez se separaban.

—¿Vas á estar de pie?—preguntó Valentina.

La joven contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza lento y casi imperceptible que hizo correr un reflejo de oro por las ondas de su pelo castaño. Con una mano apoyada en el cortinón, completamente rodeada por aquella faja de sombra estrecha y alargada, sobre la que se destacaba su frente, su nariz recta, sus labios y sus pálidas mejillas, y el delicado contorno de su cuello tendido hacia adelante, la señora de Ledoël, esbelta y gracil, contemplaba á través de los cristales los últimos resplandores del sol que desaparecía entre las chimeneas y las copas de los árboles. Sus párpados, como de costumbre, abríanse y cerrábanse rápidamente sobre sus ojos serenos.

Su tía se había sentado casi en el fondo del salón, y

comenzaba á trabajar en una toquilla, en tanto que el enorme ovillo de lana, que estaba junto á ella sobre la alfombra, saltaba y rodaba á cada movimiento de la aguja de madera. La señorita Dourd, más alta que su sobrina y muy delgada, tenía el pelo blanco y muy hermoso, la cara llena de pecas, y los ojos claros, traviosos, como los de los niños; unos ojos muy vivos, bailarines, perspicaces, que jamás soñaban y que se llenaban de lágrimas por cualquiera cosa. Esperó unos instantes, respetando el pensamiento que creía adivinar; luego viendo que allá en la ventana la mano nerviosa y fina dejaba de atormentar la cortina y desaparecía en la obscuridad, dijo:

—Gabriela, ya es hora de encender la luz.

La joven atravesó el salón, cogió una lámpara, la encendió, y, colocándola sobre un velador cerca de su tía, dijo, medio vuelta de espaldas y como si la luz la cegase:

—Dispéñeme usted; me voy á arriba.

—¿Estás mala?

—No.

—¿No estarás triste? ¿No habrán vuelto aquellas ideas negras de antes?

—Tampoco.

—¡Mírame!

Gabriela se inclinó, rozando con su rostro la pantalla; miró un instante á Valentina, la besó dos veces, más afectuosamente que de ordinario, y salió.

—Tal vez no esté triste, pero algo le pasa—pensó la

anciana.—Ya me lo dirá cuando le parezca. No se lo preguntaré. ¡Pobre niña! Hubiese querido sonreír, pero no ha podido. Adivino que entra en ese período de la pena, el más largo, en el cual no se atreve uno á confesar que sufre tanto como el primer día...

Y la señorita Dourd vió en su imaginación, por milésima vez, á su sobrino, oficial de *spahis*, delgado, ágil, apasionado, con la barba roja como un lobezno; recordó la escena de la despedida en Marsella, cuando después de dos años de matrimonio, el capitán Ledoël, sorprendido al encontrarse con un nombramiento que en otro tiempo había deseado pero que no esperaba ya, se embarcó, una mañana de Enero, con rumbo al Sudán, de donde no debía volver... ¡Qué muerte tan trágica! Pocos meses después, unas cuantas líneas en los periódicos, hicieron saber á millares de indiferentes y á una mujer que se desmayó al leer la noticia, que el capitán Ledoël, que formaba parte de una expedición, había sido atacado y asesinado por los negros. Después supieron muy poca cosa: el nombre de una tribu y el de un pueblo que no aparecía en los mapas. Y nada más.

La criada abrió la puerta del salón y anunció que un caballero deseaba hablar con la señorita.

—¡Á estas horas!

La doncella entregó á Valentina una tarjeta en la cual había escritas unas cuantas líneas á manera de disculpa y de explicación

—Que pase.

La toquilla cayó al suelo. La señorita Dourd se levantó á medias, muy pálida, apoyándose con las dos manos en los brazos de la butaca. Entró un hombre, un militar vestido de paisano, correcto, bajito, muy moreno, muy ancho de hombros, de facciones abultadas y enérgicas.

—Señorita—dijo—ya sabe usted lo que me ocurre. No estoy en París más que de paso. No me he atrevido á presentarme á la señora Ledoël; he pensado que una mujer, una parienta como usted, sabrá decir mejor las cosas, sabrá prepararla mejor... Verá usted... Á nosotros, cuando somos víctimas en África de una asechanza, nadie nos vengá. Se hace una información. Yo he hecho la información sobre la muerte de Ledoël. He podido recoger algunos datos; los he consignado lo mejor que he podido en un manuscrito, el cual le suplico á usted que lea y que entregue, si lo cree conveniente á la pobre viuda, que de este modo sabrá por lo menos, lo valerosa, lo heroicamente que se portó mi amigo Ledoël en sus últimos momentos.

Al decir esto, colocó sobre el velador un sobre lacrado. Luego, sujetando entre los dedos una cajita envuelta en papel negro que había sacado del bolsillo al mismo tiempo que el sobre, continuó:

—Traigo, además, otro recuerdo precioso. El anillo de boda de Ledoël. Pude comprárselo á uno de los negros, que lo tenía indudablemente por haberle tocado en el reparto del botín. Lo encontrará usted en esta cajita. Aún está manchado de sangre.

—¡Ah, caballero, qué bien ha hecho usted en venir primero á mi casa!... Si esa pobre niña, sin que nadie la preparase... ¡Está tan triste!... Acaba de marcharse.

Evidentemente el oficial respiraba con más libertad, como si le hubiesen quitado un peso de encima. Parecía como que su cuerpecillo se estiraba y crecía. Estaba deseando desembarazarse de aquel objeto fúnebre, que dejó junto á la carta. Añadió algunas palabras que debían serle transmitidas á la señora de Ledoël, de parte de un antiguo jefe del capitán, respondió á dos ó tres preguntas y se retiró.

El papel negro desapareció en un momento, los temblorosos dedos de Valentina quitaron la tapa de la cajita de madera, y el frágil anillo de oro apareció en aquella especie de ataúd con la mancha de sangre que corría todo alrededor, como una brizna de hierba ya marchita. Sintió deseos de besar aquella reliquia de un sobrino idolatrado, de un muchacho á quien había criado con ayuda de Guillermina, la anciana criada, pero se lo impidió un escrúpulo. «El primer beso, pensó, debe dárselo Gabriela; está en su derecho; este es su tesoro.» Contemplaba la sortija con un dolor tan vivo que al poco rato ya no veía nada. Comprendió que iba á llorar, envolvió rápidamente la caja en e papel, vaciló un instante y dijo:

—Se disgustaría conmigo si no se lo entregase esta misma noche. Voy á subir.

Valentina subió los dos pisos, llevando la cajita negra sobre el sobre blanco con religioso respeto.

Tenía una llave del piso y abrió la puerta. Al ruido que hizo salió una criada al recibimiento y deteniéndola con un ademán exclamó:

—No, señorita, se lo suplico, no entre usted esta noche. La señora me ha mandado que...

Era Guillermina, arrastrando los pies como de costumbre, con la cara soñolienta y abotargada, con el pelo blanco y escaso; Guillermina, con los ojos aun muy vivos; como en los buenos tiempos en que criaba á Juanito Leodël. «No quiero que te separes de mí —le había dicho Juan Leodël al casarse.—Formas parte de mi casa y de mi dote.» Y se fué con él; y en la casa quedó después de la muerte de aquel amo á quien tanto quería. Y á la sazón acudía, alarmada, para hacer respetar la consigna.

—No entre usted, señorita, es imposible...

Luego, fijándose en el rostro alterado de Valentina, exclamó:

—Señorita, ¿ha ocurrido alguna desgracia en la familia?

En voz baja, en la semiobscuridad de la antesala, explicó Valentina lo que iba á hacer. Y á medida que hablaba, aumentaba la agitación, el azoramiento, la angustia de Guillermina.

—¡No se lo dé usted!... ¡Bájese á su casa!... ¡No se lo dé usted esta noche, sobre todo esta noche!... ¡Mañana por la mañana!...

—¡Déjame! —contestó Valentina, apartándola.—Es preciso que yo la vea. ¿Está en su cuarto?

Una voz ahogada murmuró:

—En el salón.

Valentina cruzó la antesala, apoyó la mano en el picaporte y dijo:

—¡Soy yo, querida, no te asustes!

Le respondió un grito. Valentina retrocedió. Por la rendija de la puerta había visto á la señora de Ledoel sentada en el sofá, y junto á su sobrina, en la banqueta del piano, á un muchacho que se había levantado precipitadamente. No tuvo tiempo de serenarse. Oyó la risa de la felicidad, la risa que no resonaba en su casa hacía dieciocho meses. Dos brazos la enlazaron cariñosamente, sintióse estrechada contra el pecho de la joven, y entre besos, suspiros, carcajadas ahogadas y lágrimas, escuchó estas palabras: «¡Oh, perdóneme usted!... ¡Estoy avergonzada, pero soy tan dichosa!... Pensaba confesárselo á usted todo mañana por la mañana... Esta es la tercera vez que nos vemos aquí, se lo aseguro á usted, se lo juro... Cuando le conozca usted, comprenderá... Yo no creía que iba á ser tan pronto... Ya somos casi novios... ¿Me permite usted que no le diga todavía que se vaya? ¡Le daría un disgusto tan grande!... Espéreme usted en mi cuarto, cinco minutos, el tiempo necesario para contestarle.»

Gabriela se apartó á fin de dejar á Valentina la necesaria libertad para responder.

—¿Qué tiene usted en la mano?—preguntó.—¿Me trae usted una carta?

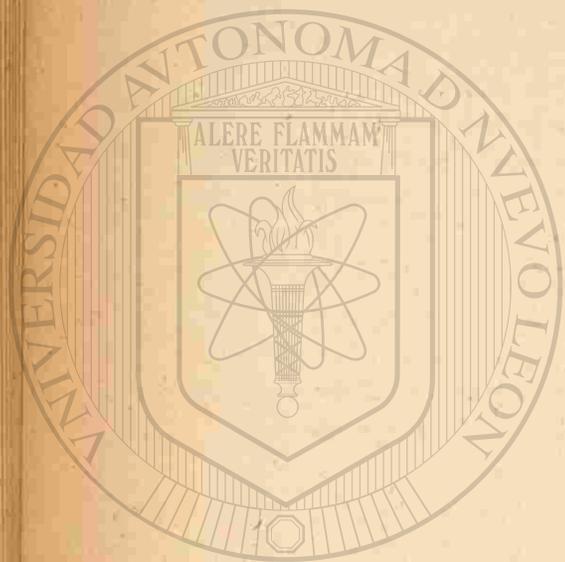
—Nada, querida, el correo de esta noche; nó es cosa urgente.

La joven creyó comprender que estaba perdonada; y volvió á entrar en el salón. En el corredor encontró Valentina á la criada que iba en busca de noticias.

—Toma—le dijo entregándole la cajita negra—acáriciala con tus manos! Yo la guardaré; es el anillo de boda, el otro. Se lo daré mañana... ó más adelante. Tú piensas lo mismo que yo, ¿no es eso?... Tú y yo le seremos fieles, tú y yo rezaremos por él sin cansarnos nunca y no le olvidaremos.

Y como no recibiese contestación, porque Guillermina estaba absorta en la contemplación de la reliquia, añadió:

—Ya ves, Guillermina de mi alma, las verdaderas viudas no siempre han estado casadas.



XV

Los regalos.

AMIGAS mías, pueden ustedes hacerme un favor? Me corre prisa: se trata de arreglar las mangas de una chaqueta mía.

—¿No será como todo lo de París? ¿No será un arreglo demasiado complicado?

—Aunque lo sea, encárguense de ello; son ustedes tan dispuestas que sabrán salir del paso.

Y nos engolfamos ellas y yo en una conversación que hubiera hecho aguzar el oído á las vecinas, si las señoritas Caille las hubieran tenido. Pero todo el mundo sabe que viven en la última casita de la aldea, la cual casita tiene una puerta á la calle y dos ventanas que dan, la de la izquierda á un campo y la de la derecha á un jardín. Nadie nos escuchaba, no, ni siquiera la madre, que estaba lavando junto al pozo y cuya paleta sonaba acompasadamente, con un ruido sordo y familiar que el eco devolvía apagándolo. Las dos hermanas—por costumbre siguen todos llamándolas señoritas, aunque la mayor está casada,—María, que tiene

más de treinta años y Josefina, que cuenta pocos menos, estaban sentadas en medio de la sala embaldosada y triste que les sirve de obrador. Tenían mucha costura. No habían dejado de trabajar; pero de cuando en cuando interrumpían la costura y se erguían, unas veces una y otras otra, ya para descansar ó para sonreír, ó para mirarme por cortesía, al responderme, porque yo permanecía de pie junto á la ventana. Entonces veía sus ojos juveniles, sus párpados entornados para poder soportar la luz del sol, y el amplio movimiento de su pecho que se dilataba, se llenaba de aire y se estremecía todo. Ya no recuerdo de qué hablábamos; muchas veces las palabras sólo tienen el valor de una caricia y dicen sencillamente: «Somos un parloteo amistoso y nada más; se está muy bien aquí.» Esto lo comprendían tan bien las señoritas Caille que al cabo de diez minutos la mayor se puso seria repentinamente, bajó la voz y suspiró:

—Señorita, no me atreví á decirselo á usted la última vez que vino; pero ahora sí me atrevo; tengo un disgusto muy grande.

—Yo también—dijo la segunda—y por la misma causa.

Tuve una sospecha, la confieso, y este comienzo de confianza, me recordó otras en extremo lamentables; pero me equivocaba. Lo comprendí casi inmediatamente; no habían bajado los ojos.

—De mi disgusto tienen la culpa *Los misterios de la aristocracia*.

—Y del mío, los *Amores alegres*, añadió Josefina.

—¡Setenta y siete entregas, señorita!

—¡Y la mía, señorita, tiene sesenta y nueve! ¡Y siempre son dobles!

Y añadieron al mismo tiempo:

—¡Le parece á usted! ¡Dos pobres costureras como nosotras! ¡Ah, hemos hecho una tontería!

Las interrogué. Las hermanas Caille se habían suscrito á dos novelas ilustradas «por los más ilustres maestros», y que publicaba «la librería más grande del mundo», en París. Eran *Los misterios de la aristocracia* y *Amores alegres*, dos novelas que habían escogido en una larga lista de obras maestras para uso de los pobres. La vida aristocrática había agradado á la mayor; los amores con el epíteto de «alegres» entusiasmaron á la segunda, á quien un obrero del pueblo cortejaba en aquella época. Una entrega por semana, una entrega que costaba setenta y cinco céntimos!... No era un gasto muy grande. Por tan poco dinero se reírían mucho, tendrían la lectura, las láminas y las ilusiones que después quedan. ¿Quién se resistía?

—Y además, señorita, vino expresamente de París una señora para hacernos firmar; estuvo en casa más de una hora. Estaba tan bien vestida y hablaba tan de prisa que mi hermana y yo estábamos aturdidas y á todo decíamos que sí. Nos prometió unos regalos.

—Á mí un espejo—dijo Josefina.

—Y á mí un juguetero—agregó María.—Solamente que el regalo no lo dan hasta que vayan publicadas

cincuenta entregas, y para eso hay que enviar veinte francos si se quiere tener derecho al regalo... ¡Ah, señorita, con qué gusto renunciaría á ello si pudiese deshacer el trato!... No es nada agradable empezar la vida de casada teniendo que pagar un franco cincuenta céntimos semanales. Todavía no se lo he confesado á mi novio.

—Ni yo á mi marido, señorita. Desde que leo los *Misterios de la aristocracia*, tengo que inventar una porción de mentiras, cuando me pida cuentas. ¡Cuánto daría por no tener que hacerlo! ¡Si pudiese usted sacarnos de este apuro á mi hermana y á mí!

Empezamos las tres á hacer cuentas, inclinadas sobre la mesa en el cajón de la cual guardaban las entregas «dobles», los prospectos de la casa editorial más fuerte del mundo y los contratos también dobles, ¡ay y debidamente firmados. Cada una de ellas había desembolsado ya cincuenta y cuatro francos. Pero aquello no era ni la mitad de la cantidad adeudada. Por los *Misterios* y el regalo á que tenía derecho, debía María 135 francos y 50 céntimos y Josefina había de abonar 123 francos 50 céntimos por los *Amores alegres*. Sabían la cantidad que debían, pero cuando la vieron escrita por mí en un pedazo de papel, se echaron á llorar. Yo me enternecí al verlas y me marché, descontenta de mí misma por no haber sabido encontrar el remedio, ó la frase de esperanza, ó el consejo que se me pedía.

Al volver á mi casa, reflexioné. ¿Qué sería conve-

niente hacer? ¿Acudir al procurador de la República, denunciar ese comercio del cual son víctimas todos los habitantes de los pueblos? Pero todas las precauciones están tomadas, todo es perfectamente legal. ¿Sería necesario, por lo menos, reclamar con indignación, procurar intimidar al editor, decirle lo que pienso de sus novelones populares á cien francos el ejemplar, de su texto, de sus grabados en madera y de sus regalos? Pero ello sólo hubiera servido para aumentar su colección de autógrafos. Todo esto se le había dicho ya, y María y Josefina habían gastado seis sellos para expresarle su opinión en seis cartas distintas, y en un lenguaje cuya claridad no atenuaba ninguna gala retórica. Iba á ceder á este primer impulso, cuando me vino á las mientes un recuerdo, una frase, la divisa de un abogado del Sena, que decía: «El último recurso contra un adversario es hacer un elocuente llamamiento á la virtud de que principalmente carezca. Lo difícil es acertar.» ¿Qué virtud invocaría yo? Durante un instante permanecí perpleja. Descarté la justicia, por las imágenes que la palabra puede evocar; descarté el honor por parecerme un poco vago, y me decidí por la sensibilidad. Me dirigí al buen corazón de la casa editorial más fuerte del mundo, en la persona de su gerente. Hablé de la apurada situación de mis amigas, de lo que se arrepentían de haber firmado el contrato, de su deseo de no seguir recibiendo la lujosa publicación, de la confianza que ellas y yo teníamos en la equidad de la casa. Incluí un sello para la con-

testación, escribí con una letra muy clara el nombre del castillo de mi hermana, y eché la carta en el buzón.

Ni aún las casas más formales contestan á vuelta de correo cuando es para pedirles un favor para lo que se les molesta. La casa editorial más fuerte del mundo me hizo esperar tres semanas.

Una mañana, á fines de Diciembre, el cartero me entregó un sobre de papel grueso, en el que hallé cinco líneas escritas con una letra muy bonita y firmadas con un nombre ininteligible.

Empecé á saltar de alegría en cuanto leí la carta y me encaminé apresuradamente hacia la aldea. Mientras andaba por los rastrojos ví que la juventud y la alegría son una misma cosa. Corría sin experimentar el menor cansancio y todo lo veía de color de rosa. El plieguecillo de papel que había ocultado en mi seno me daba ánimos. Parecíame que aún era una niña, y que llevaba en la mano un regalo para una de mis hermanas: «Toma, mira lo que te traigo.» Los tres saucos del pueblecillo se balanceaban como plumeros. Las mujeres que me encontré en el camino, sonreían al verme, como si adivinasen lo que me pasaba. En mí residía un poder creador que embellecía cuanto me rodeaba.

Cuando entré en casa de las hermanas Caille, María, en zuecos y con las faldas remangadas, barría el taller.

—Llame usted á su hermana—le dije.—Ya me han contestado.

Como puse una cara muy grave, María creyó que

había malas noticias. Dió cinco ó seis pasos, lentamente, levantando acompasadamente su escoba como si fuese un bastón, y deteniéndose en el umbral de la habitación contigua llamó á su hermana con un movimiento brusco de la cabeza que inclinó sobre uno de los hombros. Josefina apareció inmediatamente, se apoyó en el quicio de la puerta, me vió, comprendió lo que ocurría y se puso seria á su vez.

Yo saqué la carta del sobre y comencé á leer:

«Muy señora nuestra: En contestación á su grata del cinco del corriente, tenemos el gusto de manifestarle que en los contratos no hay cláusula alguna que permita su anulación...»

Las dos hermanas pusieron una cara muy triste. Yo continué:

«Sin embargo, teniendo en cuenta las razones que usted nos expone, consentimos gustosos en considerar libres de su compromiso á las señoritas Caille.»

Oí un grito: «¡Eh! ¡madre!» Pero, no sé quién lo lanzó: las dos costureras se echaron al mismo tiempo en mis brazos y, como si de pronto me hubiese convertido yo en la hermana mayor, me besaban, me daban las gracias, me hacían mil preguntas y se disputaban la carta: «¿Pero es posible?... ¿Conque ya no debemos nada?... ¡Oh, señorita, cuánto me alegro! ¡Yo, por mi marido!... ¡Y yo, por mi novio!...»

Fué un instante de incoherencia, de deliciosa intimidad.

Con la llegada de la madre terminó todo. La tía

Caille, bajita, arrugadita, secándose las manos en el delantal por el hábito contraído en su oficio de lavandera, decía, desde el otro extremo de la sala:

—Ya sabía yo que hoy recibiríamos una buena noticia. No podía ser de otro modo. ¿Te acuerdas, María, de que no has podido dormir en toda la noche? ¿En qué pensabas?

—En nada.

—Era que la noticia estaba en camino. Y tú, Josefina, ¿no es verdad que cuando saliste esta mañana al jardín había más de diez pájaros en los haces de leña; te veían, te seguían y no te dejaban ni á sol ni á sombra?

Pero la hija, que no quería parecer supersticiosa, y que es lista, replicó mirándome:

—¡El regalo más bonito es el de encontrarnos sin deber un cuarto!

XVI

Un solterón.

ENTRE los solterones que he conocido, jamás he hallado lo que he visto en tantas solteronas: la vocación. Para ellos el celibato, más bien que una situación agradable, es una aventura que se prolonga ó una rebelión que se afirma. En estos casos hay algo de cisma; hay algo de insumisión, no á las mujeres, no señor, sino á una ley que, según ellos, no admite excepciones venturosas sino tratándose de santas. Ellos pretenden lo contrario, pero su mal humor revela su error.

Quando yo era jovencita y viajaba con mis padres por Bretaña ó por Vendée, en donde las granjas son verdaderas islas rodeadas de inmensos sembrados y ciudades gobernadas por un solo jefe, he visto muchas veces al lado del amo, hombres de cuarenta ó cincuenta años, unciendo ó desunciendo los bueyes, arando ó yendo á un mercado á vender una burra con su cría. Estos hombres, se interesaban por la casa más de lo que suelen interesarse los criados, y saludaban como si fuesen

personas de la familia del amo. Me informé. Eran hijos, ó hermanos que no habían querido casarse para que la granja no cayese en manos mercenarias, y para que contase con buenos braceros, unidos todos por los lazos de un próximo parentesco, con un solo hogar y una sola mujer para que cuidara de la olla, del corral, de la despensa y de la mesa. Tenían fama, en general, de ser algo taciturnos, pero honradotes, económicos, más aficionados á cazar en vedado que los mismos guardas, y habilísimos, como todo el que no tiene preocupaciones, tanto para componer la lanza de una carreta como para hacer un cesto, ó para apalear un nogal ó para caminar silbando delante de los bueyes. Formaban parte de un conjunto y de una obra maestra mucho más hermosa que las más hermosas obras de arte: la familia aldeana en los países creyentes.

El papel de los hombres de la buena sociedad que no se casan, no está tan bien definido. El hogar paterno rara vez los retiene, y no les ofrece más que un refugio «sin obligación ni sanción», como dirían los filósofos. Se les acepta, se les tolera, aunque mejor sería decir: «se les soporta.» Pueden crearse deberes, si no los tienen, pero todo el mundo sabe que los deberes que se crean tienen poca importancia y duran poco. El papel de Antígono es un papel propio para la mujer. El de padre adoptivo y protector de huérfanos lo desempeñan, generalmente, hombres cargados de hijos. Sólo el matrimonio y la virginidad son capaces de adoptar.

Lionel, mi vecino en la Beauce, no ha adoptado á nadie. Le conozco desde muy niña y hasta me tuteó mientras no llevé las faldas largas. Hemos sido siempre muy buenos amigos; jamás deja de aprovechar toda ocasión que se presente para asegurármelo. Cuenta diez años más que yo, por lo cual ya tiene derecho á peinar canas. Ha preferido lucir una hermosísima calva rodeada de un cerquillo de cabellos casi negros. Sus facciones son nobles y regulares, sus ojos profundos, su barba larga y cuadrada, como la de un príncipe asirio, y su talle conserva aún la esbeltez necesaria para que las damas de edad provecita puedan decir cuando se sienta al piano: «¡Ese muchado toca con un sentimiento!... ¿No le parece á usted lo mismo?» Su existencia ha sido admirada por muchas personas, y hasta por él mismo, puesto que siempre pudo disponerla á su antojo. Durante quince años no hubo cazador que se divirtiese tanto como él; no invitaba á nadie con el pretexto de que en sus tierras había poca caza; pero á él le invitaba todo el mundo, porque era joven, buen ginete, excelente tirador y de un carácter muy alegre, lo mismo antes de sentarse á la mesa que al acabar de comer, ya hiciese sol, ya lloviese á cántaros. Sus compañeros le tenían por artista porque era capaz de ilustrar la lista de una comida; y le creían sabio, por las alusiones que hacía algunas veces á la literatura clásica. Debo añadir, para no ser injusta, que Lionel se hacía perdonar en parte la inutilidad de su vida, por su carácter servicial. Los aldeanos se acer-

caban á hablarle con entera libertad, le hacían una porción de encargos para París, como si hubiese sido su diputado; y muchas veces, fiados en el título de Licenciado en Derecho, que el bueno de Lionel había conquistado pacíficamente, hasta le pedían consejo. Él daba el consejo con aplomo y la limosna con modestia. Esta fué la época de los triunfos. Todas las muchachas casaderas le inscribían en sus listas. «¡Ah!—me decía—he tenido entrevistas de todas clases, preparadas, improvisadas, embarazosas, preciosísimas, borrascosas... He visto desfilar infinidad de muchachas guapas y de muchachas ricas, hasta tal punto, que sólo los floreros con que adornan los altares en las misas de velaciones pueden enyanecerse de haber visto tantas. Solamente que los floreros no oyen decir más que *sí*, en tanto que para mí todo concluía siempre con un *no*.» Y Lionel añadía con fatuidad: «Siempre era yo quien pronunciaba el *no*.» No se jactaba de ello, y creo que en aquella época, entre los veinticinco y los cuarenta años, si no hizo lo que se llama una buena boda, fué porque se lo impidió su atolondramiento.

La vejez llegó como llega siempre, solapadamente, como un consumado profesor de *jiu-jiksu*, dirigiendo sus golpes á las sienas que blanquean, al pecho que jadea, á los pies que se hinchan. El apuesto Lionel comprendió que envejecía, y al mismo tiempo se sintió dominado por invencible timidez. Él, que en las cacerías saltaba todos los obstáculos, empezó á dar rodeos, cuando no le veían, para evitar las cercas y las zanjas.

Él, que tantas veces se había negado á «estudiar,» como le suplicaban, un proyecto de matrimonio, admitía «en principio» las proposiciones cada vez más raras que se le hacían, y perdía tanto tiempo en hacer objeciones, en pedir informes y prórrogas, que siempre acababan por decirle *no* antes de que él hubiese tenido tiempo de contestar *sí*. Tenía miedo. Contaban á propósito de él, historias sentimentales completamente falsas, que él dejaba correr, como una explicación halagüeña de sus vacilaciones. Aún me parece estar oyendo el diálogo de dos damas, en un salón de la calle de Monceau. Lionel acababa de cantar, con su hermosa voz de bajo, las melodías húngaras cuyo monopolio conserva con un celo extremado.

—¡Admirable! Ha debido inspirar grandes pasiones.

—Sí, y no se ha casado.

—¿Algún desengaño?

—Sí.

—Alguna mujer de la aristocracia, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Es rico?

—Muy rico.

En aquel momento, Lionel, á quien aplaudieron mucho, se levantó y dijo con indiferencia: «A veces las hemos acompañado con dos pianos, y así resultan preciosas.» Una de las damas—lo comprendí por el movimiento de los labios—estuvo á punto de preguntar: «¿Quién tocaba el otro piano?» Pero, se contentó con murmurar, lo bastante alto para que se la

oyera, lo bastante bajo para que pareciese que hacía una confidencia:

—¡Qué hermoso es el sacrificarse de este modo por una pasión contrariada!

Ahora bien; yo conocía perfectamente á la persona que tocaba el otro piano, como que era yo misma. El año anterior habíamos intentado tocar el acompañamiento él en un clavicordio y yo en un piano que hay en el campo, en casa de mi hermana.

El segundo período terminó hace ya algunos años. Es casi seguro que mi vecino morirá soltero, lo mismo que yo. Pero, ¿por qué habla tan mal del matrimonio si no lo conoce? Caza menos; pasa largas temporadas en París; le invitan más que nunca; es un hombre en torno del cual gustan de agruparse los demás hombres y que en un rincón, á media voz, cuenta la vida y milagros de todos los presentes. Cuenta todo lo que es verdad y lo que no lo es, sobre todo lo que no lo es, sin establecer diferencia; no pertenece á la Escuela de Chartes. Los que se divierten con sus historietas, se alejan de él diciendo: «Este Lionel es un mal hombre.» Yo estoy segura de lo contrario. Es un hombre que está arrepentido de lo hecho y que se venga, en los casados, del error que libremente cometió no haciendo lo que ellos.

No puede tolerar que citen delante de él á un matrimonio dichoso. ¿Un viudo dichoso? sí, seguramente; ¿un solterón feliz? puede ser; ¡pero un casado feliz! vamos, eso es imposible! «No he conocido nin-

guno», afirma Lionel, y está resuelto á no conocerlo jamás.

Hace poco, su *chauffeur* le llevó á la alcaldía del pueblo. Lionel no es concejal, y se contenta con el título de primer contribuyente. El *chauffeur* esperaba al «amo»; estaba cómodamente sentado, resguardado del viento por la capota del automóvil, por la gorra rusa del uniforme, por la zamarra de piel de cabra cuyo sedoso pelo gris hacía brillar un rayo de sol que se filtraba por entre la niebla, y su rostro juvenil, sonrosado y redondo como una hortensia, buscaba de una ventana á otra, por toda la plaza, un objeto cualquiera que pudiera distraer la atención de un *chauffeur*. Lo encontró. Junto á la escuela de niños, en la esquina de la plaza, había una casita de un solo piso, una ventana, un jarro de cristal con una cebolla de jacinto coronada por cinco tallos verdes, y detrás de esta promesa de flor, el busto de una mujer que estaba leyendo. De cuando en cuando dejaba de leer, y miraba también, pensando en que la tarde era deliciosa y en que en un pueblo en el que no se mueve ni una hoja, no hay nada que llame tanto la atención como un automóvil parado.

Cuando Lionel salió de la alcaldía, veinte minutos después, se encontró á su *chauffeur* charlando con la maestra auxiliar. ®

—¡Qué fastidio, hasta esta tarde no recibirá el alcalde el informe del recaudador; tendré que volver!

Volvió antes de ponerse el sol. La plaza de la igle-

sia aparecía aún bañada en una luz dorada, tal vez por el reflejo de la arena, ó por el resplandor del sol, ó acaso por ese polvillo impalpable que deja el trigo en las piedras de las casas de la Beauce. La auxiliar se encontraba también en la ventana. Estaba sola. Aquella mañana le dijo á la directora, que se parecía al retrato de la mujer de Rubens, excepto en el sombrero, naturalmente:

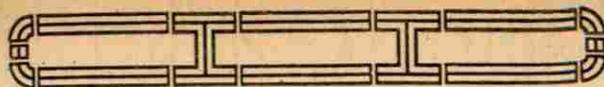
—Clementina, usted es mucho más guapa que yo. Si la ve á usted, no me querrá! ¡No se asome usted cuando vuelva!

Clementina no sólo era una muchacha guapa; comprendió é hizo lo que le pedía su auxiliar. Asomándose una y ocultándose la otra, consiguieron, como ya supondrán mis lectores que se enamorase el *chauffeur*.

Cuando éste anunció ayer á Lionel su próximo matrimonio, tenía por seguro que su amo le aumentaría el salario, porque la boda de un *chauffeur* aumenta nuestras probabilidades de alcanzar una larga vida. Nada de eso. Lionel se echó á reír desdeñosamente, y le dijo:

—Muchacho, yo no acostumbro á autorizar las tonterías; en la escuela no había más que una mujer guapa, y se casa usted con la otra.

Estuvo todo el día de mal humor. Él mismo acaba de confesármelo. Sin embargo, á él, ¿qué le importaba? Y este último rasgo me ha demostrado que, ni de muchacho, ni de hombre ya maduro, ni de viejo, tuvo jamás mi vecino vocación de solterón.



XVII

La señora Canterein.

Todo el mundo admira ciertas manos y yo sé de algunas que son dignas de admiración. Estas manos no son ni las más blancas ni las más finas: han trabajado, han acunado á los niños, han cosido, han planchado, han hecho calceta, han adornado sombreros, han remendado calzones y compuesto gorras de chiquillos, han hecho, cuanto era necesario hacer durante los días interminables, y están arrugadas y picadas por la aguja. Son manos que nadie besa, pero que tiene derecho á bendecir.

La señora Canterein no había vuelto á Paris desde la época en que, siendo aún muy joven y bonita, según parece, hizo su viaje de novios con el señor Canterein. ¡Cuántos días han transcurrido desde entonces, cuántas pruebas soportadas ó temidas! Estaba ya viuda cuando la conocí; vivía muy cerca de la catedral de

sia aparecía aún bañada en una luz dorada, tal vez por el reflejo de la arena, ó por el resplandor del sol, ó acaso por ese polvillo impalpable que deja el trigo en las piedras de las casas de la Beauce. La auxiliar se encontraba también en la ventana. Estaba sola. Aquella mañana le dijo á la directora, que se parecía al retrato de la mujer de Rubens, excepto en el sombrero, naturalmente:

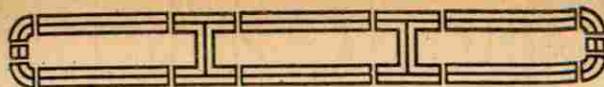
—Clementina, usted es mucho más guapa que yo. Si la ve á usted, no me querrá! ¡No se asome usted cuando vuelva!

Clementina no sólo era una muchacha guapa; comprendió é hizo lo que le pedía su auxiliar. Asomándose una y ocultándose la otra, consiguieron, como ya supondrán mis lectores que se enamorase el *chauffeur*.

Cuando éste anunció ayer á Lionel su próximo matrimonio, tenía por seguro que su amo le aumentaría el salario, porque la boda de un *chauffeur* aumenta nuestras probabilidades de alcanzar una larga vida. Nada de eso. Lionel se echó á reír desdeñosamente, y le dijo:

—Muchacho, yo no acostumbro á autorizar las tonterías; en la escuela no había más que una mujer guapa, y se casa usted con la otra.

Estuvo todo el día de mal humor. Él mismo acaba de confesármelo. Sin embargo, á él, ¿qué le importaba? Y este último rasgo me ha demostrado que, ni de muchacho, ni de hombre ya maduro, ni de viejo, tuvo jamás mi vecino vocación de solterón.



XVII

La señora Canterein.

Todo el mundo admira ciertas manos y yo sé de algunas que son dignas de admiración. Estas manos no son ni las más blancas ni las más finas: han trabajado, han acunado á los niños, han cosido, han planchado, han hecho calceta, han adornado sombreros, han remendado calzones y compuesto gorras de chiquillos, han hecho, cuanto era necesario hacer durante los días interminables, y están arrugadas y picadas por la aguja. Son manos que nadie besa, pero que tiene derecho á bendecir.

La señora Canterein no había vuelto á Paris desde la época en que, siendo aún muy joven y bonita, según parece, hizo su viaje de novios con el señor Canterein. ¡Cuántos días han transcurrido desde entonces, cuántas pruebas soportadas ó temidas! Estaba ya viuda cuando la conocí; vivía muy cerca de la catedral de

Orleans; tenía cuatro hijos—el quinto había muerto de pocos meses,—y decía: «De los cuatro que me quedan, sólo uno campa ya por sus respetos; pero preferiría que fuese pequeñito y que aún me necesitase.» La señora Canterein pertenece á esa legión de francesas que son madres apasionadas, que se preocupan constantemente de la salud del cuerpo, de la del alma, del porvenir lejano, de los próximos exámenes, de todo lo que pueden ver ó prever, de la parte cada vez más grande que ocupa lo desconocido en la vida del hijo. Y se maravillan, se duelen de no saberlo ya todo. ¡Antes no había ninguna cerca en la heredad, y ahora ya hay una; que acaso está cuajada de flores, pero que sin embargo, separa, y que oculta muchas cosas, cada vez más!

En Orleans vivían la madre y los hijos con el producto de una tierrecita, que no era seguro, y la pensión que á la señora Canterein pasaba el Estado por ser viuda de un militar. Claudio, el hijo mayor, secretario de un personaje en París, hacía dieciocho meses que no figuraba en el pasivo materno. Su madre hablaba de él con una complacencia que tenía mucho de agradecimiento, porque ya «se bastaba á sí mismo», con orgullo, porque se abría camino, y con un deseo grandísimo de casarle, porque acababa de cumplir veinticuatro años. La señora Canterein era de opinión que los hombres deben casarse pronto.

—«¿Querrá usted creer—decía—que ahora es él el que me hace regalos? Nunca me pide nada.»

El vigésimo mes pidió una cosa. «El 19 de Junio—escribía—sostendré mi tesis para el doctorado. Á todos les conceden la borla de doctor, de modo que también á mí me la concederán. Es preciso que venga usted, mamá, no para oirme discutir sobre el privilegio del vendedor, sino para que juntos nos alegremos cuando yo haya conquistado el título de doctor y el derecho á llevar la muceta roja con las tres franjas de imitación de armiño. Por la noche iremos al teatro.»

La señora Canterein protestó para no perder la fama de mujer juiciosa, pero aceptó desde el primer momento. Iría. El proyecto se realizó. París, que no se asombra por tan poca cosa, vió pasar una señora más, menudita, vestida de negro, que andaba despacito, intimidada y rejuvenecida por el ruido, por la multitud, por la perpetua «animación» de la calle, y hablaba sin pararse—á no ser para dejar pasar á los automóviles—con un muchacho alto que daba un solo paso en tanto que ella daba dos. Había jurado que visitaría todos los principales monumentos, y especialmente los museos, en memoria de los dos paseos que había dado por las galerías del Louvre, hacía veintiseis años, apoyada en el brazo del teniente Canterein: en realidad visitó el *Bon-Marché*—se lo había prometido á sus hijos en Orleans—y Nuestra Señora de las Victorias. Por la noche, se dejó llevar al teatro.

¿Qué teatro eligió Claudio? ¿Qué función? Lo ignoro, y esto es lo de menos. Lo único que sé es que el coliseo no era la *Comedia Francesa*, y que la obra

no tenía nada que ver con el repertorio. En un palco lateral, en el que estaban solos Claudio y su madre, seguían la conversación de aquella tarde. La señora Canterein se había adornado con un ramito de violetas su mejor capota negra, y había sacado del fondo del joyero su alfiler formado por una perla muy chica, rodeada de un cerco de oro muy grande. Estaba sentada á la derecha de su hijo, á la luz, escuchaba atentamente lo que decían los actores y hasta se reía con bastante frecuencia, con una risita discreta como toda su persona y toda su vida, pero ya adivinaréis que lo que principalmente causaba su alegría era la presencia de aquel muchacho rubio—un poco pálido aún, cosa muy natural después de una larga argumentación—ó más bien, el recuerdo del niño, de aquel á quien en otro tiempo, á fuerza de cuidados había salvado de dos enfermedades gravísimas, de aquel con quien había comenzado á estudiar el latín y el griego, de aquel á quien con tan amorosa constancia y con tanta discreción supo apartar de peligrosas compañías y de lecturas prohibidas. Era como todas las madres y como muchos de los que se van haciendo viejos: consideraba siempre niños á los jóvenes. Le preguntaba á Claudio: «¿Dime, niño, no tendrás sueño? Es tarde, son las doce. Mañana por la mañana pondré dos letritas á tu jefe...» Y lo hubiese hecho, si Claudio lo hubiera consentido, como lo había hecho tantas veces, cuando escribía al director del colegio de su hijo: «Señor director: el alumno Canterein no puede asistir hoy á clase...»

Terminaba el segundo acto: Claudio y su madre estaban apoyados en el antepecho del palco, sentados uno junto á otro. La primera actriz—una mujer muy linda á quien la señora Canterein juzgaba demasiado bonita—declaró que iba á desnudarse. Se retiró, en efecto, al fondo del escenario, á la izquierda, en donde había una cama, se desabrochó la chaqueta, y en un abrir y cerrar de ojos, tirando primero de la manga izquierda y luego de la derecha, se la quitó. Inmediatamente hizo ademán de despojarse del cubre-corsé. En aquel momento la señora Canterein lanzó un ligero grito, y Claudio, el flamante doctor en Derecho, el moce-tón de veinticuatro años, sintió que una mano se apoyaba sensiblemente en sus ojos y se los cerraba. Esto no duró más que un segundo, no fué más que un gesto de amor maternal. Claudio no trató de apartar la adorada mano. Esperó á que ella se separase voluntariamente, y luego, cuando se vió libre de la ligera presión y en tanto que su madre riendo, procuraba disculparse: «Perdóneme, hijo mío, no pude contenerme», cogió aquella mano, se la llevó á los labios, y sin preocuparse de miradas ni de sonrisas, la besó murmurando: «Es una felicidad tener una madre como usted.»

Hace algunas semanas recordaba yo lo que acabo de contar, mientras recorría una exposición de pintura en la que figuraban exclusivamente obras de mujeres. Habíanme asegurado que la señora Canterein era una de las opositoras. ¿Por qué razón no había de dedicarse ella también á la acuarela? Viuda y casi pobre,

¿por qué no había de intentar que sus ingresos aumentasen con la venta de una obra de arte?

Cuando muchacha habría tenido maestros que la enseñarían á manejar los pinceles ó á labrar el cuero. Estuve á punto de preguntar á uno de los porteros: «¿En dónde está el cuadro de la señora Canterein?» y de añadir: «Estoy segura de que es una decoradora consumada.» Como todas las mujeres tienen vocación de madres, su imaginación se ocupa preferentemente del adorno, que es el prólogo, ó de la casa, que es el epílogo; su espíritu se complace en ello; su ingenio encuentra en qué emplearse; no se ocupan mucho de la historia, y ¡cuán bien hacen!

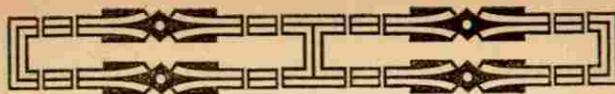
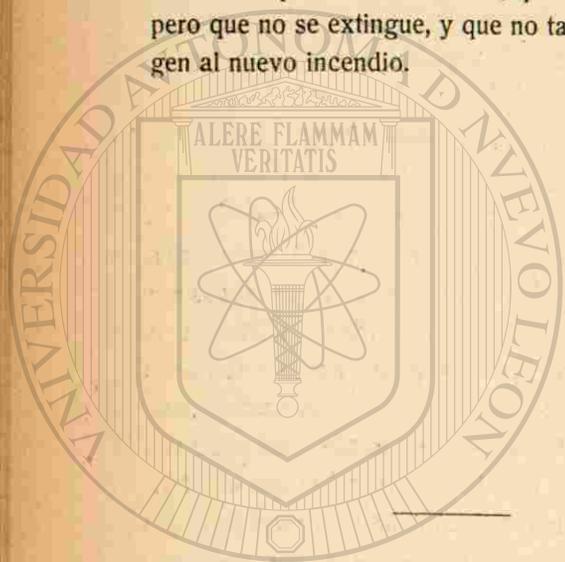
Crucé las salas del primer piso y quedé entusiasmada al hallar tantos argumentos reunidos en favor de mi teoría: había numerosos retratos, naturalmente, algunos paisajes; pero, ¡cuántas flores y qué modo de interpretarlas! ¡Allí estaban los verdaderos invernaderos del Ayuntamiento de París! Y bajé, buscando siempre el trabajo cuidadosamente ejecutado y firmado por las maternales manos de la señora Canterein. Pronto encontré en el entresuelo las obras maestras de aquella exposición.

Una de las expositoras había pintado en las cuatro hojas de un biombo, un paisaje medianamente dibujado, pero rodeado de geránios que parecían naturales; otra había combinado diamantes y piedras finas con esmaltes traslúcidos, y había hecho deslumbradoras y sencillas alhajas que atraían y entusiasmaban hasta á

los mismos hombres, como aquella parra, de la cual me decía mi jardinero: «Tiene unos racimos tan hermosos, señorita, que todo el mundo se queda admirado». Yo también admiré las joyas, y, continuando mi visita, vi á pocos pasos de allí muselinas pintadas al óleo, transparentes como los esmaltes y vitrinas llenas de objetos de cuero labrado.

Seguramente la señora Canterein habrá elegido este arte íntimo y siempre severo. Tapas para libros, portamonedas, cajas, carteras, cinturones, papeleras...; ¡cuánta paciencia, cuánta habilidad, cuánta ternura desplegada para apoderarse de una idea que acaba por dejarse domar y queda al fin grabada en la piel de un animal cualquiera! Aquel taburete lo ha comprado el Estado. Estas tres cubiertas para libros están vendidas... ¡Hola! Esta no se ha vendido, pero pronto se venderá. Adivino cuál ha sido la mano que la ha dibujado. Sobre el fondo anaranjado del cuero puso dos ramas de alisos de color de púrpura, cuyos tallos nudosos suben paralelamente, se arquean en la parte superior y se entrelazan por encima del título escrito en letras de oro. La mujer que ha creado esta maravilla tiene un alma superior. Porque, para comprender una flor ó unas frutas, no se necesita una sensibilidad tan exquisita. Pero para dar vida á un puñado de vainas; para escoger este modelo, se necesita tener el alma formada para el ensueño y para el sufrimiento. A fin de otoño, y hasta casi en invierno, á pesar del frío, á pesar del viento, los alisos, los serbales, la hiedra y la

eglantina conservan aún sus rojas semillas. Esto es lo único que queda del esplendor del verano; es un poco de vida y de color que se defiende; es una lucecita que brilla en la punta de las ramas, que tiembla con ellas, pero que no se extingue, y que no tardará en dar origen al nuevo incendio.



XVIII

El consejo del Viernes Santo.

UNA mañana, hace ya de esto seis años, volvía yo de los oficios de Viernes Santo, y como vivo lejos de la iglesia, ví diseminarse poco á poco á los fieles cuya nuca ó cuyo perfil habían estado contemplando mis ojos por espacio de dos horas. Hallábame, pues, sola entre los transeuntes, indiferente al movimiento de la calle, y siendo indudablemente para éstos una criatura anónima, una señora casada ó una solterona que sólo se ocupaba de recogerse su falda negra. Había estado lloviendo toda la noche. Hacía un viento terrible. Hay una tradición popular en nuestra tierra que asegura que no hay Semana Santa sin tormenta. Al embocar por mi calle adiviné que iba á acercarse á mí un hombre que estaba parado en medio del arroyo. Lo adiviné, aunque yo llevaba la cabeza inclinada y el sombrero echado hacia la cara para resistir al viento, porque aquel hombre se había parado al verme, y yo sentía que su pensamiento y su mirada es-

taban fijos en mí. En efecto, apenas hube andado veinte pasos, se acercó, y saludándome, dijo:

—Dispense usted, señorita... ¿No me conoce usted?

—Sí, señor, me parece... el capitán de Harlés, ¿no es verdad?

Le había visto una vez, cuando se incorporó á su regimiento; me presentó á su mujer, una rubia muy guapa, cuyos ojos grises, preciosos, puntilleados de rojo; buscaron inmediatamente los míos y me preguntaron: «¿No ha quedado usted deslumbrada por mi juventud, mi belleza, mi fortuna y mi llegada?» Luego, en cuanto recibieron la contestación apetecida, parecieron distraídos. Desde entonces, como los señores de Harlés frecuentaban la sociedad y yo no la frecuento, no habíamos vuelto á vernos.

—Tengo que desempeñar cerca de usted, señorita, una misión urgente, delicada... Se trata de un caso de conciencia.

—Pero, caballero, yo no resuelvo los casos de conciencia, sobre todo con semejante tiempo. No tengo autoridad ni...

Una racha de viento me levantó el sombrero, me arrancó una de las agujas y me dejó torcido el velo.

Harlés debía de haberse disculpado nuevamente. No pensó en ello. Permaneció delante de mí con el sombrero en la mano, con el pelo enmarañado, revuelto por el viento. Su rostro, de ordinario sereno y sonriente, estaba surcado de profundas arrugas que un esfuerzo de voluntad trataba de borrar, pero que la an-

gustia, un sufrimiento más poderoso que todos los disimulos y todas las mentiras, hacía reaparecer en seguida, marcándolas todavía más.

Pensé que no me sería muy fácil recibir á Harlés en el cuartito en que vivo sola. ¿Lo permitiría la señorita Zoé, mi doncella? Era dudoso.

—Entremos en casa del anticuario—dije abriendo una puerta que se hallaba á dos pasos de nosotros.—Es amigo mío, bastante sordo, y me deja revolver cuanto quiero en su tienda... Buenos días, tío Grünne, soy yo, que vengo á refugiarme en su casa y que le traigo un amigo. Es un aficionado.

—Pues, mire usted todo lo que quiera, señorita—dijo una voz desde la trastienda.—Precisamente tengo algunos objetos de marfil que compré la semana pasada; un buen negocio... Están en ese rincón, á la derecha, sí, eso es... Perdone usted que no salga, estoy con mis dolores de reuma y no me aparto de la lumbre...

Me senté rápidamente en el fondo del almacén, en un antiguo sillón bordado que hallé en el estrecho callejón en que me había metido. Harlés se detuvo á dos pasos de mí, entre un montón de libros encuadernados en piel de vaca y una mesita Luis XV.

—¿Qué sucede?—pregunté.

Se pasó la mano por la frente y la apoyó luego sobre uno de aquellos librotos de lomo rojo, como si fuese á prestar juramento.

—Un amigo mío acaba de tener un disgusto horrible; me lo ha contado todo, y como ve usted, estoy tan

emocionado que casi no puedo hablar. ¡Su mujer le ha engañado!, una mujer á la que tanto ha mimado, una mujer por la cual casi se ha arruinado, que le obligaba á hacer una vida absurda, á él que era poco amigo de bailes y de reuniones; una mujer que era su orgullo, que le tenía loco... Lo descubrió de repente, sin que jamás hubiera tenido la menor sospecha... Sin esperar... La muerte se presentó de improvviso...

—¿Está seguro?

—¡Demasiado seguro! Ella le ha confesado todo.

—¡Más vale así!

—¿De veras?

Por segunda vez me miró fija, imperiosamente, —aquella mirada me abrasa todavía el corazón— tratando de indagar si, efectivamente, pensaba yo que «más valía así».

—Y ahora, —añadió— mi amigo quiere saber lo que ha de hacer. —Hay muchas soluciones, ya lo sabe usted, y las hay terribles. Todas acuden en tropel á la imaginación de mi amigo, y allí luchan, se atropellan, se repelen, pero no se destruyen unas á otras. Está como loco, y lo que quiere, lo que exige de usted, es un consejo.

—Pero, permítame, caballero, ¿por qué se dirige usted á mí? Soy joven, no estoy casada, no he...

—¿Ha encontrado usted las figuritas de marfil? —preguntó el anticuario. —Son lindas, ¿no?

—Sí, sí, tío Grünne. Las tengo en la mano.

Yo estaba violenta en aquella especie de confesonario, en el que me había sentado sonriendo.

—Sí, ¿por qué se dirige usted á mí?—repetí muy quedo. —Confiese usted que es muy raro lo que está usted haciendo.

El rostro del capitán Harlés se contrajo violentamente.

—Ella misma ha suplicado á su marido que pidiese consejo á usted. Es un impulsivo y estaba enamorado. Por poco la mata. Ya ve usted que no le oculto nada. Ella se arrodilló á sus pies, suplicó, prometió, y á su vez acusó á su marido como las mujeres saben hacerlo.

—¿De qué?

—De lo único de que es culpable: de haberla amado con delirio, de haberla obedecido en lugar de guiarla, en fin, de no haberla vigilado. Y como él entonces, hablase de separarse de ella y de repartirse los niños, ella le dijo: «Yo me conformaré con todo. Lo único que te suplico es que no me juzgues sin haber pedido consejo á un ser que sepa lo que es la piedad.—¿Á quién? ¿á una de tus amigas?—¡Nunca! ¡Todas me aborrecen!» Buscó un nombre desesperadamente. ¿Cómo se acordó de usted? No lo sé. Ella me indicó que acudiese á usted. Y está esperando que vaya á decirle lo que usted decide: ¡Decida usted, pues!

Él era principalmente quien esperaba mi decisión, y no creo que la angustia de la mujer fuese tan desgarradora. Sobre la mesa, junto á mí, estaba una de las figuras de marfil que me había indicado el anticuario, y que yo había cogido mientras el capitán hablaba. Era

un crucifijo antiguo, de escaso valor artístico, pero en él hallé la respuesta. No lo levanté, no hice más que mostrarle en la mano abierta, y dije:

—Hoy es Viernes Santo; no tiene usted más que recordarlo.

Harlés contempló aquella crucecita amarillenta por el tiempo, la cogió, quiso hablar, balbuceó algunas palabras sin ilación, y se separó de mí.

—Ese caballero que vino conmigo—dije al anticuario que entraba en aquel momento—se ha llevado una de las figurillas de marfil y me ha encargado que se la pague á usted.

Tres meses después, supe que el capitán de Harlés se había retirado, y que se había ido á vivir con su mujer y sus hijos á una finca en los alrededores de Arlés. La víspera del día en que se marcharon, recibí una tarjeta con el tradicional «S. D.» pero precedido de una cruz torpemente trazada por una mano de hombre.

El consejo es como la semilla que se arroja al otro lado de la cerca: jamás debéis ir á ver si ha fructificado. Lo sé por experiencia. Tres años y medio habían transcurrido desde el día en que fui consultada en casa del anticuario de las orillas del Loira. Yo viajaba entonces por Provenza. Lo imprevisto constituye mi vida. Un día, la amiga en cuya casa me hospedaba, me dijo: «Vamos á casa de los de Harlés; usted los conoce, ¿no es verdad?—Muy poco.—Lo bastante

para que yo la pueda llevar á su casa. Se alegrarán mucho de ver á usted y pasaremos una tarde deliciosa en el campo.» Debí de haberme negado á ir. Yo creo que lo que me obligó á ser débil fué la curiosidad, que en aquel momento pretendía llamarse compasión, simpatía y hasta cortesania, porque el primero de Enero, el cartero me entregaba siempre una tarjeta: «Los señores de Harlés. Quinta de X...» Subimos al carruaje. El sol era abrasador; los morales alineados en los prados y podados en forma de bola, semejabán enormes abalorios centelleantes. Una hora de camino y nos encontramos en un espacioso salón, en el que el fresco de la mañana ha sido sabiamente conservado. La habitación está muy oscura; mi amiga pronuncia lánguidamente mi nombre; ¿me han reconocido siquiera? Mi amiga lo duda. El señor de Harlés, de imaginación muy viva, muy apegado al terruño, no cesó de hablar de Provenza, de las viñas y de los vinos, de su cosecha; su mujer, bella todavía, pero algo más tímida que antes por efecto, sin duda, del aislamiento, le escuchaba sin contradecirle, sin aprobar sus palabras, sin manifestar cansancio. Á esto se redujo la agradable entrevista que nos prometíamos. Nos saludamos como indiferentes.

—Como ve usted, querida,—me dijo sonriendo mi amiga—ya casi no se acordaban de usted.

—¡Más de lo que quisieran!

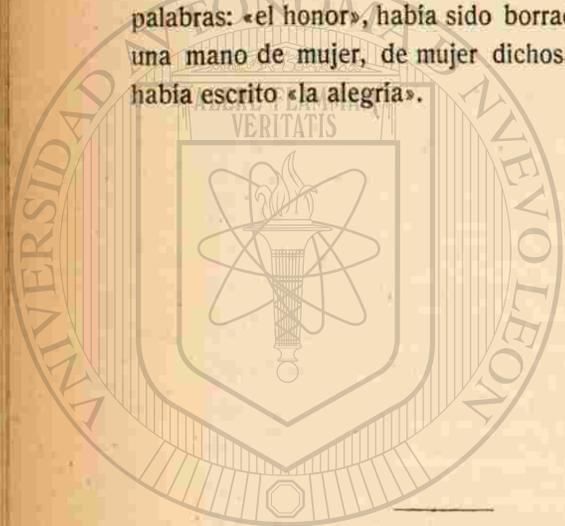
No podía comprenderme; ni lo intentó siquiera.

Ayer por la mañana el cartero me entregó un gran

sobre blanco; le abrí, saqué un pliego de papel bristol y leí:

«Los señores de Harlés tienen el honor de participar á usted el nacimiento de su hija Magdalena.»

Sólo que, por tratarse de mí, habían tachado dos palabras: «el honor», había sido borrado y en su lugar una mano de mujer, de mujer dichosa, seguramente, había escrito «la alegría».



XIX

El drama de Kerfeun.

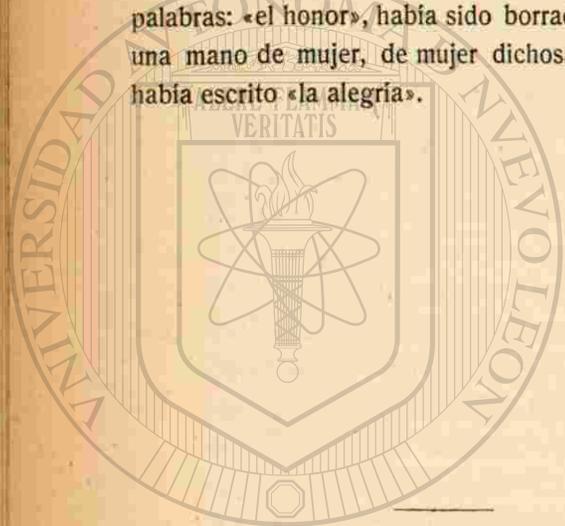
Hoy he estado hablando con el Sr. Le Duizel, de que Bretaña se está envenenando con el alcohol. —¡Ah!— me dijo. —¡Qué escenas presencié hace ocho días! Usted debe haberlo experimentado lo mismo que yo: lo más horrible en una ruina humana, es el sentimiento de la altura desde la cual se ha desplomado todo aquello. Podemos no pensar en ello cuando se trata de un ser completamente degradado. Pero cuando se derrumba un torreón, al recoger del suelo las piedras, siempre, aunque hayan caído desde muy alto, se encuentra un trozo labrado, ó algún tallito de liquen, cuya semilla depositara el viento en una hendidura del sillar. ¡Es horrible ver esto!

Ya recordará usted mi antiguo caserón, de un solo piso, que no tiene más signo de nobleza que sus macizos de hiedra, y dos ventanas con crucero, entre otras muchas sin mérito artístico; su terraza, llena de flores en la parte de delante, y en la de detrás, el paseo de

sobre blanco; le abrí, saqué un pliego de papel bristol y leí:

«Los señores de Harlés tienen el honor de participar á usted el nacimiento de su hija Magdalena.»

Sólo que, por tratarse de mí, habían tachado dos palabras: «el honor», había sido borrado y en su lugar una mano de mujer, de mujer dichosa, seguramente, había escrito «la alegría».



XIX

El drama de Kerfeun.

Hoy he estado hablando con el Sr. Le Duizel, de que Bretaña se está envenenando con el alcohol. —¡Ah!— me dijo. —¡Qué escenas presencié hace ocho días! Usted debe haberlo experimentado lo mismo que yo: lo más horrible en una ruina humana, es el sentimiento de la altura desde la cual se ha desplomado todo aquello. Podemos no pensar en ello cuando se trata de un ser completamente degradado. Pero cuando se derrumba un torreón, al recoger del suelo las piedras, siempre, aunque hayan caído desde muy alto, se encuentra un trozo labrado, ó algún tallito de liquen, cuya semilla depositara el viento en una hendidura del sillar. ¡Es horrible ver esto!

Ya recordará usted mi antiguo caserón, de un solo piso, que no tiene más signo de nobleza que sus macizos de hiedra, y dos ventanas con crucero, entre otras muchas sin mérito artístico; su terraza, llena de flores en la parte de delante, y en la de detrás, el paseo de

olmos, tan ancho, tan largo, que hoy sólo desemboca en una porción de senderos perdidos entre los trigales. El jueves por la noche, estaba yo paseándome por la entrada de la olmeda y mirando por entre los árboles mis tierras muertas de sed, cuando ví que corría hacia mí un hombre que alzaba su bastón á cada tres ó cuatro pasos y que gritaba:

—¡Señor alcalde!

Sali á su encuentro.

—Señor alcalde, es necesario que venga usted inmediatamente á la granja de Kerfeun: ha ocurrido una desgracia!

—¿Qué ha sido?

—¡Han matado á la madre! Está en el pajar; yo la he visto á la pobre. No han tocado el cuerpo, como es natural, y el hijo me ha dicho: «Ve á avisar al alcalde, es necesario que venga.»

Me puse inmediatamente en camino, con el hombre que había venido á avisarme, un tratante en bueyes y en cerdos, muy conocido por aquellos contornos, y seguimos la olmeda para tomar al final de ella un sendero que cruzaba un campo de aulagas. La granja de Kerfeun dista cerca de dos kilómetros de mi casa y está situada precisamente en el límite de mis tierras. Durante el trayecto, el tratante en bueyes, fatigado por la caminata y prudente además, como todos los campesinos que poseen un secreto peligroso, casi no me habló; y en cuanto vimos de lejos la cerca de Kerfeun, se separó de mí pretextando un quehacer en la

estación cercana. Lo único que pude averiguar fué que la vieja había sido agredida al volver de la feria, y que había ido á caer en un montón de trébol, á la misma entrada del pajar. ¿Quién la había matado?

A mí y á la justicia nos correspondía descubrir al asesino.

Atravesé el hayedo que, desde tiempo inmemorial, sirve á los colonos de Kerfeun para amontonar el estiércol y la leña, y luego crucé el patio iluminado por la luz de la luna y desierto en aquel momento. Enfrente de mí tenia dos edificios que formaban ángulo recto; la casa á la izquierda y los establos á la derecha. Junto á los establos, techado con el mismo bálago, ya verde por efecto de la lluvia, reconocí el pajar, cuya puerta estaba de par en par. Pero la granja parecía abandonada. No se oía más ruido que el sordo mugir de una vaca atormentada por las moscas; no se veía una luz en las ventanas. Llamé. Transcurrieron algunos segundos.

Me esperaban. A lo largo del ventanal de la sala principal, contigua á los establos, vióse correr un resplandor, y el colono Jobic salió con un farol que no era necesario. Andaba muy derecho. La luna le iluminaba de lleno. Yo veía su rostro, largo y afeitado, vuelto hacia mí; su boca, de labios finos y apretados uno contra otro; su nariz colgante; su ojos castaños, que parecían huir de los míos; su pelo rojo, cortado á punta de tijera, y su sombrero ancho de fieltro, echado hacia atrás como una aureola. Jobic llevaba aún la blusa

corta de algodón azul que los bretones suelen ponerse cuando viajan.

—¡Llévame adonde está el cadáver!

Se llevó la mano derecha á la frente y se tapó los ojos, en tanto que suspiraba como si fuese á echarse á llorar. Pero cuando retiró la mano, vi que no había llorado: sólo tenía el rostro un poco alterado.

—¿Tú también fuiste á la feria, Jobic?, ¿has bebido?

—¡Casi no lo he probado, señor alcalde, se lo juro á usted!

—Entonces, me contarás todo. Precédeme.

Se dirigió lentamente hacia el pajar, y como estaba abierta la puerta, fuese en derechura al montón de trébol, é inclinándose, apartó un trapo, una colcha rota ó una manta—no sé á punto fijo lo que era—que ocultaba el cadáver de su madre. El cuerpo de la vieja había caído hacia delante y tenía los brazos extendidos, las manos abiertas y la cara casi hundida entre la hierba seca. El pelo estaba enmarañado y lleno de sangre.

Jobic contemplaba aquel espectáculo de muerte sin estremecerse, sin horrorizarse. Parecía que en él todo sentimiento natural había sido abolido, y que ya no se daba cuenta de lo que fuera para él aquella pobre criatura que yacía á nuestros pies. Una sola cosa le preocupaba: el temor de que cambiase lo más mínimo la actitud de la muerta antes de que llegase el juez. Como yo apartase uno de los brazos para ver mejor la cara, cogió á su vez, sin emoción, aquella mano que le había mecido, y la colocó lo mismo que estaba antes.

Sin embargo, respiró al hallarse afuera, á la luz de la luna, al aire libre, lejos del montón de trébol. Le abrumé á preguntas. Jobic dió á entender que, al volver de la feria, adonde había ido con su madre y su hermana—la criada quedó guardando la casa,—las mujeres empezaron á regañar en el patio. Cuando le pregunté: «¿Quién la mató?» señaló con la mano una alcoba situada en un extremo de la casa.

—¿La criada?

Hizo un signo negativo.

—¿Entonces tu hermana es la matadora? ¿Está aquí? ¡Llévame á su cuarto!

No se movió. Me encaminé yo solo á la casa, abrí la puerta de la alcoba, iluminada únicamente por la escasa claridad que entraba de afuera, y, levantando el farol que le había quitado á Jobic de las manos, vi dos mujeres; una de ellas,—la criada,—huyó aterrada al rincón más obscuro de la habitación y se escondió allí; la otra, completamente borracha, estaba tendida en la cama, el pelo suelto, pálida, la boca torcida por efecto de la congestión producida por el alcohol. Esta era la hermana del colono, la que había agredido y matado á su madre, sin darse cuenta del crimen; una muchacha raquítica, hija seguramente de un padre degenerado, y á la que había visto muchas veces en los caminos y en los campos de Kerfeun, llamándome la atención la expresión bestial, sombría é hipócrita de su fisonomía.

Volví al lado de Jobic.

—Tú respondes de tu hermana—le dije.—Si se despierta, no la dejes escapar. Voy á avisar al procurador de la República.

Permaneció mudo y creí que iba á llorar. En el momento en que yo salía del patio de la granja le ví coger un brazado de paja, llevarlo al pie de la escalinata que conducía á la alcoba de Ana y acostarse allí para pasar la noche.

Al día siguiente tuve que cumplir infinidad de obligaciones penosísimas. Á mí no me correspondía sino un papel pasivo, ó poco menos, pero me ví obligado á asistir á las primeras actuaciones: examen del cadáver y del lugar del crimen; interrogatorio de Ana, que no se acordaba de nada; de Jobic, que no quería acordarse, y de la criada, la cual fué presa de un ataque de nervios; reconstitución de la escena, redacción del sumario... La justicia se había posesionado de la granja. El procurador, el juez de instrucción, el escribano, el médico forense, iban y venían por las habitaciones, los graneros y los establos. Los gendarmes daban el pienso á los caballos de Jobic y á sus propios caballos, que ocupaban la misma cuadra que los del colono. Los ordenanzas salían corriendo en dirección á las granjas inmediatas y volvían acompañados de hombres y de mujeres, que desfilaban uno á uno, lentamente, como si se considerasen ya presos, y que, en cuanto se veían libres, por no haber dicho nada que pudiese comprometerles, saltaban la cerca y desaparecían. Otras muchas personas aumentaban la animación y el

ruido que reinaba en Kerfeun; en primer lugar, los curiosos, que no se apartaban de la casa, deseosos de ver á «la matadora», ó al hermano, ó al Juez; y en segundo lugar, los que habían de llevar á todas partes la noticia, avisados, según costumbre, por el amo de la casa, y que habían de ir, á través de las landas y los sembrados, á anunciar la muerte á parientes y amigos, y á invitarlos al entierro. Según costumbre también, Jobic daba de comer y de beber á todos en la cocina.

Yo creo, que ninguno de los principales actores ó testigos del drama había recobrado por completo la razón. En tanto que los hombres comían en la cocina, el médico forense hacía la autopsia en el sótano contiguo, que recibía la luz por una ventana baja y dos tragaluces. Yo estaba presente. Habían tendido el cuerpo en unas tablas colocadas sobre unas barricas. Yo no tenía valor para mirar hacia aquel lado. De repente, se abrió la puerta, y un hombre que llevaba una jarra en la mano, se inclinó para entrar, diciendo:

—¡Pues hace falta más sidra!

Era Jobic. No sé quién cerró la puerta de un empujón, y sin duda, tiró al colono al suelo, porque oímos el ruido de una caída y durante unos minutos los comensales hablaron en voz baja.

Llegó la noche. Los magistrados abandonaron la granja. Como el coche que se había pedido al pueblo inmediato para llevar á Ana á la cárcel llegase muy tarde, se convino en que la presa pasaría la noche en

la granja custodiada por los gendarmes y que no se la llevarían hasta la mañana siguiente.

El día amaneció hermoso y fresco. El aspecto de Kerfeun había cambiado por completo. Todo era orden, silencio, recogimiento. Mucho antes de la hora fijada para el entierro, infinidad de bretones enlutados, habían ido sentándose silenciosamente, formando un semicírculo, en el hayedo y en los prados que bajaban hacia el patio. En la sala, la muerta estaba todavía tendida en la cama de matrimonio, con un crucifijo sobre el pecho y la cara destapada. Al pie del lecho lloraba Jobic, en tanto que algunos parientes cercanos, arrodillados en el fondo de la habitación, rezaban el rosario. Cuando oyó dar las ocho, levantóse el colono, y fué á abrir la puerta que ponía en comunicación la sala con la alcoba de Ana.

Transcurrieron algunos segundos. Ana apareció entre los dos gendarmes encargados de su conducción. Bajó la cabeza y la volvió hacia la derecha; hubiese querido cruzar la sala corriendo, corriendo y salir. Pero su hermano la detuvo.

—Ana—le dijo—no saldrás de casa sin haber dado un beso á madre, para pedirle perdón.

La joven se estremeció, y fué tan fuerte su emoción que su rostro cambió, se transformó por completo. Vimos otra Ana, presenciábamos la resurrección de aquella á quien el veneno había aniquilado, y una muchacha ya ajada, pero de ojos expresivos, de labios finos, de mirada llena de ternura, de respeto y de remordi-

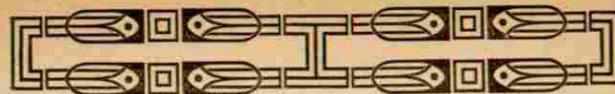
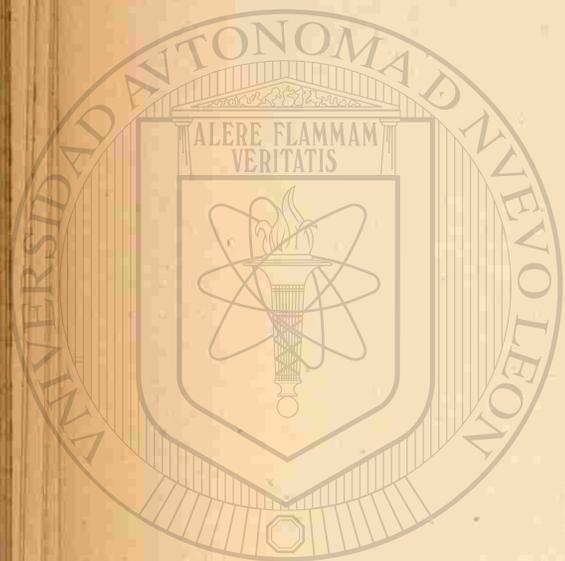
miento, se inclinó sobre la frente de la muerta y la besó.

—¡Ahora reza una *Ave María!*—añadió Jobic.

Ana recitó la oración en voz baja, y muy de prisa. No se oyó más que: «Ahora y en la hora de nuestra muerte...»

—¡Amén!—dijo el hermano.

Y los gendarmes se la llevaron, en tanto que algunas personas, por compasión ó por verla, se levantaban y la acompañaban sollozando.



XX

El segador.

EL sol lucía aún para los habitantes de la llanura. Los de la montaña, entre Albertville y Moûtiers, hacía ya largo rato que no le veían. Más allá de los pueblecillos agazapados á orillas del Isère, más allá de los prados y de las amarillentas peñas incrustadas como pedazos de vidrio en el gris plomizo de los bosques de abetos, un resplandor de incendio aparecía aún en el cielo, iluminando un picacho, la cima de una loma, un cerro nevado; pero, para verlo, era necesario levantar la cabeza. Era como las bandadas de pajarillos que pasan demasiado lejos, y cuyo canto y cuyos movimientos no nos causan ya ningún placer.

Acababan de dar las cinco en el reloj de la cocina y podía decirse que á tal hora comenzaba la verdadera soledad para la cabaña del guardabosque Bielé, situada en la orilla derecha del Isère. La niebla ocultaba el desfiladero, estrecho y siempre amenazado por las montañas, en donde se precipitan, se tropiezan entre-

lazándose como los ramales de un cable, el torrente, siempre coronado de espuma, el camino defendido por un pretil, y la vía férrea. Aquel era el único pasaje, la única comunicación con el mundo. Porque á la izquierda de la casa, y á poca distancia, el desfiladero se estrechaba y hacía un recodo; el camino y el Isère desaparecían tras un grupo de rocas negruzcas, la vía se internaba en un túnel, y todo parecía concluir allí. Cuando pasaba el tren de la noche, sus faroles surgían de las tinieblas y el ruido que hacía retumbaba como un cañonazo.

Las cinco. Para tomar el aire, para huir del humo que invadía la cocina —aquella neblina abrumadora no lo dejaba salir por la chimenea,— Telma Bielé abrió la puerta. Salió al llano que daba al camino y en el cual había algunas matas de campanillas, claveles rojos, alelíos y dos enormes girasoles, que no tenían más que una corona incompleta de pétalos, y semejaban dos ruedas de fuegos artificiales ya medio consumidas. No pasaba alma viviente; no se veía una persona, ni un animal. El camino estaba al nivel del llano, el Isère rugía al otro lado, y detrás de la casa los abetos se erguían en la pendiente abrupta.

Telma se entró en la casa, rechazó con el pie algunos tizones que habían caído al suelo, bajó la cadena de la que pendía la marmita, y luego se miró en el espejo que estaba colocado precisamente encima de la chimenea. Contempló su rostro con alguna emoción. Pensaba: «No debo ser la misma.» Y buscaba las huellas visi-

bles de la transformación que sentía en su corazón. Veía una mujer de treinta y cinco años, blanca y rosada, de nariz pequeña, ojos hundidos y pelo rubio aprisionado por la gorrita. Telma no era una belleza, pero era bastante linda, alta, esbelta y arrogante. Un encanto especial residía, sobre todo, en sus ojos de noche, por cuyos párpados, al menor saludo, á la menor galantería, al más insignificante pensamiento, corría y temblaba un resplandor que no se sabía si era lágrima ó sonrisa. Los hombres que la veían no la olvidaban fácilmente. Para ella había sido una desgracia el ser tan admirada. Casada muy joven con un hombre de cortos alcances, enclenque y borrachín, hacía tres años que había llegado á aquella casa con su marido á quien la administración cambiaba de cantón por tercera vez. Era forastera, más fina, más rubia, más orgullosita que las demás mujeres. No tardó en decirse: «Gracias á la Telma no le limpian á su marido el comederó. A todas horas se la ve con el cabo, un hombre que ha tenido muchas aventuras, pero que es hábil, generoso y tan severo, que jamás ha podido servir nadie á sus órdenes hasta que ha llegado Bielé.»

No mentían las mujeres. Toda comedia, toda tragedia de las clases elevadas tiene su eco en el pueblo. Las mismas pasiones, los mismos medios, las mismas causas. Y sin embargo, si un novelista se hubiese propuesto estudiar el caso de Telma Bielé, hubiera tenido que tratar de averiguar qué ejemplos de moralidad había visto en torno suyo, qué educación, qué conse-

jos había recibido aquella pobre criatura, hermana de tantas otras. A la sazón había roto con su culpa; había cambiado por completo, ó por lo menos, quería cambiar, y sentía esa agitación que no deja al alma fuerzas más que para una sola cosa: para no dejar de querer. Sufría; tenía miedo de sí misma, y, sobre todo, del hombre á quien había abandonado. Todo aquello era nuevo, sorprendente; hasta á ella misma le parecía increíble. ¡Una cosa tan impensada! ¡Un sentimiento de curiosidad que la había obligado á entrar en la iglesia, algunas semanas antes, durante un sermón de misión; y luego... recuerdos, horror de sí misma, súplicas, lágrimas!... He aquí por qué la angustiaba tanto la soledad.

Pero, aquella tarde, Telma sufría además por otra cosa. No tenía pan para el día siguiente. Su marido volvería muy tarde, porque le habían mandado ir al otro extremo del bosque, y encontraría la sopa caliente, como de costumbre. Pero, al día siguiente, cuando se levantase, diría: «Dame pan, Telma. ¡Ya no hay en la cesta!» y tendría que confesarle que en ocho días había ido dos veces á la panadería, que había tenido que suplicar á la panadera que la fiase y que las últimas palabras fueron un insulto: «No vuelva usted por aquí; ya no sabemos quién ha de pagar y se acabaron las cuentas: si no hay dinero no hay pan.»

Todo el mundo estaba ya enterado de la ofensa que habían hecho á la pobre mujer. Por ello había esperado á que se hiciese de noche. Volvería al pueblo;

empeñaría, si necesario fuese, las alhajitas de *dublé* que le habían regalado el día de su boda.

¡Ah! si estuviese allí su hijo el segador, un excelente jornalero que acababa de cumplir los quince años, y á quien, á pesar de su poca edad, se habían disputado ya tres labradores, porque era fuerte como un hombre, y trabajador, ¡ya lo creo! ¡y servicial como ninguno! Sólo tenía un defecto, el mismo que la madre: se entristecía por cualquiera cosa, tardaba en consolarse, y no confiaba á nadie sus penas.

Telma había dejado la puerta abierta por causa del humo. Y de repente, en el momento en que estaba pensando en él, aparece el segador en el umbral, con un enorme sombrero de paja, una blusa azul, al hombro la guadaña húmeda aún por la savia de la hierba y colgando de la punta del mango de la guadaña un lío de ropa. La madre corrió hacia él, le echó los brazos al cuello, le estrechó hasta ahogarle y le besó en la frente y en las mejillas, como si buscase en su hijo la paz que á ella le faltaba.

—¡Andrés! ¿Vienes de los pajares? ¿Han terminado ya las faenas de la siega? ¡Qué bien has hecho en venir! ¡Mira qué alegre estoy! Tú eres mi tesoro. Vamos á comer y luego iremos al pueblo á comprar pan.

—¿Á estas horas?

Telma se quedó cortada. ¿Sabría algo? Pero, no. Andrés dejó en un rincón, junto al hogar, la guadaña y el lío de ropa, y le dijo:

—Ya comprendo: es para que mañana por la mañana tenga pan padre.

Telma apartó la olla, echó la sopa, y puso un cubierto en la mesa de cerezo cuyas patas, por la parte que tocaba con el suelo, parecían esponjas.

—¡Come, hijito!

—¿Y tú, mamá?

—Yo no comeré.

El muchacho la miró con unos ojos que brillaban con ansia de vivir, y que se maravillaban de que no tuviese hambre todo el mundo. A lo lejos repicaban las campanas anunciando que pronto se recogería e vecindario de los pueblos, y sus sonos, confundidos con los rugidos del torrente, subían hasta los abetos, campanas también, que vibraban agitadas por la brisa. Andrés acabó de comer apresuradamente. Telma abrió el armario, y, tal vez por causa de la niebla, sacó un mantón negro que la tapaba de pies á cabeza. Madre é hijo bajaron del terraplén sobre el cual estaba construída la casa, y se dirigieron á la carretera, hacia el sitio en que trepaba por el monte y hacia un recodo. Á la derecha, entre las sombras, rugía el Isère. La noche era oscura.

Siguieron por la carretera; entre las tinieblas vislumbraron los tres nogales que daban sombra á la casita del cabo Lauzanier. La madre había cogido de la mano á su hijo; procuraba no hacer ruido al andar. Pero, apenas salieron del círculo de sombra que, á pesar de la oscuridad proyectaba el último

nogal, cuando un hombre saltó al camino, detrás de ellos.

—¿Telma?

—Es el señor Lauzanier—dijo el muchacho.

—No le contestes, y corre; hace algún tiempo que nos tiene manía... no le escuches siquiera, Andrés, ¡ven, ven!

Y le arrastraba.

—Te he conocido, Telma. Ya sabes que veo en la oscuridad. No te escondas... Vas con otro hombre... párate y ven á hablarme!

Continuaba la huida. Durante un momento esperó el hombre una respuesta. Pero como no recibía ninguna á no ser el ruido de los zapatos de Telma y de los zuecos de Andrés, que corría junto á su madre, gritó con rudeza:

—¡Corre, corre! ¡ya me vengaré!

—¿Qué dice?—preguntó Andrés.

—Nada.

—Sí; tú estás llorando; ¿qué ha dicho?

—Que hará que dejen cesante á tu padre, que nos denunciará...

Volvió un poco la cabeza para tratar de leer en el rostro de su hijo. Y creyó ver unos ojos de fuego, unos ojos que no querían mirarla y que permanecían fijos obstinadamente en las invisibles montañas.

—Es que tu padre está malo muy á menudo... ¿sabes, hijito?... y yo he empezado otra vez á frecuentar la

iglesia... eso es lo que dirá...; pretextos nunca faltan cuando se quiere hacer daño á alguien...

El camino se bifurcaba; á la izquierda había una cañada; una casa indicaba que allí comenzaba el pueblo; éste no tenía más que treinta casas y una sola calle casi recta, con una iglesia al final. Las ventanas de las casas y los escaparates de las tiendas, débilmente iluminados, proyectaban aquí y allá, sobre el camino, algunas fajas de luz. Telma se acercó á una de estas luces que interrumpían las tinieblas, subió unos escalones, y, empujando una puerta, hizo sonar una campanilla.

—¡Ah! ¡no!...—comenzó á decir secamente una voz que salía del fondo de la tienda;—ya la he dicho á usted...

La panadera, —unos ojillos color de uva pasa en un rostro arrugado color de pan de centeno, —levantó la lámpara de petróleo, que había cogido del mostrador, para ver quién era el hombre que acompañaba á Telma. Cuando reconoció á Andrés cambió de tono.

—¿Qué desea usted, señora Bielé?

—Dos panes—dijo Andrés.—Cuando yo vengo, se come doble.

Estaba como siempre, decidido y risueño. Sentíase orgulloso de mandar, de proteger, de pagar. Lenta, torpemente, desató los cordones de una bolsa que llevaba en la faja, y, en tanto que su madre cogía los panes y salía á la calle, él contaba el dinero sobre el mos-

trador. Puso en fila varias monedas de plata y todas las de dos sueldos que poseía, y dijo:

—Cóbrese; mi madre me ha dado el dinero, otra vez tiene usted que fiarle.

La panadera guiñó sus ojillos como si dijese que sí, pero se contentó con saludar. El muchacho salió, encontró á su madre en la carretera, y el regreso fué mejor que la primera parte del viaje.

A aquellas horas, Lauzanier debía de haber abandonado el valle para ir á hacer su ronda por la montaña. Telma lo sabía. Hablaba con Andrés de la granja de la Javerge y de los prados que el mozo acababa de segar. Pero el chico sólo decía una palabra por cada tres que pronunciaba su madre.

—¡Si yo pudiese ver lo que pasa en su corazón!—pensaba Telma.

Llegaron á la casa; Andrés se acostó, y su madre, acercándose á la cama de su hijo, «besó al niño»; pero llevaban ya dos años de vivir separados: esto deja huellas tan hondas que no se borran con un beso.

Ya muy tarde, á media noche, entró Bielé, que estaba de servicio en la roca de Marchand. Encontró á su mujer dormida y á su hijo despierto.

—Padre—dijo Andrés—¿por dónde irá el señor Lauzanier mañana por la mañana?

—Ya se ha marchado. Antes de las nueve estará en el castillo de la Javerge, y luego volverá por Vor-

chère. Pero, ¿por qué lo preguntas? . Estás soñando, muchacho. ¡Duérmete pronto y hasta mañana!

.....

Cuando antes de las nueve, con un sol hermoso y un vientecillo fresco, llegó el guarda Lauzanier al prado de la Javerge, que está situado entre dos bosques de abetos, á dos mil metros sobre el nivel del mar, vió que había un hombre tumbado en medio del prado, junto al sendero. Continuó su camino, y pronto, en la actitud de la cabeza que se erguía y le espiaba, conoció que aquel hombre era joven. Acercóse entonces y reconoció á Andrés Bielé.

Este hallábase acostado boca abajo en el suelo, sobre la hierba recién segada, con su guadaña junto á sí. Con los brazos cruzados y sosteniendo la parte superior de su busto, tenía la mirada fija en el guardabosque que se acercaba, y esta mirada revelaba la existencia de una idea única tan tenaz y tan imperiosa, que el cabo se paró y dijo:

—¿Qué me quieres?

Sin embargo, el segador no había dicho aún una palabra.

No se movió; pero sus ojos inmóviles rebrillaron, como los de un gatito que cesa de jugar.

—Señor Lauzanier, —dijo— he venido para darle á usted un consejo.

—¡Hola!

—Ha dicho usted que denunciaría á mi padre.

—¡Y lo haré si me da la gana, chiquillo!

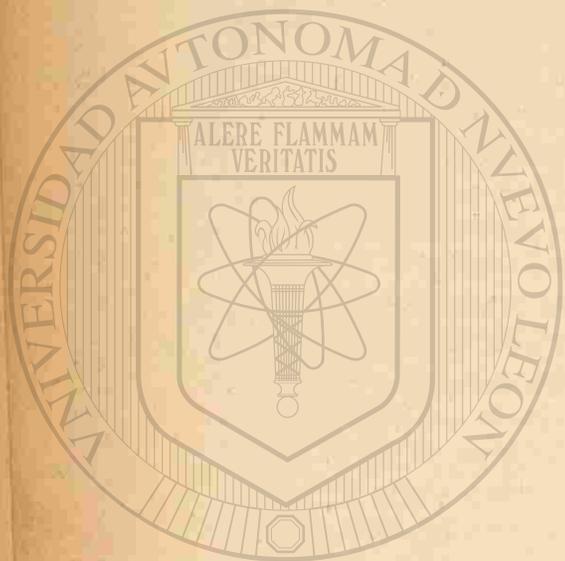
—¡No lo hará usted, señor Lauzanier! Lo que aquí se dice no lo oye nadie, y es mejor; escúcheme usted bien: todos los años ocurren por aquí muchas desgracias!...

—¿Y qué?

—Pues, que si no se calla usted, le ocurrirá algo, señor Lauzanier, algo malo, se lo aviso á usted...

El guardabosque miró á Andrés con aire de reto, se encogió de hombros y se alejó. Pero el relámpago que lanzaron los ojos del segador, tuvo la virtud de tornarle prudente. Calló.

Andrés Bielé se volvió á su granja, allá arriba, en el lindero de las nieves. Siguió pagando el pan en el pueblo. Pero no volvió á bajar.



XXI

El perro color de helecho seco.

SEBASTIÁN Courlot era algo así como un veterinario pero este era un dictado que no le daban nunca. ¿Había estudiado? ¿Poseía un título? Sólo él hubiese podido decirlo, pero él no hablaba de semejante cosa. Para todos, en la aldea y en el campo, á veinte kilómetros del sitio en que tenía su casa, junto al lavadero, era «el albéitar». Y tanto en París como en la última de las aldeas, sabe todo el mundo que el albéitar puede tener una linda tartana pintada de encarnado, y hasta un cochecillo saltarín, un caballo, gallinas, establos, rentas; jamás gozará de la consideración de que goza una persona respetable, quiero decir, un rico labrador. El colono desconfía del hombre que cura á sus bestias. ¿Cómo se curan? A las que se hinchan las dan unos polvos; también los echan en el pienso de las que enflaquecen; ¿no es este raro? El

albéitar conoce todos los rebaños; lleva la cuenta de los carneros como un perro de ganado; los matarifes le pararán en el camino y se están hablando con él las horas muertas, apoyados en una cerca; tan pronto se le ve aquí como allá; un hombre que tiene tantas amistades fuera del pueblo, para algo las quiere; imposible espiarle; no es de fiar.

Pocas personas había en la aldea ó en las granjas tan simpáticas como Sebastián Courlot; un hombre que tenía la boca levantada por los extremos, en forma de media luna, hasta tal punto era en él frecuente la risa; las mejillas gordinflonas y arreboladas por efecto del alcohol y del frío, una naricilla respingona, ancha y reluciente como una teja vidriada y unos ojos que jamás estaban tristes, ya dijese su dueño: «Pronto sanará esta oveja», ya profetizase: «No creo que dure mucho». Era alto, grueso, llevaba un sombrero de anchas alas, corbatas de colores muy chillones siempre, y por debajo de su blusa, buenos ternos de paño que encargaba á Elbeuf. Le tenían por rico, aunque él juraba que no lo era. Pero, ¿cómo creerle? Un hombre que no sólo curaba á los animales, sino que «también se atrevía con los hombres»! Sí, Courlot tenía consulta. Era curandero, poseía un secreto. Cuando algún cristiano tenía una peritonitis, no llamaba al médico del pueblo, ni avisaba á un doctor de Orleans; acudía al albéitar. Courlot llegaba en su yegua, en traba en la casa, descubría el vientre al paciente, lo palpaba con su mano regordeta, ligera y sabia, y se re-

tiraba diciendo: «No será nada.» Y lo más curioso es que, en efecto, el enfermo se curaba. Me han citado varios ejemplos y yo he visto otros. Y hasta pedí al albéitar que me explicase su sistema.

—Señorita, sólo puedo decirle á usted una cosa: cómo aprendí á hacer lo que hago. Yo era joven, y estaba muy lejos de aquí, en la guerra, en los alrededores de Metz, en el ejército del mariscal. Habíamos andado mucho; estábamos extenuados, y al ser de noche, tres compañeros y yo, dimos con un ventorro. El ventero puso una botella de vino sobre la mesa, yo llené los vasos y me disponía á beber cuando se abrió la puerta y entró en la sala un peatón, un caminante tan cansado y tan lleno de barro como nosotros. «¿Quién me da una copa?» Nadie respondió. «¿Quién me da una copa? yo se lo pagaré». «¡Otra vez será!»—contestan los compañeros, y de un trago se bebieron su vaso de vino. Yo comencé también á beber, pero luego me paré. «Toma—le dije—aquí hay para los dos.» Cuando hubo bebido, hizo castañetear su lengua, y me dijo: «Ven afuera, voy á decirte una cosa.» No sé por qué, pero el caso es que salí. Y entonces me enseñó lo que sabía. Cuando acabó, abrió él mismo la puerta del ventorro y dijo: «Ahora entra otra vez; yo me voy; á cambio de tu vaso de vino te he dado una fortuna.»

La leyenda corría lo mismo que el albéitar y le precedía por todas partes. Desgraciadamente, acerca de él corría otra un poco más tenebrosa. En ciertas épo-

cas, dos ó tres veces al año, «según», como decía la gente, aquel hombre gordo, adelgazaba; se metía en la cama; sus facciones se alteraban profundamente; durante una semana no recibía á nadie, y hasta se aseguraba que ni siquiera probaba ese vinillo de Vouvray, del que siempre tenía en la cueva una respetable cantidad de botellas, que al destaparlas dejaban escapar una tenue humareda azulada, como la del incienso. «Estaría enfermo» diréis. Esto era precisamente lo raro. ¿Qué enfermedad padecía? ¿Por qué no permitía que le viesen sus amigos, si tenía alguno? ¿Por qué se metía en la cama precisamente cuando el Harlequier, el pastor de la Porchêe, se quejaba de dolores intolerables, y se revolcaba frenético y hecho un ovillo, en la pajaza de sus ovejas?

Las gentes del campo callan, pero todo lo observan. El pastor vivía en la granja que está en el lindero del bosque. ¿Qué edad tenía? Se sabía que una noche del mes de Mayo de 1900, el pobre mozo se había presentado en la granja con su perro, un perro negro, de ojos verdes, ofreciéndose como pastor. Nadie le preguntó nada, sólo le hablaron del salario que había de ganar. Y ya, á aquellas fechas, el Harlequier, lleno de miseria, —que es una enfermedad,—calado por la lluvia, zarandeado por el viento, atontado por la inmovilidad, el silencio y la soledad, parecía una de esas cestas de mimbre abandonadas en la cuneta de un camino de las que no se puede decir: «Es nueva, es vieja.» Su mirada huidiza, sombría, extraviada, sólo

la comprendían sus ovejas. Durante el día, el Harlequier recorría el llano lentamente, unas veces delante y otras detrás de sus carneros, que por temor al perro y al pastor, no se salían de filas. Con su zamarra al hombro, una zamarra que parecía un pedazo del arco iris, servía de percha para los estorninos que se posaban en él y se ponían á picotear la lana.

Jamás se le oía hablar. Sólo dos ó tres veces en todo el año comenzaba á quejarse y se quedaba en el establo, sin querer decir qué le dolía. El dueño de la Porchêe, que no es un mal hombre y que iba á visitar á su pastor y á preguntarle: «¿Quieres la sopa?» había observado que aquellos días el Harlequier tenía las piernas temblorosas y los zuecos y los pantalones mojados, llenos de barro, como el que ha estado corriendo toda la noche.

Durante tres años seguidos le estuvo preguntando qué le pasaba, sin obtener respuesta. Sin embargo un día, como volviera á interrogar con palabras afectuosas á su pastor, que en el suelo yacía medio muerto, vió que se incorporaba, sintió fijos en los suyos aquellos ojos que á nadie miraban y oyó una voz fuerte y ronca que le decía:

—Escucha: ¿Te asusta lo desconocido?

—Tal vez—contestó el amo.

—Si me tienes lástima no debe asustarte. Procura estar esta noche á las dos en la encrucijada de la Encina. Que no te acompañe nadie: no te haremos nada.

—¿Seréis muchos?

—Seremos seis, á dos de los cuales, por lo menos, conoces tú. Tres se irán por la derecha; los otros tres por la izquierda. Yo seré el último de los que vayan por la izquierda. ¿No dirás nada?

—No.

—¿Ni ahora ni luego?

—No.

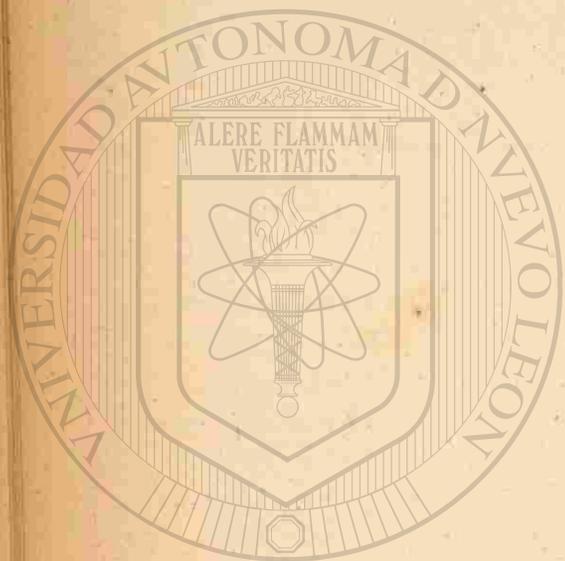
—Entonces llévate tu bieldo, y para salvarme procura hacerme sangre.

El amo de la Porchée no estaba muy tranquilo. Sin embargo, hizo lo que había prometido. Antes de las dos de la madrugada, en una noche muy fría de fines de otoño, hallábase en la encrucijada de la Encina. No había olvidado su bieldo de acero. Todo el campo estaba cubierto de escarcha y no se movía una hoja. Á la primera campanada de las dos, oyó: «¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!» Pero no vió nada. A la segunda campanada aparecieron en el camino seis perritos color de helecho seco, con el rabo entre las piernas, sucios, erizados, jadeantes, y que saltaban, corrían, brincaban, en persecución de una caza que no parecía por parte alguna. El colono tuvo miedo. Se colocó en medio del camino. Cuando el último perro iba á pasar por delante de él, le tiró con toda su fuerza el bieldo, que hirió al can en una pata.

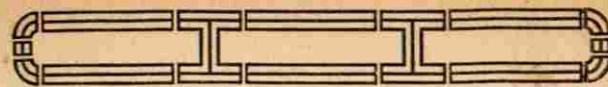
Escuchó un aullido. É inmediatamente el amo de la Porchée no vió más que cinco perros que se perdían entre las sombras de la noche. Pero á su lado estaba

su pastor, el Harlequier, que cojeaba y sangraba, herido en la pantorrilla.

De este modo, en las noches de invierno, suelo contar á mis sobrinos las historias que he adivinado, los secretos mejor guardados del mundo: los de la superstición campesina.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XXII

La cama de la tía Moineau.

Las viudas! Hace mucho tiempo que San Jerónimo ponderó su estado. Con su permiso continuaré hablando del mismo tema. Son modelos de caridad. ¡No todas, claro está! No hablo de la viuda que piensa incesantemente en su difunto para que se ocupen de ella, ni de aquellas de las cuales el anciano solitario decía que no eran viudas, verdaderamente viudas. Me refiero á las otras, á las que han tomado el partido de *haber sido*, á las que no desean parecer jóvenes y siguen su camino sin vacilaciones, modestas, capaces de pasar junto á la dicha sin envidiarla ni turbarla, pero solicitadas por el dolor como por un amor nuevo, más intenso que el antiguo. ¿Fueron dichosas? ¿Era fiel el difunto? No se sabe. Guardan silencio sobre lo pasado. Se adivina que aun lo recuerdan, pero á solas, en momentos determinados, cual religiosas que guardan cuidadosamente la lámpara y la llave para entrar sin testigos en las capillas secretas.

Muchas veces he tenido ocasión de comparar su modo de ser, de entender una empresa caritativa ó sociológica, de emprenderla, de desarrollarla, de defenderla, con el modo de ser de nosotras las solteras, ya seamos jóvenes ó viejas. Nosotras somos más á propósito para la acción; más impetuosas, más imprudentes, menos constantes y reflexivas. La audacia en el bien es una virtud propia de vírgenes. Decídes que tomen una barricada, que cuiden á un leproso, que iluminen una conciencia tenebrosa, que catequicen á una mundana, que convenzan á un ministro, que se pasen treinta años encerradas en el hospital: lo harán. Pueden escucharlo todo porque no lo saben todo, y, tal vez por esto mismo, pueden consolar todas las penas, y remediar todos los males. No hay miseria humana junto á la cual no se las vea. Con sus débiles manos, sin que el mundo lo sospeche, manejan ejércitos prontos á rebelarse. Las viudas son menos decididas. Como han vivido más, dudan más. Pero aconsejan, instan, son más pacientes; comprenden mejor que nosotras las penas, y no aman más á los niños, no; pero para hablar con las madres, todas tienen palabras, miradas, suspiros que van derechos al corazón. Todo el mundo se entiende admirablemente con ellas; no les ocultan nada. Y, además, la libertad de que gozan, las permite ser hospitalarias. Tal vez las viudas pobres sean las más admirables á este respecto. Véase si no la tía Moineau.

Toda su vida ha vivido en París. Los barrios le son

indiferentes, con tal de que el casero no la apure mucho para pagar el alquiler. Ahora vive en el *faubourg* Saint-Germain, porque después de cinco años de citaciones y de embargos, ya no la admiten en Batignolles. Paga difícilmente, pero no pide nada. Tiene una rentita insuficiente: el producto de las economías que pudo hacer cuando estaban de porteros junto á la torre de Saint-Jaques, á pesar de tener á su lado á Moineau que era, ¡ay! un derrochón. La desgracia mayor no es cenar una ensalada y un pedazo de pan. Tampoco lo es el tener sesenta años, reuma en las piernas y una nube en el ojo derecho. Si el invierno pasado hubiéseis visto salir de su casa á la tía Moineau, la hubiérais tomado por una persona «pudiente», con su pelo peinado en bandas, muy atusado y muy hueco; sus ojos negros, no muy bonitos y casi oculto el derecho por el párpado; su carita redonda; su pecho abultado; su vestido negro sin una mancha; un alfiler de azabache en el cuello de la chaqueta y sus mitones en las manos. Iba al mercado, con su canastito. Algunas veces volvía á su casa con el canastito vacío, cuando las verduras estaban caras. Pero, al verla, hubiérais dicho, lo mismo que sus vecinas: «La señora Moineau tiene una pena.» ¡Ya lo creo que la tenía! Su ojo malo lo pregonaba más claramente que el otro, pero de ambos brotaban lágrimas que el viento de la calle se encargaba de secar. La tía Moineau no ayudaba al viento con su pañuelo. ¿Qué la importaba que la viesen llorar? ¿No sabría pronto todo el mundo

que Josefina, su hija única, una muchacha que hasta entonces había sido muy honrada y que ya no lo era, la había abandonado hacía tres días? «¿Cómo no habrá podido sufrir veinte años de miseria cuando yo he soportado sesenta?»

No encontraba respuesta. La tía Moineau no había dejado de pensar en lo mismo ni en solo momento, cuando, al entrar en el mercado, dió sin querer, con el codo á una mujer que estaba parada en la acera y apoyada en la pared.

—¡Usted dispense, señora!

—¡No hay de qué!

—¡Toma! ¿También usted está llorando? Debe ser cosa del tiempo.

La tía Moineau, que no se creía psicóloga, pero que lo era, comprendió que había tropezado con la verdadera miseria y la verdadera desgracia.

—¿La ha abandonado á usted su marido?

—No, ya ha muerto.

—Lo mismo que mi difunto Moineau. Entonces, ¿qué le pasa á usted?

—Me han puesto en mitad de la calle, porque no pagaba la casa.

—También á mí me ha sucedido eso.

Y no tengo más que seis sueldos para mí y para este niño que está usted viendo.

Un arrapiezo de tres ó cuatro años se arrastraba por el asfalto.

—Es muy mono--dijo la tía Moineau.—Comerápoco.

—Manzanas, es lo único que le gusta; pero están tan caras...

—¡Ya lo creo! Usted no será su madre.

—No, su madre ha muerto.

La tía Moineau vió que la descarnada mandíbula inferior de la vieja se alargaba, y que sus ojos empezaban á parpadear aceleradamente.

—Si no necesita usted más que una cama, disponga de la mía. Hasta hace pocos días dormíamos dos en ella, yo y mi hija, que ya no volverá. Es ancha; usted no es gruesa. Pero, ¿y el pequeño?

Los párpados cesaron de moverse. El corazón dolorido, falto de esperanza, vislumbró la salvación. La vieja se inclinó, cogió con la mano derecha al niño y lo levantó para enseñársele á la tía Moineau.

—Abulta tanto como un gatito. Con un cajón bastaría.

—Yo buscaré uno, y un poco de lana para hacer un colchón. Porque, lo que es mantas, gracias á Dios no me faltan. ¿Tiene usted trabajo?

—Tengo más trabajo que salario, señora. Estoy en una verdulería, ayudando al despacho. Pero como soy vieja, no me dan más que cinco francos á la semana.

—¡Cinco francos! de algo servirán. Espéreme usted. La tía Moineau subió la escalinata del mercado más deprisa que de costumbre.

Volvió con el canastito casi lleno. Y las dos mujeres, llevando al niño en medio, se encaminaron á la

calle de Bellechasse. La tía Moineau explicó que vivía en el segundo, en un cuarto que daba al patio; que no tenía más que una alcoba, pero muy limpia, una cama grande de hierro, tres sillas, una mesa, un anafe para guisar y una cómoda: lo necesario. Cuando llegaron al portal de la casa, á la entrada del corredor, dijo:

—No me he acordado de preguntarle á usted una cosa: ¿cómo se llama usted?

—Marais; la viuda Marais.

Desde hacía un año, sobre poco más ó menos, la tía Moineau y la viuda Marais vivían juntas, sin tener más que una alcoba, una mesa, un anafe y una cama. Las vecinas se habían acostumbrado á tratarlas como á dos hermanas, unidas por la miseria, y que criaban al niño, aquella criatura encanijada, que después de todo, había nacido con suerte, puesto que tenía dos abuelas. No veían mucho á la tía Marais, ocupada desde que amanecía hasta que era de noche en la verdulería, pero seguían encontrándose en el descansillo, en la escalera y en las calles del barrio á la tía Moineau, la cual iba también á visitarlas algunas veces. Porque la anciana, aunque ya no podía trabajar, todavía tenía fuerzas para subir escaleras. La buscaban, la solicitaban, sobre todo las madres jóvenes que conocían su experiencia y sabían que era lo bastante complaciente y bromista para que el tiempo no pareciese demasiado corto ni demasiado largo en su compañía. Ella calculaba la leche para el biberón, vestía

á los niños, los desnudaba, los mecía, daba á la madre tisanas raras y de efectos prodigiosos, hacía calceta junto á la cama de la recién parida, contaba los chismes de todas las casas de la calle de Bellechasse y de la de Saint-Dominique, los inventaba cuando había vaciado el saco, ó bien, cuando se trataba de enfermas, seriamente enfermas, callaba, y se convertía en una enfermera abnegada, compasiva, capaz de permanecer inmóvil y silenciosa en un rincón de la alcoba, como la luz de una lamparilla que vela el sueño del durmiente.

Un día del mes pasado, la vecina que vivía más cerca de su casa fué á buscarla, diciéndole:

—La mujer de Grésil, la de la calle Vaneau, quisiera ver á usted; está muy mala. ¡Es lo de siempre, el pecho!

—¡La mujer de Grésil!

El que no ha entrado en una sala de un hospital parisiense, quien no se ha parado delante de una cama blanca, en donde reposa, con la cabeza levantada por la almohada, muy pálida, muy delgada, confiando aún en la vida, y, sin embargo, condenada ya, una costurera ó una modista, no puede imaginarse la emoción dolorosa y grata al mismo tiempo que causaba el ver á la mujer del plomero. No la habían llevado al hospital; la habían dejado en aquella salita del piso cuarto, algo desarreglada á la sazón, pero todavía alegre y risueña con sus muebles nuevos y sus cortinas rameadas. La Grésil tenía los ojos negros, unos ojos que

parecían más grandes por efecto de la enfermedad, unos ojos muy vivos, juveniles, acariciadores. Sólo por verla sonreír, entornar los ojos y decir: «Gracias, tía Moineau», se le podía hacer un favor. Cuando llegó la tía Moineau, estaba llorando. La regañó, empezó á bromear con ella, se estuvo á su lado toda la tarde, y no consiguió lo que quería. En cambio ella vió desvanecerse su alegría.

—Hija mía—dijo á la mujer de Grésil,—puesto que está usted triste y se cree muy enferma, debía usted recibir al Señor.

La carita pálida se movió en la almohada para decir que no.

—Yo bien quisiera, tía Moineau, pero aquí, en esta casa, es imposible. ¡Vive tan mala gente! ¡No puede usted figurarse! Hace seis meses, vino un cura á ver á una enferma como yo, y le insultaron, y hasta le pegaron tanto los de abajo, que no tuvo más remedio que marcharse. Ya no se atreve una.

—¿Su marido de usted consentiría?

—¡Ya lo creo! ¡pobrecillo!

La tía Moineau estuvo meditando un instante.

—Entonces, tal vez haya un medio. Usted dirá que va á que la curen á un sanatorio. Yo vendré á buscarla á usted en un coche,—no sé quién lo pagará, pero ya lo arreglaré,—y ocupará usted mi lugar, en mi cama, durante tres ó cuatro días. La Marais no es gruesa, se está muy quietecita y no duerme más de seis horas. Yo dormiré en una silla. ¡Hija mía, es preciso que acepte usted!

Y así fué. La carnícera pagó el coche. La Marais hizo limpieza «general», y puso en la cama el mejor par de sábanas. Dos inquilinas, dos jóvenes, dos mujeres desconocidas para la Grésil, la ayudaron á subir la escalera.

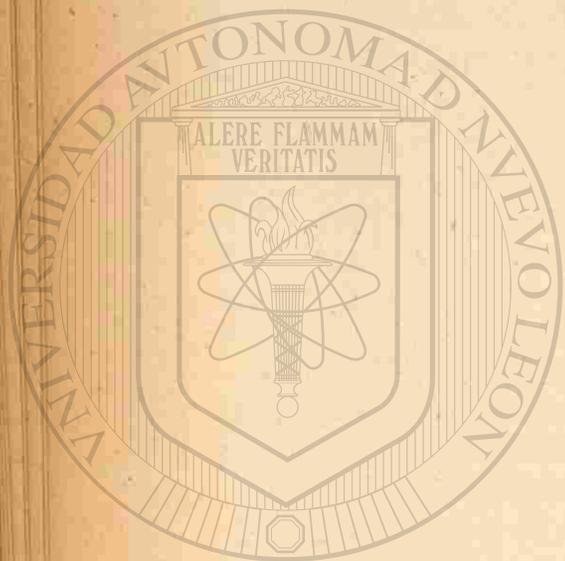
La enferma descansó dos días. Al tercero por la mañana, cuando llegó el vicario, vió muchas mujeres de rodillas y una vieja de pie, sosteniendo la cabeza de la enferma. Junto á la cama, sobre la mesa, se veía un crucifijo de plata muy pequeñito y un ramo de crisantemos que había enviado la verdulera.

—¿Es hija de usted?—preguntó el sacerdote á la tía Moineau.

—Casi, casi—respondió la anciana.

Y era verdad, y casi lo eran la Grésil y la tía Marais, y el niño que dormía en el cajón lleno de lana, y otras muchas personas, sin duda alguna.

¡Qué libro tan admirable podría escribirse con la caridad de los pobres!



XXIII

La aldea abandonada.

A fines de Septiembre, una invitación inesperada me hizo pasar unos días en un rinconcito perdido en la costa bretona. Mi condiscípula Juana, que es viuda y tiene dos hijas, ya mujeres, me escribió: «Estoy enferma, tú las pasearás. Estoy triste, tú me curarás.» Tomé el tren, pasé en él muchas horas y llegué á la estación que Juana me había indicado en su carta; pero aún estaba muy lejos de la casa de mi amiga.

El calificativo *perdido* es el que conviene al pueblecillo adonde yo iba, un pueblecillo perdido entre las olas del mar y las ondulaciones de la tierra bretona, lejos de los caminos de hierro, lejos de toda población de alguna importancia, desconocido para los bañistas, adivinado solamente por los automovilistas que van á Bretaña y que, por un momento, pueden ver desde lo alto de una colina, á dos kilómetros de distancia, dos playas separadas por un cabo, y allá, en el promonto-

rio, entre unos campos de avena y de centeno y una landa, un grupo de casitas blancas, evidentemente «desprovistas de interés.» Juana me había hecho la descripción del pueblo.

En el patio de la estación me esperaba un cochecillo. El conductor no era del oficio; era un colono que como tenía buenos caballos y gran afición á los ventorros y á la dulce sidra, consentía, mediante una retribución, y siempre que las labores del campo no se lo impidieran, en hacer la larga caminata que las paradas del trayecto prolongaban. Colocó mi equipaje en la trasera, hizo que me sentase á su lado, en el pescante, y, sin pedirme permiso, juzgándome tan hospitalaria como él lo era, invitó á subir al coche sucesivamente, á cuatro ó cinco amigos que nos fuimos encontrando en el camino, y que nos acompañaron durante media hora cada uno. Los tomábamos á la entrada de un sendero; los dejábamos un poco más lejos, á la entrada de una vereda. Incesantemente subíamos y bajábamos cuestras sin que la yegua acortara el paso. Dos manchones de blanca espuma marcaban á cada lado del lomo el sitio en que caía y se levantaba acompasadamente una correa de los arreos. El cochero, que estaba ébrio y cabeceaba en el pescante como un manzano en el mes de Mayo, la dejaba correr, con los ojos soñadores fijos en el espacio. Sonreía vagamente al peligro de los relejes y de las curvas, al encuentro brusco con los carros y los coches, contra los cuales estábamos siempre á dos dedos de embestir. Hubié-

rarse dicho que de lo alto le habían asegurado que no había de volcar nunca. Debía de creerse en el mar libre. Le pregunté:

—¿Cuántos kilómetros faltan?

—Tres ó cuatro leguas bretonas, sobre poco más ó menos.

En recorrer las tres ó cuatro leguas bretonas multiplicadas por él sobre poco más ó menos, invertimos toda la tarde; ante mis ojos desfilaron prados pequeños siempre en cuesta, siempre bordeados de olmos desprovistos de follaje; barrancos profundos, en el fondo de los cuales se adivinaba el agua por lo crecida que estaba allí la hierba; llanuras cultivadas; arboledas coronando las colinas, arboledas sin castillos, avenidas señoriales de un señor desaparecido; campos cubiertos de helechos y de matorrales en donde alguien, que ya no existe, ha debido sentarse para contemplar la sombra azulada de las cañadas y la luna que aparece en el cielo saludada por los grillos. El colono que guiaba el coche era un hombre taciturno, pero más que taciturno, tímido. Por algunas respuestas breves que conseguí de él, comprendí que era un hombre bastante bueno, pero que tenía miedo de dejar adivinar los sentimientos religiosos peculiares á su raza. Temía que le traicionasen, que le hiciesen víctima de vejaciones que me era imposible precisar. Allí, lo mismo que en las ciudades, tropecé con el miedo. Una mujer hubiese sido menos precavida y más valiente.

Al entrar con mi guía en la sala baja de un ventorro bastante bueno y muy limpio, ví junto á la chimenea, una repisa de madera forrada de papel dorado y adornada con conchas y candeleros de plomo, en la cual repisa había una imagen de la Virgen. Dos hombres, cada uno de los cuales llevaba del diestro dos caballos magníficos, enganchados á un carro lleno de fuco fresco, se pararon delante de la puerta y entraron, llevándose la mano al sombrero. Eran dos labradores ricos de la provincia, padre é hijo, y pocas veces he visto rostros de aldeanos de facciones tan bellas, tan correctas como las de aquellos dos bretones rubios. Pidieron un vaso de ron,—de qué Jamaica, ¡ay!—lo bebieron de pie, de un trago, y volvieron á emprender la caminata hacia su granja.

Llegué al anochecer, á la hora en que aún queda en el mar una vaga claridad en tanto que las piedras y los árboles están ya envueltos en sombras. No me había engañado Juana; ante mis ojos tenía yo el panorama inmenso y agreste que me había anunciado; rocas, playas inundadas y niveladas cada vez que sube la marea, y en las cuales no se ve una *villa* que interrumpa su graciosa curva; dunas cubiertas de plantas silvestres, campos sembrados, y dominándolo todo, el cielo. Mi amiga vive á un cuarto de hora de la costa, en un caserón solariego que seguramente no ha tenido jamás un amo pródigo, y que se ha quedado sin torreones, sin esculturas y sin parque.

Estamos en medio del campo, sin foso, sin cerca,

sin transición. Razón de más para estudiarle un poco. He tomado mis informes. Y tanto los hombres como las cosas me han hablado de su abandono.

El «puerto» ha sido cabeza de partido y ya no lo es. El viento de la costa del que se ha querido huir, una carretera de primera clase á la que han querido acercarse: he aquí las razones que han motivado este cambio. La iglesia nueva, la alcaldía, varias tabernas, la tienda de comestibles, el estanco y el correo, se han agrupado en lo alto de la colina, á dos kilómetros de la costa. Aquí no quedan más que casas viejas, unas blanqueadas, otras grises como la aulagas secas, en donde viven pescadores de maquereles y de congrios, aduaneros, picapedreros y dos ó tres labradores que tienen sus tierras junto al mar. La mayor parte de los labradores viven en granjas aisladas, diseminadas por el valle, ocultas tras los hayedos. ¡Paz profunda, idilios campestres, leyendas bretonas! ¡Ay! Todo esto podía existir, pero no existe. Todos estos pobres están, lo mismo que los ricos, divididos en vencedores y vencidos. En esta comarca, durante tanto tiempo plácida y sana de espíritu, las peores mentiras se van abriendo camino, y luego nadie puede reparar los estragos que hacen. Antes podía repararlos un hombre, el cura, siempre que fuese un verdadero sacerdote. Pero se han dado tan buena maña para hacerle blanco de todas las desconfianzas y de todos los odios, que la mitad de sus feligreses no tienen ya ningún guía, ninguna persona que les dé ejemplo cuando sea necesario re-

solver una cuestión moral, social ó patriótica; ni cuando se trate solamente de evitar una falta contra la higiene ó contra el buen gusto.

La iglesia antigua estaba edificada en la ladera de una landa, junto á los acantilados; era de granito rojo, de un estilo bellissimo del siglo XIII; parecía una fortaleza por el espesor de sus paredes, y ostentaba columnas y gran número de ventanas de gran pureza de líneas. Con que hubiese habido un feligrés cuidadoso, con que hubiese vivido en el pueblo un hombre de buen gusto, se hubiese conservado esa venerable joya. De la nave ya no quedan más que las paredes. El coró es lo único que está intacto. Sirve de capilla para la población del puerto. Cuando se entra en la sacristía se ve, á través de una ojiva, el mar, que está á una profundidad de cuarenta pies, y las crestas de los escollos, siempre rodeados de espuma, y el cielo, que tan á menudo toma en Bretaña un color violado, como los brezos marchitos.

Una mujer me ha dicho: «Hay aquí una viuda que cura á los enfermos, que asiste á las que dan á luz y hace lo que puede para que nadie pase hambre ni frío en el invierno. Todos la quieren, excepto los que la «compadecen» porque es devota. Es una verdadera hermana de la caridad. Su marido era piloto muy lejos de aquí. Tiene para vivir, pero ya no tiene para dar, y yo sé lo que esto la hace sufrir».

He escuchado otra frase, una de esas frases que me conmueven, porque son, sencillamente, el resumen de

lo que siente un alma que rara vez deja traslucir lo que siente

Por casualidad la pronunciaron delante de mí. Yo subía por los sembrados al obscurecer, y me dirigía á la casa de mi amiga. En la encrucijada, en el lindero de las tierras, había una tartana. El hombre que llevaba del diestro á los caballos, un buen mozo, el mismo que vi entrar con su padre en la posada el día de mi llegada, levantó la mano, cogió las riendas y detuvo los caballos. No lo hizo para que éstos descansasen. Acababa de ver al único «bañista» que había ido á aquel pueblo desierto, un abogado del Este, desconocido aquí hace tres semanas, y á quien, sin embargo, la gente del pueblo y del campo ha tomado cariño; hacía por él lo que tal vez no hubiese hecho por su amo: procuraba hablarle sin ningún interés, por pura simpatía. ¿Qué había sucedido? Nada que no fuese natural, al parecer. Este forastero, como tantos otros, había querido conocer á los marinos, á los aldeanos, á los niños, á los viejos, á los pobres. En los encuentros fortuítos, les había dado los buenos días y cambiado con ellos algunas palabras; pero, contra lo que hacían otros forasteros, había mostrado un corazón sin curiosidad, sin vanidad, un corazón amigo y abnegado; también había conseguido reunir una vez, una vez sola, en un pajar cedido por Juana, á las familias de los colonos vecinos, y les había contado historias en las que revivía Bretaña y de las que Dios no estaba excluido. Los oyentes de la semana anterior, paraban á

la sazón á su amigo en los caminos. Y esto es lo que hizo el colono en la encrucijada.

—¿De modo que se marcha usted mañana?

—Sí.

—¿Volverá usted otro año, no es verdad?

—Tal vez.

Y el apuesto bretón respondió gravemente, estrechando la mano del forastero que se marchaba:

—Procure usted volver. Porque no hace más que un mes que está usted entre nosotros, y, sin embargo, parece que ha nacido usted aquí.

El carro siguió su camino. Yo me metí por el sendero. Pero no podía olvidar las palabras de aquel aldeano, filósofo sin saberlo, y que acababa de expresar el afán de una sociedad rural, incompleta y apenada por su abandono.



XXIV

La quinta de la Rueca.

HABÍA muchas quintas de la Rueca en la Francia que conocieron nuestras abuelas, muchas granjas y hogares en donde se conservaba la costumbre de hilar el lino con el que luego se había de tejer el lienzo para las sábanas y las camisas. La quinta de que os hablo y que lleva el nombre del instrumento que todas las manos de mujer, las manos rudas y las manos blancas hacían girar, está situada en un lugar agreste é inmediato al mar. Le llamo agreste, porque en él hay pocos caminos á través de los campos, aulagas en las cunetas, palabras del dialecto del país en las bocas de los aldeanos, y en el corazón de todos los habitantes, sean nobles, burgueses, artesanos ó labradores, una secreta desconfianza hacia todo lo que viene del extranjero por tierra, tanto hacia las mercancías como hacia los comerciantes, y hasta hacia las ideas: en cambio lo que llega por mar es generalmente bien re-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año: 1625 MONTERREY, MEXICO

cibido. La casa, construída con morrillo, techada con fuertes tejas de pizarra cubiertas de verdín por la humedad, tiene al Oeste un jardín y al Este un prado, que la rodean de aire, de luz y de un perfume de flores ó de hierba. Delante del jardín hay un bosquecillo de encinas cruzado por el mal empedrado camino. Y el parque, es todo el campo que hay en torno de la casa, los sembrados separados unos de otros por senderos llenos de árboles, los minúsculos barrancos que llevan hacia la costa arroyos invisibles, las inúmeras verdas, desiertas siempre, excepto en la época de la siembra y de la recolección, y que en el medio tienen un reguero de finísimo polvo en el que la patita de un gorrion, de una ardilla ó de una liebre imprime una huella persistente. Pero no hay, en muchas leguas á la redonda, nada que iguale en belleza al hayedo de la quinta de la Rueca.

Si alguna vez pasáis cerca la reconoceréis por lo que voy á deciros. Del hayedo arranca un camino que baja hasta el mar describiendo un semicírculo. Al principio, la pendiente es suave, pero no tarda en tornarse más rápida, y el sendero se interna en un barranco cuyas paredes tienen diez metros y hasta veinte de elevación; está obstruído por pedazos de roca que arrastran los torrentes durante el invierno; hace un recodo, y de repente se espacia para recibir la alegría del agua corriente. Una pequeña pradera y un reducido arenal le separan de la bahía. En aquel punto se puede desembarcar. Hay allí una roca con

un poste para amarrar las embarcaciones. Lo maravilloso es que el barranco es un camino cubierto y que las hayas de cada ladera se inclinan hacia la de enfrente y cruzan y entrelazan sus ramas por encima del sendero. Á lo largo de las pendientes brota el musgo entre sus raíces; tienen troncos muy cortos, que á poca distancia del suelo esparcen sus ramas, troncos que se «abren en abanico» y que son de un gris rojizo durante el otoño y aparecen veteados de azul cuando se renueva la savia. Apenas si se adivinan las ramas altas que se elevan por encima de este túnel de follaje. Toda su sombra, todo su ramaje, todos sus rumbos, todo el perfume de sus hojas caídas pertenecen al sendero. El sendero es de la quinta de la Rueca.

La mujer que vivía en la casa—de esto hace aún pocos años—no había salido de la quinta desde el día que se instalara en ella á raíz de su matrimonio, y en ella había vivido dichosa y rodeada de gente, y en ella vivía á la sazón completamente sola, pues era viuda y no tenía más que un hijo, que todos los años pasaba el mes de Agosto en la quinta de la Rueca. Llegaba de París en un tren que se detenía á la entrada del puertecillo, al otro lado de la bahía, y tomaba un bote para atravesar el brazo de mar. La señora de Guéméné le esperaba en la playa, á la sombra de la última haya. Juntos subían luego por el camino cubierto y tortuoso, por aquel camino maravilloso que les era tan querido como la cubierta de un libro que encerrase sus pensamientos. Se paraban para manifestar su conten-

to por volverse á ver:—¡Tienes buena cara! —Es la alegría! —¡Y estás hecho un hombre! ¡Todo un hombre! Con tu hermosa barba rubia, en Oriente te tomarían por un personaje, serías negociante! Mírame, ¿sabes que has crecido? Me maravilla el tener un hijo tan grandullón. —Y á mí el tener una madre que no envejece. —¡No se te ve una canal!

La señora Guéméné, una mujer pequeñita, de facciones delicadas, que estaba muy cerca de los cuarenta, había conservado de su juventud, tal vez de su infancia, una sonrisa seductora que la edad había embellecido prestándola una expresión melancólica. Su hijo desembarcaba preocupado con el movimiento de París. Hablaba de proyectos industriales tan variados como la inventiva humana, proyectos que había estudiado y que le apasionaban; de teatros, de exposiciones, de conciertos y del torbellino mundano, es decir, del círculo bastante reducido en el que vive cada cual. La madre le escuchaba; aquello la interesaba, hasta la entretenía algunas veces; jamás le inspiró envidia. Y él se maravillaba de ello.

—Para mí es un misterio—decía.—¿Cómo puedes vivir todo el año sola en la quinta de la Rueca? El verano, pase: vienen á verte algunos vecinos del campo, ó los bañistas instalados en los hotelitos de la costa; tienes una temporada al lado á tu hijo. Pero, ¿y el invierno? ¿y la primavera? ¿y el otoño? Confiesa que las conversaciones con tus colonos, tus lavanderas y tu jardinero no serán muy entretenidas...

—Muy entretenidas, no; pero tampoco tengo edad de divertirme, hijo... Son más animadas de lo que crees. Y, además, olvidas que tengo otro interlocutor.

—¿Cual?

—Yo misma, y que con nosotros mismos sólo hablamos bien en el desierto.

—¿Y, de qué hablas contigo misma?

—De tí, sobre todo.

—¡Si ya casi no me conoces!

—Te conozco lo bastante para pensar, prever y preocuparme; ¡ya ves que esto es vivir!

Las corpulentas hayas verdes los oían reír.

Desde hacía algún tiempo, Guéméné sentía que aumentaba su admiración hacia su madre. Había llegado á esta conclusión que tomaba por un descubrimiento: su madre debía ser una mujer de una inteligencia superior, y era una lástima que viviese tan retirada. ¿Cómo no había caído antes en ello? «Qué cortos de alcances somos—pensaba—los que no hacemos más que amar á nuestras madres y no comprendemos su mérito casi hasta el momento de su muerte!» Lo dijo, y su madre tuvo el suficiente talento para echarse á reír otra vez.

—Creo que estás equivocado, hijo mío—contestó.—Las mujeres adivinan las cosas más fácilmente y mejor que los hombres. Poseen una ternura perspicaz, que no depende de su condición, que se consagra á sus hijos en primer lugar, y después á todo el mundo. El haberse preocupado muchas veces por la suerte de

nuestros semejantes, por las almas, los cuerpos y las fortunas, es poseer una gran experiencia y casi un salvoconducto. Para no salirse del camino recto en la vida, no se necesita—afortunadamente—una inteligencia superior; basta con aprovechar esa débil claridad que proyectan sobre los callejones las calles muy concurridas. Además, se necesita otra cosa: lo que yo llamo buen deseo.

—¡Esta cualidad sí que es rara!

—Mucho. Decidirse de buena fe; sacrificar lo que nos es querido á lo que es justo; olvidar lo que se ha deseado para ansiar otra cosa; eso es lo difícil y lo que ocasiona las enemistades entre los hombres...

Aquel á quien su madre hablaba de esta suerte, era sin duda demasiado joven. No respondió, pero pensó: «Esto no son más que palabras; nadie puede desear lo que no es de su agrado, no ya siempre, ni siquiera con frecuencia.»

Y transcurrió un año. Al año siguiente, las hayas del camino que hace un recodo vieron pasar á tres paseantes en lugar de dos. Guéméné había llevado á su esposa á la quinta de la Rueca; le había dicho: «Mi madre ha cambiado mucho desde hace seis meses; está muy débil; es necesario tratarla con muchas consideraciones; si te pide que nos vayamos á vivir con ella, claro está que no lo haremos, pero déjale que se haga esa ilusión.» El día de la despedida, la madre bajó con sus dos hijos hasta la playa en donde atracaba el bote. Ella misma lo desamarró y dijo:

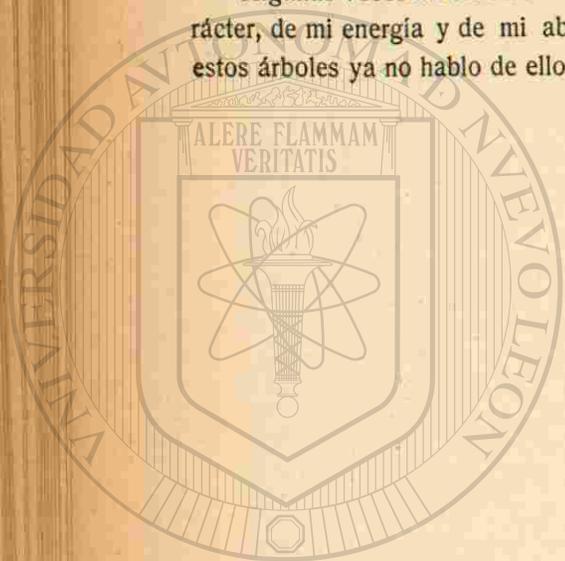
—¡Hasta el año que viene! Confío en que entonces seremos cuatro.

Pasó mucho tiempo. La señora de Guéméné había envejecido mucho, tanto que para ir á esperar á su hijo había tenido que pararse al comienzo de la cuesta bordeada de hayas. No era éste el regreso alegre, esperado, preparado durante once meses de soledad. Los árboles, sacudidos por el viento frío del mar, agitaban más ramas secas que hojas. Guéméné volvía arruinado, desesperado. Abrazó llorando á aquella criatura acabada por los años, y cuyo rostro desaparecía bajo infinidad de toquillas. La anciana no le echó nada en cara; tuvo la sublime caridad de afectar que creía cuanto él decía, y la de escuchar hasta el fin á un hombre á quien la pena hacía desbarrar. «He tomado una resolución—decía—que te agradará: me vuelvo á la quinta de la Rueca; ya no sirvo para nada; ya no trabajaré más, y no debía haber trabajado, puesto que he sido vencido; viviremos juntos; te pido hospitalidad.» Cuando concluyó de decir estas frases retumbantes é inútiles, la señora de Guéméné levantó una mano que temblaba ligeramente, como cuando firmaba un contrato de arriendo. «No—dijo—la administración de mis tierras será muy fácil desde hoy en adelante; tú sirves para algo más; acabo de vender dos granjas; con el importe de una pagarás tus deudas, con el de la otra podrás seguir la vida que hasta ahora has llevado.»

El hombre que me contaba estas cosas, una tarde de

otoño, en los acantilados de la bahía, me señalaba el barranco en el que se mecían las copas ya amarillentas de las hayas. Y añadió:

—Algunas veces me he atrevido á hablar de mi carácter, de mi energía y de mi abnegación; pero ante estos árboles ya no hablo de ello.



XXV

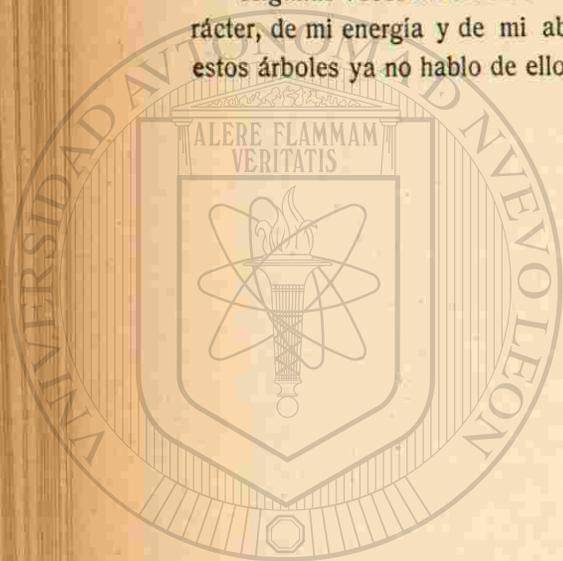
Los ojos.

Los hay que lo dicen todo; los hay que no dicen nada; la mayor parte sólo expresan una ó dos cosas, siempre las mismas.

Desde que la literatura comenzó á celebrarlos, en prosa ó en verso, nuestros ojos son un asunto que aún no se ha agotado. En ellos busca el amor y rara vez el pensamiento. Nos tratan muy mal infinidad de poetas que no escriben para disgustarnos. En nosotras sólo aman el amor que por ellos sentimos ó podamos sentir, y nos condenan á representar siempre el mismo papel y á no pasar de cierta edad. Algunos, los más grandes han dado muestras de un realismo extraordinario. ¿No es Homero el que habla de diosas y de mortales «de ojos de becerro?» Quería expresar el gran tamaño de esos ojos, su placidez, sus densas negruras en las que sólo se reflejan los campos y las hierbas. Gustaba de emplear imágenes pastoriles. Y confieso que ésta, por desagradable que sea, la he

otoño, en los acantilados de la bahía, me señalaba el barranco en el que se mecían las copas ya amarillentas de las hayas. Y añadió:

—Algunas veces me he atrevido á hablar de mi carácter, de mi energía y de mi abnegación; pero ante estos árboles ya no hablo de ello.



XXV

Los ojos.

Los hay que lo dicen todo; los hay que no dicen nada; la mayor parte sólo expresan una ó dos cosas, siempre las mismas.

Desde que la literatura comenzó á celebrarlos, en prosa ó en verso, nuestros ojos son un asunto que aún no se ha agotado. En ellos busca el amor y rara vez el pensamiento. Nos tratan muy mal infinidad de poetas que no escriben para disgustarnos. En nosotras sólo aman el amor que por ellos sentimos ó podamos sentir, y nos condenan á representar siempre el mismo papel y á no pasar de cierta edad. Algunos, los más grandes han dado muestras de un realismo extraordinario. ¿No es Homero el que habla de diosas y de mortales «de ojos de becerro?» Quería expresar el gran tamaño de esos ojos, su placidez, sus densas negruras en las que sólo se reflejan los campos y las hierbas. Gustaba de emplear imágenes pastoriles. Y confieso que ésta, por desagradable que sea, la he

recordado muchas veces. En un tranvía, en el tren, en la calle, en un salón, la mirada de una vecina, de una transeunte me ha hecho pensar: «¡Tiene razón! ¡Oh! anciano que sabías cuán crueles verdades puede encerrar y ocultar una palabra elogiosa! Las jóvenes griegas, sonreían orgullosas de que un poeta tan grande admirase sus ojos. Había puesto en verso los pensamientos de sus amantes. Lo demás importaba poco.» Los modernos han inventado ó repetido cien fórmulas, en las que parecen más prendados del color que de la forma de los ojos; en las novelas y en los tomos de poesías, he leído mucho sobre el irresistible atractivo de los ojos color de violeta, ó negros como la noche, ó jaspeados, ó azules, ó de color de lino. Pero casi siempre, estos ojos son ojos que aman. Y me parece á mí que he encontrado en el mundo, con más frecuencia que esos escritores, ojos que piensan. ¡Qué cosa tan sublime! ¡La belleza que piensa! Atrae é intimida; gusta de acercarse á nosotros, nos habla, nos sonríe, pero guarda en sus ojos la inmensidad desconocida de dónde viene, en dónde ha estado completamente sola, adónde volverá, adónde la llevaron sus alas que ha plegado un instante, por compasión hacia nosotros.

Esta emoción deliciosa y cruel me la han hecho experimentar algunas religiosas, sobre todo una á quien conozco mucho. Es bella y no lo sabe. No se mira al espejo cuando se ajusta su toca y se prende su velo. Si fuese fea, sus compañeras la acogerían

con las mismas muestras de cariño fraternal. Cuando entra, y me mira frente á frente y dice: «Buenos días», parece que con ella entra un rayo de sol. Cuando añade: «¡Cuánto me alegro de verla! Deme usted noticias de todos aquellos á quienes amo. ¡Me acuerdo tanto de ellos! ¿En dónde está éste? ¿Qué hace? ¿Y aquélla? ¿Y la otra?» Siento pasar sobre mí, como un ola inmensa y formada en alta mar, todos los pensamientos de aquella alma, toda su ternura, todos sus recuerdos, y algo desconocido, sublime y delicioso, ante lo cual caería de rodillas; pero ella no lo consentiría.

Recuerdo también una mujer á la que jamás veré y que sin embargo, me ha hablado, me ha mirado, y ha dejado en mi corazón la imagen de sus ojos claros. El recuerdo es aún reciente. Viajaba yo por Inglaterra y me detuve, un día, en una ciudad universitaria. Me hospedaba en casa de uno de los directores de ese célebre colegio en donde sirven de marco á la juventud las paredes esculpidas y musgosas, los claustros, el parque á orillas del río, los olmos venerables, y todo el pasado vigoroso y poético. Habíamos visitado la biblioteca, llena de tesoros amados,—hay tantos en otras partes que no lo son,—la iglesia en donde los sillones de los monjes y los canónigos de otros tiempos se conservan piadosamente por los actuales poseedores, y por último, subimos á las habitaciones particulares del director, á esperar el almuerzo que debía tener lugar á las dos y media. Me puse á examinar una se-

rie de retratos de los alumnos más distinguidos del colegio; fotografías ó grabados colgados en las paredes del recibimiento. También había reproducciones de cuadros ingleses ó italianos, pocas y escogidas, iluminadas por la luz que penetraba por los grandes ventanales. Y de repente exclamé:

—¡Oh! ¡Qué maravilla!

El anciano profesor inglés, muy delgado, muy grave, con el pelo completamente blanco, no me respondió; pero ví que se emocionaba.

—¿Quién es esta mujer admirable? ¿Es un cuadro antiguo? ¿Quién lo pintó? En el rostro no se adivina la fecha en que fué ejecutado. Esa mujer es inmortal.

—Aún vive—me dijo.

Era una fotografía de un tamaño menor que el natural. La cabeza levantada y vuelta hacia el espectador, recordaba por sus líneas esas esculturas antiguas que tan intensamente expresan el reposo, el equilibrio, una especie de armonía más que humana. Nada de gracia picaresca, nada de afeites: tenía las mejillas llenas, la boca regular, el pelo abundante y vaporoso, rubio seguramente, levantado en torno de la frente. Lo que causaba admiración eran sus ojos. Sus ojos claros y profundos, ardientes y como exentos de la preocupación de parecer bellos. ¿Por qué casualidad al mismo tiempo que su imagen habían entregado su majestad, su secreto y hasta su pensamiento que había quedado grabado en aquella hoja de papel? No lo

sé. Yo hablaba con ellos como con unos ojos llenos de vida. En ellos admiraba una inteligencia lozana y audaz, pletórica de ideas que no se encuentran en los libros, pero que halla el espíritu en sus viajes á través del mundo y que le siguen por sí solas, sin atormentarle, como el sol á los veleros. ¿Cuál era la patria de aquella mujer extraña? ¿A qué clase de sociedad pertenecía? ¿Era rica ó pobre? ¿Culta, ignorante, desconocida ó ilustre? Nada había que lo indicase. El vestido, un poco escotado y dejando ver el nacimiento del cuello, parecía ser de una tela oscura y común.

Mi huésped me había hecho ya señas varias veces, pero no pudo conseguir que yo le hiciese caso. Por detrás de nosotros habían pasado algunos bultos sin que yo comprendiese lo que aquello significaba. El anciano gozaba silenciosamente con mi admiración. Al fin, me dijo:

—Es el retrato de la mujer de un poeta escocés, también poetisa. Es una de nuestras amigas más queridas, á pesar de la diferencia de edades. La fotografía que le ha llamado á usted la atención y que es una obra maestra, está hecha por una antigua criada de casa. Sí, por una criada que era, sin saberlo, una artista genial.

—La verdadera obra maestra, caballero, es el modelo.

El anciano humanista se volvió hacia mí. Una viva alegría, la de un recuerdo predilecto, hacía temblar las blancas pestañas que orlaban sus párpados. Respondió con lentitud apasionada:

—Dice usted bien. Cuando nos honró con su visita, hace ya tres años, yo estaba en el fondo del jardín. Me llamaron. La ví de pie, al sol, en lo alto de la escalinata. El viento jugueteaba con sus cabellos de oro. Me miraba acercarme, me miraba con esos ojos de los cuales la fotografía no puede dar sino una idea vaga. Jamás he visto nada que más se pareciese á un sueño.

Se inclinó.

—Señorita—añadió—hace ya diez minutos que mis invitados y mi familia han bajado al comedor. Si usted gusta, iremos á reunirnos con ellos. Y ello me costará tanto trabajo como á usted.

Los ojos que piensan, los ojos de mujer, en los cuales hay algo más que cariño, los he visto en todas partes, hasta en el campo. En las granjas, en las aldeas, viven seres superiores. Había una mujer que tenía en la mirada un poder singular y que vivía en nuestra Beauce, en donde no siempre son muy agudos los entendimientos, y en donde el pensamiento no está fijo en el cielo ni en los límites extremos de la tierra. Se llamaba Fernanda. Ella y su hermana Luisa eran las mejores costureras del pueblo. Ambas, atareadas desde por la mañana hasta por la noche, y desde el 1.º de Enero al 31 de Diciembre, sin holgar más que los domingos, trabajaban unas veces en su casa y otras fuera de ella, pero siempre para los demás. Decían: «Se parecen tanto que todos las creen mellizas, y ambas se han olvidado de ser tontas». Este olvido no se lo per-

donaban fácilmente. Ellas se vengaban chismorreando á más y mejor, sentadas una junto á otra, mientras que transcurría el día sin que cesase el ir y venir de la aguja. Su elegancia, su esbeltez, sus negros ojos y sus rostros sonrosados, eran igualmente ponderados por todos. Las viejas, que ya no son voto en la materia, decían: «Si yo tuviese que escoger, no sé por cuál me decidiría». Pero, si ambas tenían la imaginación viva, Fernanda era la única que poseía ese corazón inquieto que el trabajo del día no consigue adormecer. Estudiaba la fisonomía de las personas y de los animales; sacaba siempre una consecuencia de las historias que le contaban; saboreaba la belleza de los crepúsculos; pensaba en el mundo, que no conocía, y hasta en la muerte, y todo esto era causa de que su alma fuese más grande que la de su hermana Luisa. Pero, en nada se advertía, y, para todos sus convecinos, eran perfectamente iguales.

Una noche que por casualidad habían trabajado separadas, una en su casa y la otra fuera de ella, Fernanda, que volvía de una de las granjas situadas en la cima de una de nuestras grandes lomas boceronesas, encontró á Luisa muy cambiada, inquieta, caprichosa y silenciosa contra su costumbre. «¿Qué te pasa esta noche?» Observó, pronto descubrió que Luisa no estaba triste; á poco adivinó el secreto. ¡A Luisa la amaba un hombre! ¡A Luisa se le había declarado aquella tarde un pretendiente! Luisa se preguntaba si correspondería á aquel amor, y la duda no era ya posible.

¿Por qué estaba preocupada? A media noche, como estuviesen todavía hablando y Fernanda preguntase por vigésima vez: ¿Qué te pasa? Luisa se levantó de repente, la miró con dureza, y la dijo:

—¡Me dan miedo tus ojos!

La asustaba la expresión de aquellas pupilas. El pretendiente volvió, y Luisa tuvo buen cuidado de citarle en el otro extremo del pueblo, en el jardín de una amiga. El pretendiente era un buen hombre, algo tosco, que no tenía aficiones de conquistador y que se contentaba con los ojos de Luisa y con los ahorros de la joven. Sin embargo, á los tres meses de «hablar» con Luisa, ocho días antes de la boda, las mellizas se separaron.

Fernanda, hecha un mar de lágrimas, vino á verme. Se marchaba. Iba á ganarse la vida á otro pueblo en donde tenía una parienta. Lloraba, acusaba á su hermana, y decía:

—¡Míreme usted, señorita! ¿Acaso soy yo una coqueta?

—¡Oh! no, Fernanda!

—Pues bien, señorita; á pesar de ello mis ojos tienen la culpa de que me marche! Mi hermana está como loca. Creerá usted que ayer me dijo: «¿No puedo resistirte. Cuando clavabas los ojos en mí, miro á ver si él no está delante?»

Yo la miré. Y sin decir nada, eché la culpa de todo á la que se marchaba. Sus ojos eran de los que piensan, los de la otra de los que no hacen más que amar.

XXVI

Fraternidades.

CUANDO un remedio se ha empleado durante mucho tiempo, cuando ha sido ensalzado y premiado por los Institutos, anunciado en las esquinas, ponderado en los periódicos, cuando ha enriquecido á un boticario y dado bastante á ganar á infinidad de corredores, llega un instante en que el medicamento desaparece casi súbitamente. Ha sido reemplazado como un empleado que se ha portado mal. Pasa á la historia. Los médicos jóvenes se ríen cuando oyen hablar de él; los viejos también, por olvido. Ha concluido. ¿Sirvió? Difícil es decirlo. La enfermedad subsiste, y se ensaya para combatirla una nueva ilusión, orgullosa, exclusiva. Tal es la suerte de los remedios. Pero he observado que las pastillas, los jarabes, las pastas pectorales, en una palabra, las golosinas terapéuticas se sustraen á esta ley. Viven siglos y siglos alegremente, como sus hermanas las tisanas, las cuatro raíces, la manzanilla, el cocimiento de manzanas de la reina, la malva y el malvabisco, y me parece que la causa prin-

cipal de esto es que se nos presentan sin pretensiones. Ninguna de estas medicinas ha afirmado jamás: «Yo os curaré.» Prometen sólo calmar nuestros males, y su éxito no es fugaz.

Lo mismo pasa con los remedios sociales. El amor fraternal, el saludo de una persona á otra, el hombre que sabe decir «buenos días», los ojos que saben compadecer, los oídos que saben escuchar, hacen más por la paz del mundo que todos los sistemas. Hay un arte que enseña á no hacerse odioso, que es tanto más complicado, cuanto más elevada es la posición social y más evidente la opulencia. Se encuentran dos obreros: el que le ofrece al otro un vaso de vino tiene la seguridad de haber cumplido sobradamente con las leyes de la cortesanía. Pero el señor alcalde, que atraviesa por la mañana el pueblo y se dirige á la alcaldía, ¡qué excelente diplomático ha de ser para no ofender á nadie! «Tío Tal, señor Cual, caballero, amigo mío», en cuanto ve de lejos á una persona debe elegir el tratamiento que el protocolo determina. ¡Que no se equivoque! ¡Que no confunda los términos! De hacer tal, su popularidad quedaría muy mal parada. Y la perdería por completo si dejara de ser: bondadoso con el alcohólico impotente que reclama á la sociedad el refugio á que tiene derecho todo borracho; familiar con el chiquillo que se dirige á la escuela; amable, tierno, dominado por cuatro cariños, completamente administrativos, si encuentra una madre seguida de sus tres hijitas; digno con el maestro, su superior, aunque

tal cosa sea un secreto; digno también con el bombero, cuyas sollicitaciones de crédito para la bomba inútil agobian al presupuesto municipal; confiado con el peón caminero que engaña á su alcalde; cordial y reservado con el cura, ya que en estos tiempos no se puede ser clerical impunemente. ¡Pobre hombre! ¿No es verdad? Y eso suponiendo que ocupe una posición modesta, suponiendo que sea un labriego enriquecido ó un comerciante retirado. Pero si vive en un «castillo», —bien lo haya heredado ó comprado, que esto importa poco— ya no es habilidad, flexibilidad, bondad, lo que necesita para ser popular, sino talento. A la menor palabra invocan en contra suya la historia de Francia, esa historia adulterada de la que se sirven como de una piedra para afilar todas las armas de hoy. La juventud no es una excusa, os lo aseguro, y el parecer rico no es una falta insignificante. Porque muchas veces la opulencia que nos envidian no existe más que en la imaginación de los pobres. ¡Tienen una idea tan extraña de la fortuna! En cuanto ven á un hombre que no se ocupa en un trabajo manual, le atribuyen una fortuna inmensa que nadie sabe de dónde procede, y á la que acompañan, ¡ay!, toda clase de vicios. Le juzgan avaro, orgulloso y «sin corazón». Las pruebas para demostrar lo contrario, son difíciles de exponer, y fáciles siempre de destruir.

Para barrer las salas de nuestro dispensario en París, teníamos un viejo que había sido peón caminero, de rostro amoratado y temo que de ideas avanzadas,

el cual entró en el dispensario por equivocación un día que estaba ebrio y no tenía trabajo, según decía. Es un fauno que se ha tornado respetuoso á la vejez. Su barba hirsuta, sus ojos inyectados en sangre, su voz siempre bronca, imponen respeto, durante corto tiempo, á las madres del barrio que llevan sus hijitos á que los vea el doctor. En cuanto van dos veces ya no le tienen miedo. Pero la primera le escuchan, hacen menos ruido y se sientan en la silla que él les indica. Con esto se contenta, se cree un personaje importante. Las viejas como yo tenemos cierto derecho á reprender, aunque debemos sujetarnos á innumerables condiciones: evidencia y gravedad de la falta, prolongada tolerancia antes de la reprimenda, dulzura en la expresión, en la voz, en el gesto, etc. Pero las jóvenes, las pollitas, á quien un sentimiento caritativo conduce una ó dos veces por semana á este almacén de muñecos, ¿creéis que pueden juzgar al «obrero»? Pues no. Y esto lo olvidó la señorita de Saint-Franchy, esa preciosa criatura, dos veces aristócrata, descendiente de una antigua familia irlandesa por su madre y de una noble rama nivernesa por su padre, la más linda de nuestras auxiliares, pero la menos iniciada en ese conocimiento del orgullo, que es el principal fundamento de la ciencia de mandar.

Al entrar ayer mañana en el dispensario, vi que la sala de espera no estaba arreglada. Los bancos y las sillas no aparecían colocados unos frente á otros. Por el suelo había hilachos, pedazos de algodón en rama,

migajas de bollos y la cabeza de una muñeca. Entré en la sala de consultas. La señorita Saint-Franchy se ocupaba en apuntar las observaciones médicas del día anterior. No estaba sonrosada, sino roja. Levantó la cabeza.

—Qué quiere usted,—me dijo.—Pedro se niega á barrer, á limpiar el polvo, á colocar un banco en su sitio, á todo, á todo...

Llamé. Pedro no acudió. Me dirigí entonces á la habitación en que guardamos nuestro archivo y nuestras medicinas, y abrí la puerta que da al patinillo; allí estaba Pedro, muy encarnado también—como siempre, por supuesto—y lavándose las manos, como hace todas las mañanas cuando «termina su trabajo».

—Pedro, ¿y la escoba?

—Ahí la tiene usted, señorita.

Y con la mano mojada me señaló la escoba, que estaba caída en el suelo.

—¡Vaya con Pedro! ¿De modo que me deja usted?

Indudablemente esto lo debí decir lo mismo que lo pensaba, con cierta pena. Pedro sacudió sus manos, se las secó lentamente, y luego, mirándome con esa autoridad de los hombres que están seguros de lo que dicen, exclamó:

—No, señorita, no pienso marcharme. Es que no trabajo más, sencillamente.

—¿Por qué?

—¡Porque la señorita de Saint-Franchy se ha creído sin duda que estamos en los tiempos de Luis XVI!

—¿Es posible? ¿En los tiempos de Luis XV? ¿La señorita de Saint-Franchy?

—¡La misma! Figúrese usted que hace un momento viene y me dice, poniéndose muy tiesa: «Pero, ¿qué hace usted, Pedro? Son las ocho y todo está lleno de basura. ¡Hágame el favor de barrer mejor!» ¡Hágame el favor! ¡ni que fuese un rey! ¿No vivimos en un país republicano? Señorita, á usted le confieso que puedo merecer una observación. Pero una lección, nunca: vivimos en un país republicano. Y esa niña, esa Saint-Franchy se olvida siempre de esto. Si hubiese venido y me hubiese dicho: «Pedro, es menester que barra usted mejor», nos hubiésemos entendido. Pero «¡Hágame el favor! ¡Hágame el favor!» Por eso no la obedecí. La señorita comprenderá por qué.

Yo hice como que lo comprendía. Pedro recogió su escoba.

Y esto mismo sucede en todas partes, en el Norte y en el Sur, en el Este y en el Oeste. Después de la India el verdadero país de las castas es el nuestro. Todo aquel que quiere ser influyente, aunque no sea más que entre sus vecinos más cercanos, debe conocer diez sociedades distintas, cada una de las cuales tiene sus leyes de honor, su código de cortesía, muchas veces su idioma, y su amor propio siempre.

Pues bien; en esta Francia abatida existen infinidad de hombres y de mujeres que dominan el difícil arte de aliviar las desgracias humanas, de procurar un poco de tranquilidad á sus semejantes, de infundir en ellos al-

guna esperanza. Unos lo hacen por amor de Dios, otros solamente por amor al prójimo. Un observador atento que estudiase un barrio de cualquiera ciudad de Francia, se quedaría al pronto aterrado al ver tanta miseria. Pero si perseveraba, comprendería que no consiste todo en descubrir los males y en señalarlos. Admiraría la ingeniosa ternura que visita, no á todos los desgraciados, pero sí á muchos de ellos. La soledad en medio de la desgracia es aun una excepción en esta Francia penetrada de caridad. Tiende á ser menos rara, y las causas serían muy fáciles de adivinar. Pero nadie conoce las leyes á que obedece esa invisible amiga que se llama piedad. Hace prodigios. Aparece cuando nadie la espera. Se está ocupando ya del desgraciado cuando éste se cree olvidado. Los que buscan para socorrerlos á los seres más pobres, á los más abandonados, á los más enfermos, á los niños que más en peligro se hallan, cuando se dirigen á la casa del pobre suelen encontrar las huellas de lo desconocido que les ha precedido. «—Dígame usted, señora, ¿es efectivamente la bruñidora del 42 la que se ha quedado viuda? —Sí señorita; ¡qué pena! —¿Queda con tres niños? —Nada más que con dos; porque la vecina del entresuelo, que está bastante bien, se ha encargado del mayor. Y además, han recogido en el barrio un poco de carbón: es una cantidad pequeña pero esto siempre es un consuelo, en medio de la desgracia; ¿no le parece?»

¡Fraternidades! Las aldeas saben de ellas más que

las ciudades. He interrogado á varios alcaldes de pueblo, y entre ellos, á muchos de esos «nobles tronados», de los que todo el mundo se burla, pero que nadie reemplaza cuando los echan de sus fincas; á muchos directores de industrias rurales, dueños de molinos ó de hornos de cal, herreros y labradores. Todos se quejaban de las molestias del cargo, de los abusos de los prefectos, de las envidias, de las ingratitudes, de las traiciones, que son la moneda que circula con más profusión hasta entre los pobres. «Entonces, ¿por qué no lo deja usted?» No niegan que es por algo de amor propio ó de interés. La mayor parte añaden, sin embargo: «No dejo el cargo, porque mi conciencia no me lo permite, pues siendo alcalde puedo impedir que se haga mucho mal y hacer mucho bien.»

¡Fraternidades! Creo que su papel tiene una importancia inmensa. Tal vez gracias á ellas la sociedad conserva aún el equilibrio.



XXVII

La herencia del tío Mannoir.

EL señor Le Bidon, que tenía la costumbre de cortar en dos su apellido porque esto le parecía indicio de nobleza, ex-constructor de carruajes, ex-aspirante á concejal de Orleans, estaba algo enemistado con el banquero Mannoir, su primo. No le faltaban motivos. El principal, el más humano, era la diferencia que había entre sus fortunas, entre sus posiciones sociales, entre las libertades que éstas autorizan. Precisamente á Le Bidon le parecía que no gozaba de libertad desde que se había retirado de sus negocios. Antes sí la había disfrutado, mientras vivió entre sus obreros que trabajaban á su lado y le llamaban familiarmente «abuelo», y entre sus parroquianos, á los que recibía con una obsequiosidad impertinente, por haber leído en los periódicos artículos que le gustaban mucho, contra «los que consumen y no producen» y por haber sufrido numerosos retrasos en el pago de sus facturas. Cuando el automóvil se puso tan en boga, se decidió á

las ciudades. He interrogado á varios alcaldes de pueblo, y entre ellos, á muchos de esos «nobles tronados», de los que todo el mundo se burla, pero que nadie reemplaza cuando los echan de sus fincas; á muchos directores de industrias rurales, dueños de molinos ó de hornos de cal, herreros y labradores. Todos se quejaban de las molestias del cargo, de los abusos de los prefectos, de las envidias, de las ingratitudes, de las traiciones, que son la moneda que circula con más profusión hasta entre los pobres. «Entonces, ¿por qué no lo deja usted?» No niegan que es por algo de amor propio ó de interés. La mayor parte añaden, sin embargo: «No dejo el cargo, porque mi conciencia no me lo permite, pues siendo alcalde puedo impedir que se haga mucho mal y hacer mucho bien.»

¡Fraternidades! Creo que su papel tiene una importancia inmensa. Tal vez gracias á ellas la sociedad conserva aún el equilibrio.



XXVII

La herencia del tío Mannoir.

EL señor Le Bidon, que tenía la costumbre de cortar en dos su apellido porque esto le parecía indicio de nobleza, ex-constructor de carruajes, ex-aspirante á concejal de Orleans, estaba algo enemistado con el banquero Mannoir, su primo. No le faltaban motivos. El principal, el más humano, era la diferencia que había entre sus fortunas, entre sus posiciones sociales, entre las libertades que éstas autorizan. Precisamente á Le Bidon le parecía que no gozaba de libertad desde que se había retirado de sus negocios. Antes sí la había disfrutado, mientras vivió entre sus obreros que trabajaban á su lado y le llamaban familiarmente «abuelo», y entre sus parroquianos, á los que recibía con una obsequiosidad impertinente, por haber leído en los periódicos artículos que le gustaban mucho, contra «los que consumen y no producen» y por haber sufrido numerosos retrasos en el pago de sus facturas. Cuando el automóvil se puso tan en boga, se decidió á

vender su taller. Desde que no fabricaba ni vendía, no sabía de qué hablar. Excepto cuando salía con su perro á cazar al campo en el cual, solitario y alborotador, aullaba tanto como su galgo; excepto durante unas cuantas horas pasadas diariamente en el café entre unos parroquianos que por su puntualidad le trataban con deferencia, la vida le parecía monótona y poco agradable. Su carácter se agriaba. No se acostumbraba á encontrarse con su primo Mannoir que sabía hacerse el lazo de la corbata, que sabía andar, hablar, juzgar un caballo sin tocarlo, reír sin escandalizar, ultimar una venta en dos minutos, como si las cosas que se venden tuviesen siempre una etiqueta con un precio fijo, y que decía saludando con la mano: «¡Adiós, Bidon!» (1) expresión con la cual aludiese tal vez, al abdomen del ex-constructor de carruajes y que en todo caso era muy enojosa, sobre todo, cuando Mannoir añadía un «amigo mío», que hacía más honda la herida. Además, una de las causas que les separaban, era la gordura del uno y la esbeltez del otro. ¡Cómo se hubiese apresurado Le Bidon á correr á Marieband si hubiese creído que unos cuantos vasos de agua restablecerían la igualdad de formas! Y la causa principal de su mutua antipatía era la herencia, por ambos codiciada, del tío Mannoir.

Mannoir, el tío, que había vivido mucho tiempo en París, y que todavía pasaba dos meses al año en la ca-

(1) *Bidon*, colodra.

pital, residía en un castillo cercano á la ciudad, rodeado de prados, de tierras de labor, de viñas, de bosques, en fin, en una finca hermosísima. Los presuntos herederos no disimulaban lo que les agradaba la Jodelle. Procuraban embellecer el parque en donde uno de los dos viviría, y en donde entretanto, vivía el tío Mannoir. Los regalos de Le Bidon tenían el defecto de parecer siempre una réplica y de carecer de originalidad. Sin embargo, no por ello eran mal recibidos. ¿Que el banquero regalaba una gamuza viva, un kiosco techado con paja y trescientos metros de verja? Pues Le Bidon enviaba en seguida un perro alemán tan grande como la gamuza y dos de esos patos del Nyanza, que tienen una cresta en forma de corazón. ¿Que el banquero prometía al tío Mannoir un gran jarrón pintado para adornar la pradera? Pues el ex-constructor de carruajes pedía permiso para llevar un león de yeso con su pedestal. El tío Mannoir, en sus relaciones con estos dos herederos, daba muestras de una despreocupación notable. Fomentaba su rivalidad. No era de esos tíos ricos que vacilan en hablar de sus disposiciones testamentarias. Él repetía, explicaba á los interesados sus propósitos, no todos, ni siquiera los principales, pero sí los más delicados, los que demostraban lo bien que á ambos conocía aquel viejecito delgado, de tez roja, de cabellos blancos, pródigo de palabras, hablador prudente y admirable de indiferencia. Decía á su sobrino, al elegante:

—Tú llevas mi apellido, querido, y por eso te desti-

no mi vajilla de plata que tiene mi inicial. Hay en ella cosas preciosas, sobre todo esas dos ensaladeras cinceladas que recuerdan la famosa vajilla de plata de los Braganza...

—Sí, tío.

—Yo he estado en Portugal, y el rey Carlos, á quien confié este detalle...

Al constructor de carruajes le decía:

—A ti te corresponde mi berlina con todos los arreos, naturalmente: es casi una restitución. Y mira, te vendrá bien; empiezas á engruesar, la berlina parece un colchón de pluma. Yo que no puedo dormir en ninguna parte, duermo en ella abriendo la ventanilla.

Así, pues, había un testamento.

El tío Mannoir no se explicaba sobre lo esencial; olvidaba decir á quién había de tocarle la finca; olvidaba repartir su fortuna, que debía de ser bastante considerable, á juzgar por lo que gastaba. En esto hacía mal según sus herederos. Pero el buen señor debía tener sus razones para ello. No recibía sólo á los dos pretendientes, sino también á sus mujeres y á sus hijas, que le besaban, le tenían por confidente, le entretenían, y que, sin embargo, en casa del viejo se mustiaban de aburrimiento, como una hoja verde de lechuga en la jaula de un pájaro.

Una sola inquietud, punzante, atormentaba á veces á Mannoir, el banquero. ¿No dejaría el tío una cantidad importante á aquel otro sobrino, aquel sobrino segundo, huérfano de padre y madre, que acababa de en-

trar de escribiente en el juzgado? Un pobre diablo, á quien jamás se veía en la Jodelle; medio jorobado, medio cojo, medio tartamudo, al cual podían hacer peligroso hasta sus mismas desgracias y su alejamiento. ¿En qué, en quién no ha de pensar un hombre tan generoso, tan preocupado con su propio testamento como el tío Mannoir?

El tío Mannoir murió la semana pasada. Apenas se telegrafió la noticia á Orleans, los dos herederos se encontraron en la antesala del juzgado. El ex-constructor de carruajes llegó el segundo, sofocado, aunque había ido en coche, y temblando de emoción. Su primo y rival le saludó con aquella desenvoltura que envidiaba Le Bidon, y llamándole esta vez por su apellido completo, le dijo:

—Tú vienes, lo mismo que yo, á pedir que pongan los sellos en el castillo, querido Le Bidon. Me parece, en efecto, que debemos tomar esa precaución, por el guarda, por ese matrimonio sospechoso...

—¡Por todo!—replicó duramente Le Bidon.

—Tal vez tengas razón. Pero veo que hoy tienes tú más prisa que yo. Has llegado después; pasa primero.

Le Bidon entró en la sala en donde, en ausencia del juez de paz, estaba el escribiente que ignoraba el fallecimiento de su tío Mannoir. Afirmó que había un testamento y que conocía las cláusulas. Era un plural algo arriesgado. Para mantener su derecho, para poner de su parte al escribano, para consolarle de no partici-

par de la fortuna de su tío Mannoir, le puso en la mano dos monedas de cinco francos y murmuró:

—Pon muchos sellos y carga la mano en el lacre, desconfío.

El banquero Mannoir hizo lo mismo y dió veinte francos, pero excusándose con los gastos que ocasiona un viaje. El escribiente cogió los luises y dió las gracias tartamudeando, por lo que las dió dos veces.

Y aquella tarde la justicia se trasladó á la Jodelle. Mannoir, que había ido en automóvil, la esperaba. Le Bidon no tardó en llegar; el guarda se había puesto su placa, en la cual se leía: «La ley». Gravemente, abriendo el guarda las puertas para que entrasen en las habitaciones el juez, el escribiente y los herederos, y cerrándolas después, procedieron á buscar el documento en que constaba la última voluntad del difunto Mannoir. No hallaron nada en el despacho, ni en la alcaoba, ni en la mesita de ébano del salón. Los herederos comenzaban á ponerse nerviosos. El juez, que hasta entonces no había dirigido la palabra á aquel guarda sospechoso, de corva nariz de indio, arbolada por el alcohol, preguntó:

—Guarda, ¿no sabe usted nada?

El guarda se irguió, levantó una mano...

—No jure usted, no hace falta.

—Entonces, señor juez, diré sencillamente que está debajo de la Venus de bronce del salón.

Allí estaba, en efecto, el testamento del tío Mannoir; allí estaba, en un sobre abierto.

Fué un instante trágico. En medio del salón, bajo la araña, el juez de paz recorrió con la vista el pliego de papel sellado. Por sus labios resbaló rápidamente una sonrisa, que pudo tomarse por una contracción nerviosa. Luego, declarando que sólo obraba en calidad de amigo oficioso, y mascullando las palabras para demostrarlo más claramente, dió lectura á las principales disposiciones del testamento. Mannoir confesaba...

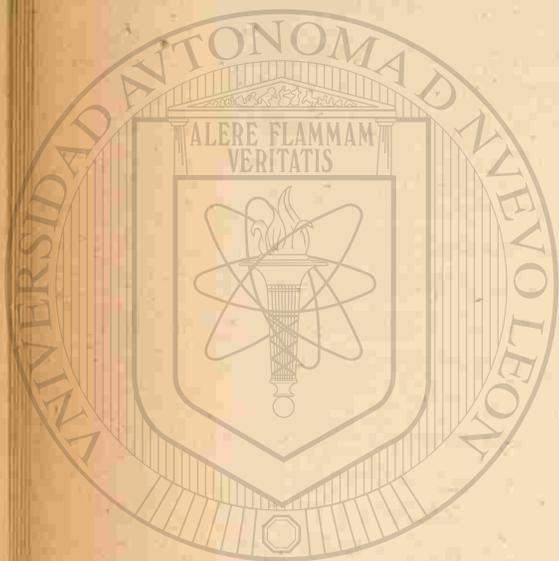
—¡Guarda, retírese usted!—dijo Le Bidon.

Mannoir confesaba haber entregado su capital á una Sociedad, á cambio de una «renta vitalicia». No se disculpaba, por lo demás, y legaba la Jodelle y los muebles, «sin excepción», á Romorantin, su ciudad natal.

Le Bidon recibió muy mal la noticia, y juró como juraba en sus buenos tiempos, cuando un obrero le estropeaba una collera. Su coheredero no dijo nada al pronto. Estaba pálido; disimulaba la rabia que el otro no había sabido ocultar. Después de un momento de silencio, hizo un gesto con la mano y dijo:

—Cállate, Bidon; lo que nos sucede es una cosa natural: los hombres se heredan siempre unos á otros, pero hasta el último momento, nadie sabe jamás quién habrá salido ganancioso, si los vivos ó el muerto. Nos hemos equivocado. ¡El tío es el que se pasó la vida heredando!

Vengo del entierro del señor Mannoir.



XXVIII

La orquídea huracán.

—¡Chico, el tiempo no está seguro, ten cuidado!

—Sí, señor Parémont.

—Mira si las puertas de las estufas están todas cerradas; temo que tengamos viento; las estrellas parpadean esta noche muy descaradamente entre las nubes.

—Sí, señor Parémont.

—Vendré á relevarte á las cuatro de la mañana... No te duermas... Prepara bien el calorífero... que la temperatura no baje de doce grados; pero como la noche parece que va á ser fría, yo en tu lugar apretaría un poco y llegaría á los trece ó catorce...

Parémont, que había entreabierto la puerta vidriera y que la sujetaba con una mano, en tanto que con la otra sacaba afuera y levantaba en alto el farol cuadrangular, Parémont, repito, volvió la cabeza para añadir con una voz contenida, trémula y acariciadora, como la de un poeta que recita sus versos:

—Piensa, chiquillo, en que tenemos en flor cinco *Cattleya Tryanæ*, las más hermosas de todo París.

Respondióle una risita de fauno, y en la obscuridad palabras de *argot* y de latín, caprichosamente mezcladas, siguieron al horticultor que cerraba la puerta.

—¿Y la *Brassavola Digbyana*? ¿Por qué no habla usted de ella? ¡Pues así que no es maja la flor, con esa facha de canario que se esponja!

El horticultor se había marchado. Tricotel, muchacho parisiense, cuyo nombre de pila era Jerónimo, se quedó solo en el túnel ramificado de la estufa, entre los millares de orquídeas que los cristales defendían del frío, de la muerte. Tenía conciencia de su responsabilidad, cuanta puede tener un zagal de diez y seis años, que nunca ha tenido más de tres francos en el bolsillo los domingos, para el aperitivo, el *restaurant* y el teatro. El padre se quedaba con lo demás, como era natural. El padre era el cochero ciego de los Termes, que ha debido llevaros en su coche por lo menos una vez en vuestra vida el día de vuestra llegada: un hombre cortés, ya lo recordaréis, que se conformaba con la propina que se le daba, y que cuando se le había pagado, se acercaba al ojo derecho la mano llena de dinero. Tenía la pretensión de ver con aquel ojo. Muchas personas aseguraban lo contrario. Lo cierto es que el tío Tricotel no salía más que de noche, después de las siete, cuando las calles están más solas. Enganchaba su caballo, un animal que tenía mucha experiencia, que había nacido también en París y que

sabía dejar la derecha á los coches que iban en sentido contrario, acortar el paso al doblar una esquina, y obedecer á los guardias cuando levantaban su bastón; bajaba por la avenida de los Campos Eliseos, y las señoras de cierta edad, que iban en busca de un cochero de confianza y de un caballo manso hacían una seña á Tricotel que no lo advertía, y á su caballo también, el cual se paraba algunas veces.

Esto fué causa, como es natural, de la entrada de Jerónimo en casa del horticultor Parémont. Quedó vacante la plaza del ayudante que cuidaba de la estufa durante la noche, y como Tricotel se enterara, dijo á su hijo:

—«Eres demasiado joven para sentarte en un pescante, Jerónimo; pero, entretanto, puedes ir aprendiendo á velar. Esto será el principio del aprendizaje. Y hasta te considero más feliz que yo, porque estarás calentito y trabajarás entre flores.»

Á Jerónimo le gustaba su oficio: el velar no, pero las orquídeas sí. Hacía un año que vivía en casa del horticultor de Vauves, y desde entonces, aquel muchacho imberbe, de labios gruesos, pero que tenía en los ojos toda la gracia de su calle, descarado y decidido, se había puesto á estudiar los sistemas de cultivo de Parémont, los caracteres y la historia de las variedades «nacidas en la casa», como él decía, ó importadas de países cuyo solo nombre daba calor: Brasil, Java, Né-paul, Assam, Filipinas, Ecuador. Con el amo abría los cajones en los cuales se envían las preciosas plantas;

extendía, en los enrejados colocados sobre las tinas llenas de agua de lluvia, los tallos marchitos, los bulbos medio secos, las raíces contraídas y como muertas que, tres ó cuatro meses antes, habían cogido en las malezas ó en el bosque virgen los buscadores de orquídeas. «¿Qué color tendrá esta, maestro?» preguntaba. «Ahora lo veremos, muchacho: aquí tienes el *Angrecum sesquipedale*, una de las flores más bonitas de Madagascar, y mucho más linda aquí, en nuestros invernaderos, que allá en la isla; del tamaño de la palma de la mano, con cinco pétalos de cera blanca y transparente y una espuela como las de los ginetes mejicanos; aquí está la *Phalenopsis grandiflora*, rostro de nieve y cuello de oro; una *Desidrobicum* que tendrá coronas de perlas salpicadas de púrpura violada, y una almadreñita verde, un alfiler de corbata, un esmalte que pertenece al *Cypripedium*. ¿Qué más quieres? — Quisiera, señor Parémont, una orquídea que tuviese el color de mi sangre cuando me pincho. — ¡También yo daría cualquier cosa por tenerla, Jerónimo! Pero la orquídea es una rubia, le gusta el nácar, el blanco, el rosa, toda la gama de los violados y los malvas, tiene miedo del rojo cereza.»

A veces el horticultor, complacido, decía: «Jerónimo, te gusta enterarte de las cosas del oficio. Ya sé que es uno de los que más apasionan, pero después de todo, tú no te has criado entre orquídeas como yo; ni siquiera hace un año que estás conmigo: ¿qué es lo que tanto te gusta en esta flor?» Un día que

acababa de repetir la pregunta, oyó Parémont la voz del obrero que contestaba: «¡Mire usted, es que la orquídea vive del aire, y en el barrio de los Jermes, sé yo que tiene muchos parientes!»

Jerónimo pensaba precisamente en esta broma mientras paseaba por las estufas, entre las plantas que debía preservar del frío; unas crecían en macetas en las que no había ni tierra, ni estiércol, sino solamente un poco de musgo mezclado con raíces de helecho; otras, con las raíces casi al descubierto, en cestas colgadas ó en alguna rama... Sí, era verdad; todas vivían del aire tibio, saturado de humedad, en el cual se bañaban noche y día; eran plantas poco apegadas á la tierra, constructoras de nidos en los árboles, bohemias del país de la luz, acostumbradas á pasarse sin el común sustento, pero inmensamente ricas en transparencia de flor, en fantasía y en alma.

Esta última idea tal vez no la formulase Jerónimo Tricotel muy claramente; pero, á pesar de ello, regocijaba su espíritu de bohemio. El ayudante del jardinero, llevando también en la mano un farol, recorría el invernadero examinando las puertas, consultando el termómetro, dando media vuelta á las llaves, arrodillándose junto á la boca del calorífero, que estaba en el otro extremo del jardín, en un departamento especial. El viento agitaba las esterillas de paja enrolladas encima de las techumbres de hierro. Á veces rugía. Es la fiera que corre y que no matará. Luego todo quedaba en silencio. Cuando Tricotel pasaba por junto á una

puerta, sentía en el cuello y en las manos el zarpazo del viento glacial.

Terminada su ronda volvió á la entrada de la estufa principal en donde se había separado de su amo, dejó el farol sobre una tabla, en medio de un grupo de orquídeas adultas, de seis, siete y ocho años, y, sentándose en una maceta colocada boca abajo, se puso á contemplar, tratando de no dormirse, las flores que más le gustaban. A pesar del mal tiempo y del poco sol de los días de invierno, habían florecido cuatro *Cattleya Tryana* y hasta una *Lælia Digbyana*. Esta (un canario con las plumas erizadas, según Jerónimo), no tenía más que una flor, cinco pétalos de un amarillo verdoso, y en el centro, una mancha extravagante, una manchita color de oro que se extendía, se expandía formando un círculo y terminaba en rayos tenues é innumerables. Ahora bien, en lo más profundo del cáliz, un puntito de púrpura, una gotita de sangre dormía entre los reflejos amarillos. Las *Cattleya*, de un color malva pálido, con el centro de terciopelo violeta, eran iguales á las que todos los días estamos viendo en los escaparates de las floristas, y sólo llamaban la atención por sus tallos y la belleza de su forma.

Jerónimo se durmió. Transcurrieron las horas. De repente, un estrépito horrible, cristales que se hacen añicos, objetos pesados que caen al suelo, una racha de viento frío... El farol se ha apagado. Jerónimo comprende; se ha olvidado de cerrar una puerta, y el

viento glacial ha entrado por ella, azota los cristales que se rompen, mata las plantas, arruina al amo. Encendiendo con gran trabajo su farol, y lo primero que en medio de su espanto se le ocurre, es mirar la hora que es. Las tres y media. Con un movimiento rápido, haciendo girar el brazo, ilumina el ala derecha del invernadero; todas las plantas aparecen caídas en el suelo ó flotando en las tinas llenas de agua; las cinco orquídeas que tanto le gustaban, las *Cattleya* y la *Lælia*, entre el polvo, confundidas unas con otras, y con todo su musgo desparramado, están, sin duda, muertas ya; lanza un grito; quiere huir; un bulto, un hombre furioso se precipita sobre la luz que el muchacho tiene en la mano.

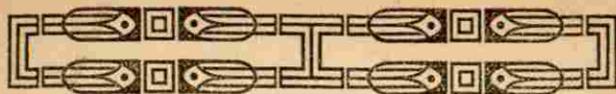
—¡Miserable! ¡Miserable! ¡Qué has hecho!

Entonces el chiquillo da media vuelta, echa á correr, salta de estufa en estufa, se escapa, gana la puerta del jardín y sigue huyendo por las calles de Vauves.

El destrozo era grande; Parémont se creyó arruinado y perdió cinco minutos en llorar. Era un artista, un ser todo sentimiento, es decir, muy débil y muy enérgico. Pronto recobró la esperanza, porque la esperanza reside en el fondo de todo amor, y sólo, sin tener quien le ayudase, en la obscuridad, empezó á tapar primero los cristales rotos, y después á recoger sus muertos y sus heridos. Cuando vió el grupo fangoso, revuelto, lamentable, que formaban las *Cattleya* y la *Lælia*, apartó los bulbos, los tallos y las flores destrozadas; no tardó en quedarle en la mano la única de

las cinco orquídeas triunfales, la única que estaba intacta, y observó que en la caída, la flor de oro y púrpura de la *Lælia*, había ido á estrellarse contra otra, y como era poeta, dijo: «¡Si de ti pudiera salir una semilla!» Y la semilla apareció tras de interminables días de espera. Tardó quince meses en madurar. Una vez sembrada la semilla en el musgo, necesitó seis años para convertirse en una hermosa planta.

Al fin floreció. Parémont veló muchas noches acechando la primera sonrisa de los pétalos que se entreabrían. ¡Oh, maravilla! la manchita roja se ha extendido; ya se ha hallado la flor híbrida roja. Parémont no la ha enseñado más que á contados amigos; dentro de tres ó cuatro años espera exponer en París una cesta llena de orquídeas «huracán». Y dice: «Aquella tormenta me hizo perder todo; nació un germen inesperado, y recobré lo perdido.»



XXIX

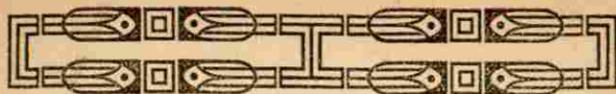
Las lecturas.

EL número de aficionados al arte ha aumentado considerablemente. En todas partes tropiezo con ellos. La hija de mi portera, muchacha instruída que no sabe quién es Dios, dice con toda exactitud, cincuenta años más, cincuenta años menos, los que tiene un bordado. Es una afición grande y general. Se miran más cuadros, se escucha más música que antes. Los placeres se han multiplicado y popularizado; no transforman las almas, no las iluminan sino por un instante; son fugitivos; pero, de esto no tienen la culpa los que los disfrutan, y yo estoy muy contenta de que sean tantos.

Contenta y algo asombrada. Cuando entro en la Exposición—no en la de otoño, en la de primavera—no puedo menos de pensar: «¡Cuántos pintores! ¡Cuántos aficionados! Cómo, toda esta multitud viene aquí arrastrada por la necesidad de admirar?» Sí, á su ma-

las cinco orquídeas triunfales, la única que estaba intacta, y observó que en la caída, la flor de oro y púrpura de la *Lælia*, había ido á estrellarse contra otra, y como era poeta, dijo: «¡Si de ti pudiera salir una semilla!» Y la semilla apareció tras de interminables días de espera. Tardó quince meses en madurar. Una vez sembrada la semilla en el musgo, necesitó seis años para convertirse en una hermosa planta.

Al fin floreció. Parémont veló muchas noches acechando la primera sonrisa de los pétalos que se entreabrían. ¡Oh, maravilla! la manchita roja se ha extendido; ya se ha hallado la flor híbrida roja. Parémont no la ha enseñado más que á contados amigos; dentro de tres ó cuatro años espera exponer en París una cesta llena de orquídeas «huracán». Y dice: «Aquella tormenta me hizo perder todo; nació un germen inesperado, y recobré lo perdido.»



XXIX

Las lecturas.

EL número de aficionados al arte ha aumentado considerablemente. En todas partes tropiezo con ellos. La hija de mi portera, muchacha instruída que no sabe quién es Dios, dice con toda exactitud, cincuenta años más, cincuenta años menos, los que tiene un bordado. Es una afición grande y general. Se miran más cuadros, se escucha más música que antes. Los placeres se han multiplicado y popularizado; no transforman las almas, no las iluminan sino por un instante; son fugitivos; pero, de esto no tienen la culpa los que los disfrutan, y yo estoy muy contenta de que sean tantos.

Contenta y algo asombrada. Cuando entro en la Exposición—no en la de otoño, en la de primavera—no puedo menos de pensar: «¡Cuántos pintores! ¡Cuántos aficionados! Cómo, toda esta multitud viene aquí arrastrada por la necesidad de admirar?» Sí, á su ma-

nera. Llena el *Gran Palais*, como otras veces llena los Invernaderos del *Cours le-Reine*; en ambas ocasiones contempla las flores. Los paisajes, los cuadros de género ó de historia, las pinturas decorativas, le producen la misma emoción que le han causado las begonias, las orquídeas, los geránios y los crisantemos; el placer de contemplar el rojo, el azul, el verde, el amarillo, la colocación de los macizos y la armonía de los grupos. Tanto aquí como allá, se goza en considerar la legumbre más hermosa del año. Lo monstruoso le hace reír. También lee nombres en los carteles. Y los recuerdos le son gratos. He aquí el progreso. Tenemos la vista más educada. Casi todos y casi todas somos pintores, y muchas expresiones reservadas antes para los estudios, circulan en la vida corriente. Cuando mi amiga Jacoba resume su opinión sobre un retrato, y me dice: «Mira, es una sinfonía en gris malva, deliciosa,» cree haberlo pensado. En lo que se equivoca. Pero, le ha deleitado el gris malva, seguramente.

Músicos también hay muchos, aunque no tantos, porque la música es un placer del cual no se disfruta así como así: es una alegría más espiritual, más íntima. Ahora bien, el recogimiento no es una cualidad que abunda en el siglo xx. Yo he asistido á muchos funerales y á muchas misas de velaciones y no he advertido semejante disposición ni en parientes ni en amigos. Y por el contrario, en las misas de alba de *Notre-Dame-des-Victoires*, en Montmartre y en los conciertos, he visto

personas completamente abstraídas. El recogimiento y la concentración del pensamiento en un tema sugerido, debe estudiarse los domingos por la tarde en los teatros en que las buenas orquestas ejecutan sinfonías. Tres mil, cuatro mil personas escuchan inmóviles, con la cabeza derecha si los dos oídos funcionan bien, inclinada sobre un hombro si uno de los oídos está un poquito torpe. La vida interior hállase pendiente de la batuta, y la mirada se ha suprimido. Es una ausencia universal y repentina. Ocho mil ojos permanecen abiertos, pero no ven, á menos que miren hacia adentro, hacia el espíritu profundamente turbado, envuelto en ligeras neblinas, como las que al amanecer suben de los lagos, de los estanques y hasta de las hondonadas en donde el agua parece agotada. Es necesario observar á los espectadores del último piso, de las localidades que son caras á pesar de todo, á esas gentes que se están de pie durante dos horas, ó sentadas en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las piernas extendidas, ó amontonadas en la escalera. No se ven unos á otros. Hombres, mujeres, jóvenes, viejos, se han aislado completamente. ¡No les toquéis! ¡No les despertéis! Se hallan en un estado de fraternidad hostil; gozan indudablemente de la misma música, pero con un egoísmo agudo é irascible que desencadenaría un estornudo, una carcajada, un gesto inoportuno. No se mueven y todos viajan. Son arrasados por las mismas notas á sueños diferentes. Es un ascender constante de globos de los cuales son

cautivos algunos, y los restantes se elevan á prodigiosas alturas. Y si queréis juzgar y medir la distancia recorrida, observad, cuando termina la sinfonía, cómo van poco á poco serenándose las fisonomías; mirad todos esos rostros extáticos á los que torna la vida, como la sangre á una mano dormida. Los ausentes vuelven á encontrarse; parece que se saludan. Algunos, sin embargo, permanecen insensibles, dominados por el encanto de las notas desvanecidas. No se reaniman. Sus ojos siguen velados por las sombras; díriase que en la sala hay numerosos nihilistas.

Yo creo que esta doble educación del oído y de la vista, ha influido de una manera singular en el gusto literario de nuestra época. La multiplicación de aficionados á la pintura y á los deportes ha favorecido el buen éxito de la literatura descriptiva é impresionista, y no solamente me refiero á los libros de viajes, sino á las novelas y artículos que son puramente de adorno, en donde aparece una idea única, solitaria y malsana, ahogada por los perfumes y la luz. No los critico. Á veces hasta me complazco en leer tales obras que sólo producen cansancio á una parte muy pequeña del espíritu. Son muy á propósito para nuestra curiosidad, nuestras secretas perezas, y nuestras languideces siempre dispuestas á mostrarse. Lo único que quiero hacer constar es que tienen una clientela numerosa, como nuestras exposiciones de pinturas. El aficionado á la pintura lo es también á la lectura. Y además, todos esos descriptivos son también músicos, y por esta cua-

lidad es por lo que nos cautivan. La música de las palabras hace que nos forjemos la ilusión de un pensamiento. Proporciona un placer en que el alma y el cuerpo se interesan al mismo tiempo; hipnotiza; hace creer á lectores muy discretos, por lo demás, que hay pensamientos oscuros como hay rayos invisibles, y que pasan junto á ellos, y que van á adivinarlos: no lo consiguen.

Lo confesaré ingenuamente,—y ¿por qué una solterona no ha de tener derecho á decir su opinión sobre los libros que lee?—Temo que esta literatura no dure mucho. Tengo miedo de que suceda con ella lo que con la tapia de mi jardín: no era vieja; estaba hecha de piedras superpuestas, sin argamasa, sin yeso, y el viento la derribó; no una tormenta ó un ciclón, sino una racha de viento que ni siquiera arrebató una hoja á los boneteros y á las encinas. Verdad es que ha habido grandes artistas que han escrito frases ininteligibles, destinadas á producir una simple sensación; pero sabían que lo hacían y aquello no era más que un accidente. Su estilo era muy distinto. Creían que un escritor es, ante todo, un hombre que piensa, y que la música de las palabras y la belleza de las imágenes deben servir para embellecer el pensamiento, pero no para sustituirle. Sabían que al lirismo hay que vigilarle. Estos son mis autores favoritos. Me entusiasma la solidez de su imaginación. ¡Hay tantos libros hueros! Me halaga que un hombre se haya tomado por mí el trabajo de reflexionar, de coordinar, de com-

poner, de no mostrar más que lo mejor de su espíritu; le agradezco que no me diga todo, que me deje algo que adivinar, un ovillo de lana, del cual me dirá sencillamente: «Aquí tiene usted el cabo, señorita; no tiene usted más que tirar.» Y hasta creo que este dominio de sí mismo es lo único que merece el nombre de belleza. Muchas veces oigo á mis amigas ponderar «la belleza» de un libro. Lo compró, y de cada tres veces dos no hallo más que crudezas de forma en una obra insulsa, mal planeada, por un cerebro débil que no tiene más que arrebatos y cóleras. Siempre me ha parecido que la belleza era una cualidad del conjunto.

Cuando he podido conseguir una noche de libertad, después de estar visitando, correteando y charlando todo el día, abro uno de esos libros que el asunto, el nombre del autor ó mis amigos me han recomendado. Si me habla del tiempo presente, de los seres que me rodean, de nuestras inquietudes, de nuestras esperanzas, de nuestras miserias, en fin, de mí misma, me convierto para él en una entusiasta amiga, le hablo, le interrogo, lo comento en vez alta. Si está escrito por un artista, entonces no leo, lo saboreo, y llega el caso de olvidar todo lo demás por gustar la frase. Este es uno de los placeres más grandes que conozco, y sería entretenida la crítica que clasificara la frase típica de cada autor. Cada escritor tiene la suya. Hay la frase crítica, el rectángulo alargado, una de las mejores formas clásicas; la rectilínea; la ojiva; la frase *cabochón*, ampulosa y enfática; el falso granito; el falso mármol

antiguo, tan extendido hoy; la frase latina, rica en cadencias y en circunloquios, y otras muchas. Un amigo me decía: «Aquí tiene usted los castaños, la flor es una obra de arte completa, el racimo es otra obra de arte, y también lo es la rama que lo sustenta, y el árbol entero se compone de arquitecturas perfectas armoniosamente combinadas.» Lo mismo puede decirse de un libro de verdadero mérito, y es una felicidad haberlo conocido. También lo es el reconocer, entre estas formas innumerables, las que son completamente «de casa», las del genio francés, y seguir el filón, sin error posible, á través de los siglos. Á veces, leo media página y me quedo después contemplándola durante toda una noche, como un gran paisaje ó como un alma que tuviese ante mis ojos.

¡Interesante asunto! ¡Es de los que me apasionan! ¡Cuántos prejuicios funestos y ridículos á propósito de la lectura y de las lecturas! ¡Cuántas veces me he rebelado contra ellos! Me parece que me será fácil recordar todo: mis conversaciones, mis respuestas, mis indignaciones, mis discursos acudirán inmediatamente á mi pluma. ¡A cuántas mujeres no he dicho algo de lo que voy á exponer!

Hermanas mías, vosotras, las que leéis, no toméis jamás este arte de la lectura por una prueba de inteligencia, ni por un título que permita á los instruidos despreciar á los que no lo son. Nosotras nos burlamos de los salvajes que tienen fe en los fetiches. Pero los fetiches abundan hoy, y millares de personas tribu-

tan á la lectura un culto inmerecido, cuando confunden la afición á la lectura con la instrucción, y la falta de afición á la lectura con la ignorancia.

No, no; los ignorantes no son siempre los que pasan por tales. Y cuando la ignorancia se reduce á la falta de cultura literaria, se comete una doble falta contra el amor fraternal y contra la observación más elemental.

¡A cuántos compatriotas habría que acusar de ignorancia!

Tened presente, que la mayor parte de los franceses están privados de la cultura literaria por sus mismas ocupaciones. Y así es preciso que sea. Empléense los medios que se empleen para lo contrario, jamás podrá llegar á formarse un pueblo de literatos. Esto sería una especie de suicidio, y de los más dolorosos. Conocer á fondo cuánto se relaciona con la profesión de cada cual... ¡oh!, eso ya es otra cosa! Pero el obrero dedicado á rudos trabajos manuales lee poco; el labriego lee bastante menos; les falta tiempo y hasta gusto á esos seres que deben tener los ojos y los brazos ocupados en otros objetos y no en el libro impreso. Su vida está ligada al movimiento, al de la máquina ó al de la savia; está llena de alegrías, de zozobras, de triunfos, de fracasos, de pasiones que nacen de fuentes que no son las del pensamiento escrito, y está fundada en la experiencia, una gran maestra también, que habla al corazón, en voz baja y constantemente. ¡Cuán grande sería nuestra maldad y hasta nuestra necesidad si despreciásemos á los que por razo-

nes necesarias no pueden tener la misma cultura que nosotros, y que aunque la tuviesen la olvidarían en seguida!

El hombre que lee poco ó que no lee cumple una misión bienhechora; puede tener la superioridad del oficio; puede elevarse hasta los refinamientos del arte; es, en todo caso, una fuerza inteligente, responsable, digna de respeto, de ayuda y de afecto. En sus cualidades desarrolladas por la práctica de su oficio y no por la lectura, es en la que confiáis. Cuando subís á un automóvil, os gusta que os digan que el *chauffeur* conoce perfectamente su máquina, y os estremeceis ligeramente, y no por pura admiración, si os afirmasen que en aquel momento estaba meditando en la *Divina Comedia*, ó que preparaba una edición comentada de los fragmentos de Anacreonte. Para doncellas buscáis muchachas que sepan bien su obligación, y os inspiraría algunas sospechas el carácter, la exactitud ó la habilidad profesional de la que al ir á pretender vuestra casa, os interrogase sobre el mérito de la última edición de Montaigne ó sobre el de los seis tomos de cartas de Horacio Walpole, publicados por Mr. Paget Toynbee.

El labrador que posee arados de tres rejas, segadoras, trilladoras de vapor, abonos químicos, establos llenos de magníficos animales, pajares bien contruidos y bien provistos, será un hombre que valdrá muchísimo, aun cuando carezca de cultura literaria. Será un hombre superior entre los de su oficio, y esta superio-

ridad excluirá siempre la instrucción general por la lectura. Y ya comprenderéis que el no estimar más que á los que pueden leer, sería condenarnos á despreciar á un número inmenso de personas utilísimas en la vida, y reducir considerablemente el círculo de nuestra fraternidad.

Pero, no solamente sería muy cruel el desprecio que alcanzase á tantos hombres. Resultaría, además, completamente injusto con sólo comparar al hombre que lee con el que no lee, y preguntar á ambos: «¿Qué sabéis del mundo, qué sabéis de la vida?»

Porque no es más rico en ideas el que más ha leído, sino el que ha pensado más. Ahora bien, como los medios de enseñanza son infinitamente variados, y como la vida es, por sí sola, una maestra admirable, resulta que los espíritus sin cultura alguna, los supuestos ignorantes, pueden ser inteligencias portentosas. ¿Á quien no le ha ocurrido escuchar un pensamiento profundo de labios de un hombre que parecía un manzano rechoncho, nudoso, retorcido, de un hombre incapaz del menor refinamiento? Y, en efecto, no eran sino almas incultas. Pero, eran almas, es decir, soberanas de un reino oculto: el campo en que vivimos, los bosques, las casas ó las estrellas. El tesoro del sentido común—que aún no está agotado,—ha sido formado por el trabajo anónimo de esa multitud ignorante. El pueblo está acostumbrado á la observación más exacta; cuenta con siglos enteros para dar autoridad á sus sentencias que la ciencia niega primero y descubre

después; á veces es poeta, encierra en una frase el secreto que durante mucho tiempo ha guardado; es sabio por haber mirado con diez mil ojos, escuchando con diez mil oídos, y por haber vivido la vida humilde y sufrida, entre las injusticias, los choques de amor propio, los escasos favores del vecino, y las alegrías difícilmente defendidas. Comprended esto. Ser incapaz de soportar la vida llena de privaciones, es ya muy triste. Pero, no comprender á los que la viven, no hacerles justicia, eso, en verdad, ya es demasiado.

Yo he conocido muchos hombres y muchas mujeres que habían vivido siempre á dos dedos de la miseria, y que eran tan sabias como Salomón ó como la reina de Saba. Se expresaban medianamente; razonaban de un modo admirable. Sus juicios no se limitaban á lo concerniente á su oficio; conocían el mundo por haber sufrido por él. Lo que decían, llegaba á oídos de los que les rodeaban, y á veces daba fruto, lo mismo que un ejemplo. Sus palabras tenían el peso leve que hace que las semillas vuelen y caigan. Eran sembradores, cosa que no se improvisa. Un día, en Inglaterra, visité una finca inmensa. El propietario me dijo: «Venga usted conmigo hasta aquella casita, en el parque; quiero presentarle á usted á mi intendente»; y mientras que nos dirigíamos á aquella casita de ladrillo obscurecido lo mismo que el castillo, por las brumas de los valles inmediatos, pero embellecido por la hiedra, de hojas menuditas, añadió: «Este hombre es para nosotros un amigo; comenzó por ser guardabosque y

armar trampas en el campo; después ascendió; luego llegó á ser lacayo, primer cochero, mayordomo con todo el personal de la casa á su cargo, y por último hace muchos años, administrador de la finca. Es un hombre que apenas sabe escribir, con letra de imprenta, pero de todo está enterado y yo no hago nada sin consultarle; lady X... hace lo mismo; si muriese, yo tendría que retirarme á un convento.»

¡Y los artistas! Sé muy bien que no se acostumbra á clasificarlos entre los incultos. ¿Pero, cuántos pintores de genio, escultores, y grabadores, no han conocido más que el pensamiento que nace de la luz y que brota del choque de nuestras almas con las cosas? Cuántos no han leído jamás; cuántos no han escrito más que á su madre para decirle: «Estoy bien», á un amigo para darle una cita, ó á un comerciante de cuadros para pedirle dinero! ¡Y sin embargo, sus obras son libros silenciosos é inmensos!

Pero, esta sabiduría en los menos cultos de nuestros hermanos, puede ser aún mayor. La ternura más delicada, la abnegación más sublime la han comprendido millones de seres ignorantes; muchos han vislumbrado más verdades superiores que los redactores de los periódicos y los autores de libros; han rebasado las fronteras científicas; son viajeros que retornan con los ojos aún deslumbrados por la luz que han visto, y que dan lecciones á los grandes y á los pequeños que las necesitan.

No, los ingenuos, los pobres, los ignorantes, no son

necesariamente los necios que tantos novelistas describen unos tras otros, indefinidamente; en todo caso tienen esto en su favor: no han despreciado la luz y la siguen maravillados no bien la perciben. ¡Cuántos hombres instruídos no hacen tanto! Yo, por mi parte, juzgo de la superioridad de las almas por su amor á la Divinidad, ya sepan su nombre, ya lo ignoren. Imagino que la Samaritana del Evangelio no era una intelectual. Había tenido cinco maridos; es de suponer que entre tantos, alguno la habría repudiado. Esta sucesión de esposos fué causa de que la inspirase gran desconfianza la solidez del matrimonio contraído al estilo de su provincia de Samaria. Y por ello había llegado á profesar la teoría del amor libre, ni más ni menos que los literatos más avanzados de nuestros días. Hallábase moralmente, en un estado lamentable, viviendo fuera de la ley, en la más completa ignorancia de toda idea superior, pensando que sería completamente dichosa si el pozo estuviese menos lejos de la ciudad y costase menos trabajo sacar el agua. Hubiese muerto en esta abyección si Cristo no hubiese pasado por ahí. Cuando la habló, trató de mentir, porque era culpable y mujer; cuando vió que estaba enterado de todo, comprendió que era más que un hombre; cuando oyó la palabra perdón, comprendió que era Dios, é inmediatamente se convirtió en el apóstol de la ciudad, é hizo conquistas opuestas á las primeras y por el amor eterno.

¡Ah! cuánto amo yo á esas pobres gentes, no porque

saben pocas cosas, sino porque tienen más disculpa que otros cuando no son como debían ser, y porque se elevan más de prisa no bien vislumbran el camino! ¡Cuánta admiración me causó, hace pocos días, la anciana madre de un muchacho cortador de pizarras! Me decía que para enviar á su hijo á un convento á unos ejercicios que debían durar tres días, había pedido prestados á una vecina cinco francos, lo que costaba el viaje y la comida. Y como le dijese que aquello me conmovía, contestó: «Qué quiere usted, señorita; una es madre, y una no sabe cuidar más que de los cuerpos.»

Quisiera que las mujeres distinguidas pudiesen decir otro tanto.

Hermanas mías, aquellas que leéis, no confundáis el arte de la lectura con la moralidad. Este es otro prejuicio, que ha estado muy en boga, y cuya tiranía causa aún algunos daños, si bien ha perdido ya muchos defensores. Victor Hugo, escribió:

«Abrir una escuela es cerrar un presidio.» ¡Ay! desde la época en que el poeta estampara esta frase sonora, se han abierto muchas escuelas; no creo que se haya cerrado ni una sola cárcel. El escritor daba de este modo una apariencia antitética y poética á una idea que se quería popularizar.

«El conocimiento del alfabeto y las lecturas que le siguen son causas de moralidad. Todo hombre que lee, es superior en moralidad al que no lee.»

No sólo hay hombres de genio para formular estas

cosas: existen también hombres cándidos para creer en ellas y darles mayor autoridad con ayuda de las estadísticas. Durante muchos años han estado esperando, sinceros, confiando en que los números, lo mismo que los hombres, iban á aplaudir al poeta. Pero la criminalidad no se modificó en el sentido profetizado. Hoy día, casi todos los acusados saben leer; y hasta hay muchos que han cursado la segunda enseñanza. Acaba de publicarse un resumen del estado de la cultura en los presidios. Y el número de delinquentes ha aumentado.

Ha sido necesario recoger velas. El autor del estudio general sobre la justicia en Francia, desde 1826 á 1880, comenzaba á dudar de la proposición. No la condena, pero ya no podía apoyarla. Decía: «Hay que renunciar á la esperanza de encontrar sólo en la estadística la explicación de la influencia de la instrucción sobre la criminalidad.»

Un estudio mucho más reciente, el que se refiere á las causas criminales vistas en Francia, durante el año 1905, va mucho más allá en su confesión.

Después de enumerar las demandas, denuncias y juicios de faltas, que en 1835 fueron 114.009, que en 1850 ascendieron á 200.000 y que alcanzaron la respetable cifra de 546.000 en 1905, el redactor de estas páginas oficiales, pasa á formular algo así como un pensamiento. Estas cifras le ofuscan. Por otra parte sabe perfectamente que el número de escuelas ha aumentado. En vista de ello se defiende con lo incierto

de los datos, declara que todo esto es muy obscuro, y abandona la estadística, no pudiendo resolverse á volver por completo la espalda á la utopía. Y, he aquí lo que dice:

«No existe, pues, ninguna relación bien determinada entre el desarrollo de la instrucción y la criminalidad. Por lo tanto, no es necesario tratar de determinar por medio de la estadística criminal, la influencia que el progreso de la instrucción primaria ejerce sobre la moral pública.»

Podemos preguntarnos cómo una idea tan sencilla ha tardado tantos años en llegar á ser oficial. En 1881, un periódico, *Le Temps*, observó muy acertadamente: «Entre cada 100 acusados, se encuentran 30 analfabetos, 66 individuos que saben leer y escribir y 4 que han recibido buena educación: por lo tanto la educación, más bien que la instrucción, es lo que elevará el concepto de la moralidad en el hombre.» Por fin encontramos ya palabras exactas y conceptos colocados cada cual en su lugar, es decir, separados. Preciso es repetirlo. Es necesario convencerse de ello. El hecho de saber leer constituye un medio de aprender cosas buenas ó malas, y la elección en la dirección de las lecturas, es un acto de la voluntad y un efecto de la educación, que decidirán del provecho moral ó del daño encerrado en esa incógnita, en este poder indiferente que se llama el arte de la lectura. Antes que nuestros estadísticos, lo había confesado un filósofo inglés, y creo que fué Herbert Spencer el que dijo: «No

veo más relación entre el hecho de saber juntar las letras y la moralidad, que entre la moralidad y la costumbre de tomar un baño todas las mañanas.»

Otro prejuicio, de los más extendidos, consiste en creer que un libro, con tal de que esté bien escrito, no puede hacer daño. Esto lo oigo decir en la calle, en casa de los pobres, en las reuniones...

¡Oh! sé perfectamente que se hace una excepción en favor de las muchachas. Todo el mundo conviene en que tienen derecho á una especie de sistema protector. Pero, en cuanto una mujer se casa, parece que ya puede leer impunemente toda clase de libros. Yo no lo creo así.

Tal vez pudiéramos admitir que un hombre ó una mujer, ya en la madurez, de inteligencia viva y cultivada, que esté acostumbrado á los sofismas y desprecie la bajeza moral, pueda leer muchos libros, aunque sean falsos, aunque sean malos, siempre que tenga necesidad de hacerlo. ¡Pero, leer de todo! ¡Y leer de todo antes de haber leído mucho! Pensad en el espantoso cúmulo de mentiras, y de necedades, y de perversidad moral que representa, junto á las más puras obras maestras ú otras dignas de estimación, una literatura cualquiera, aún cuando no se tengan en cuenta más que los escritores de talento y sus libros hábilmente escritos! ¿Y tenéis tanta confianza en vosotros mismos para pensar que esa mezcolanza de sistemas, de afirmaciones, de insinuaciones, de llamamientos á la sensualidad, de descripciones y de contradicciones no

causará mella en vuestro espíritu? ¿Creéis que con tal que un libro esté artísticamente hecho, es inofensivo, como si el arte no prestara mayor fuerza y un encanto mayor á doctrinas ó á sentimientos cuya grosería, á no ser por él, os hubiese repugnado? ¿O bien imagináis que admiraréis exclusivamente la forma y que permaneceréis insensibles á la idea bien engalanada y dominante?

No, no lo creo, y no lo creo, por dos razones. Primero, porque he visto inteligencias clarísimas turbadas y trastornadas por miserables sofismas escuchados demasiado pronto, sin bastante desconfianza, con demasiada vanidad personal. Y he conocido también muchísimas personas excelentes que habían cambiado de sonrisa, y de mirada, y de alma sin sospecharlo casi, y en las que influían visiblemente esas lecturas mal llamadas ligeras, y que son las más pesadas, puesto que tuercen lo que está derecho. No, estoy segura de que la necedad, aunque sea genial, el error, no puede penetrar en un espíritu sin entenebreerlo, y que las mujeres honradas, los hombres dignos, pierden parte de su honradez leyendo libros inmorales.

Y á falta de la experiencia, ¿no basta la razón para combatir ese prejuicio de que la lectura es inofensiva? Afirmar que un libro no puede perjudicar un espíritu ya formado es proclamar una de estas dos cosas: ó que el hombre es impecable, ó que los principales medios de instrucción no tienen poder ninguno.

Es necesario elegir. Y esto es lo difícil. Y es tanto más difícil cuanto que, casi siempre es pueril dividir los libros en buenos y en malos. Seguramente, los hay completamente malos. Pero muchos libros buenos no lo son sino relativamente; la pregunta y la respuesta son y deben ser personales, individuales, y lo que es bueno para éste puede ser perjudicial para aquél.

Si yo tuviera que dar una fórmula, me decidiría por ésta: es necesario ser superior al libro que ha de leerse. ¡Entendámonos! ¡No se trata de leer los libros que sea uno capaz de escribir! Esto reduciría de un modo notable la importancia de las bibliotecas. Quiero decir que es necesario saber presentir que posee uno, por naturaleza y por educación, una cultura bastante sólida, una resistencia moral suficiente para que, siéndonos provechosa la parte sana del libro, no nos perjudique la mala.

A esto es á lo que yo llamo ser superior al libro que uno lee. Pero, ¿y si no se ha leído?, me diréis. Otros lo habrán leído. Los libros tienen su fama, su perfume, su aroma. Y después de todo, no obráis de otra manera cuando yendo de caza saltáis una cerca ó un arroyo. No sabéis con exactitud la altura ó la anchura que tendrá el obstáculo, pero como conocéis á vuestro caballo, estáis seguros de que lo saltará. Esto mismo hacen los marinos cuando dicen que navegan «á la buena de Dios», fiados en su saber, en su excelente vista y en su finísimo oído, para guiarse á través de la niebla ó de la obscuridad. Yo añado que entre

dos excesos, el exceso de confianza es siempre el que nos solicita.

Esta es, en suma, una ley de buena fe. Las muchachas solteras tienen una manera muy sencilla de aplicarla: hacen leer á sus madres. Las casadas jóvenes de la clase media no siempre tienen el mismo recurso, porque, generalmente, sus maridos leen poco, y hasta se de algunos que no leen nada, y hay una gran diferencia, cosa que no es nueva en el mundo, entre la cultura de la mujer y la del marido. Pero, las madres de las muchachas son aficionadas á la lectura. Cuando una madre lee en voz alta delante de sus hijas, desempeña uno de sus papeles más bonitos, y lo desempeña admirablemente. Ejerce el derecho de censura. Da los cortes necesarios, y lo hace con tanta habilidad, ligando tan bien los párrafos que nadie lo advierte. ¿Habéis observado esto? Cuando un hombre lee un libro que no es á propósito para una Margarita inocente, la expresión de su rostro revela que va á suceder algo; se turba; le tiembla la voz; hace pausas que restan interés á la lectura y que pueden subrayar un párrafo obscuro y hasta intercalar una frase en cada paréntesis. ¡Cuánto más perspicaz es la madre, sencillamente por ser madre! La maternidad crea dos almas á la vez: la del hijo y la de la madre. La madre que lee tiene un aplomo de autor, y lo que es más, una impertinencia muy oportuna; reemplaza una palabra con la misma facilidad con que daría una puntada en su bordado; no tiene miedo de que la consideren necia

ó ridícula, ó de quedarse cortada, y nunca le sucede tal cosa. ¡Ah, con cuántos y con cuán utilísimos correctores cuentan los escritores cuando han terminado su cometido los regentes de las imprentas! ¡Qué buenas lecciones recibirían si pudiesen oírlas! Y de este modo, muchos libros, que no pueden ser leídos en el original, pueden serlo en la edición maternal. ¡Cuán preferible es, á mi modo de ver, este sistema que ese indiferente abandono, que deja á una muchacha reducida á leer las novelas escritas expofeso para ella, y que la obliga á esperar con impaciencia el momento en que podrá abrir los libros que lee su madre á solas y para sí! ¡Cuántas lecturas serias, educadoras de la voluntad, podrían de este modo preparar, no enamoradas nutridas solamente de novelas y poesías, sino mujeres formadas para mirar la vida, con esa hermosa valentía, con esa rectitud de juicio, con esa clara percepción del deber, ese desprecio del mal que da fuerzas para soportarla, para conquistarla, como un reino del cual se llega á ser soberana! Y así se adquieren derechos imperecederos al agradecimiento de los hijos. Cuando crecen y juzgan, no la vida, sino su vida, y pueden ver que su juventud ha sido inteligentemente guiada y amorosamente respetada, que se ha defendido ella misma hasta donde alcanzaban sus fuerzas y que cuando éstas le han faltado, la han defendido; cuando se sienten fuertes, desarrollados, sanos, hallan para sus madres palabras distintas sin duda en la forma, pero semejantes en el fondo, á las que oí una vez

á una niña que yo conozco: «Mamá, tú eres la más linda; yo te he elegido.»

¡Época de prueba, época de preparación! Bueno es que dure, puesto que la libertad aumenta á medida que la curiosidad disminuye. Y luego llega la edad en que los ojos han visto tantas tempestades que pueden calcular el peligro con solo mirar el color de las olas. Entonces podemos ir muy lejos, con tal de que conozcamos los faros. Entonces somos como un viejo piloto que puede hacerse á la mar haga el tiempo que haga.

Hermanas mías, las que leéis, estad persuadidas de que si nuestras lecturas no han de traspasar el límite impuesto por el respeto que á nosotras mismas nos debemos, en cambio su variedad ha de ser ilimitada. No seamos solamente mujeres aficionadas á la lectura, sino mujeres instruídas y hasta sabias, lo cual es mejor, á pesar de lo que dice Molière. Muchas lecturas no son sino una operación perezosa del espíritu. Tienen su tiempo marcado. Cuando ocupan todo nuestro tiempo, es demasiado. ¿Qué método debe seguirse? Creo que para esto no lo hay. No diré esto á un muchacho que esté estudiando una carrera; los diplomas suponen que se ha seguido un programa. Y lo mismo pienso tratándose de una mujer que quiera obtener un título. Pero la mayor parte de las mujeres leen por satisfacer un gusto ó un capricho. Que sigan, pues, las inspiraciones de su gusto ó de su capricho y que sobre su mesa los autores españoles estén confundidos con los

franceses; los italianos con los ingleses; que salten sin remordimientos del siglo xix al xvii, y á la Edad Media, si así le place, y hasta á los clásicos latinos. Siempre he observado cierta superioridad en las mujeres que conocen algo el latín, y esta superioridad consiste en una especie de serenidad de juicio, en un gusto delicado y seguro de sí mismo. El orden importa poco. Lo que importa es la variedad del estudio; el número de ventanas abiertas desde las que se puede contemplar el mundo. Además es necesario ser exigente, y es preciso saber violentarse un poco.

Cuando se trata de instruir á mujeres, parece que la primera preocupación del profesor, del autor del discurso ó de la conferencia, es la de «entretenerlas» como se decía antes. Se dirigen á su imaginación, á su sensibilidad. Y en esto no hacen mal. Pero rara vez se dirigen á su razón; temen no ser comprendidos. Y de que abriguen este temor infundado, de que, en el fondo, tengan tan mala opinión de nosotras, es de lo que me quejo.

Las mujeres no necesitan conocer la historia de la filosofía, ni quemarse las cejas estudiando los manuales en los que se ve hasta qué abismos de necedad puede arrastrar á inteligencias elevadas un error inicial mantenido por el orgullo. Desearía, sencillamente, que conociesen los principios fundamentales de la filosofía acerca de los cuales tanto oirán hablar ó disparatar. Es necesario que sepan, no solamente que X... es un idiota, y que Y... es otro imbécil,—esto ya lo sabrán si

los conocen,—sino por qué lo son; que no sientan solamente un horror instintivo á una doctrina falsa, sino que con una palabra, sin discusión, sin pedantería, puedan demostrar que han advertido el error, que le conocen, que no se han dejado engañar por un orador ó un sofista.

Las mujeres están en disposición de recibir semejante enseñanza, ya por medio de un profesor, ya por medio de un libro. Tienen una maravillosa rapidez y seguridad de comprensión, tanto en el orden de ideas como en el de sentimientos. Y saben servirse admirablemente de las armas que se les proporcionan. Para deshacer un enredo no hay arma mejor que un alfiler de sombrero. Las mujeres lo esgrimirán con tanto más gusto cuanto que, casi siempre advertirán que la verdad dignifica á las mujeres y aumenta su influencia como esposas y como madres.

Ante todo, es necesario que se dediquen á un estudio atento de la doctrina católica. Aquí hablo de las creyentes que tienen que defenderse, pero también de otras que tienen que saber. A éstas les diré: «Vosotros también debéis estudiar la religión, no en los libros, que la definen para combatirla, sino en los que la exponen. El sentimiento de la vida y la visión del mundo cambian por completo, según que el espíritu ignore esta cuestión ó la conozca á fondo. El dejar de estudiarla constituye una falta cuya importancia es enorme, aunque sólo se tengan en cuenta las consecuencias humanas. Porque hasta las mismas que es-

tudiando la fe no consigán hallarla, por lo menos encontrarán la inmensa ventaja de comprenderla y de ser más justas al hablar de ella. Están seguras de que este estudio ha de ennoblecerlas, ha de hacerlas capaces de obrar con más justicia.»

No olvido que la fraseología usada en los discursos ó en los artículos electorales, permite á los hombres que desconocen por completo estos problemas, calificarse á sí mismos de espíritus independientes ó emancipados. Pero, la realidad es completamente distinta. Durante mi vida, he podido comparar las dos especies de hombres y mujeres: los que entienden y los que no entienden de cuestiones religiosas. Pues bien; no tengo más remedio que decir que la ignorancia en materia de religión es una causa cierta de inferioridad intelectual. Hay una sociedad de la que están excluidos ciertos hombres y ciertas mujeres, y esa sociedad es numerosísima. Hay hombres á los que no conocen, cuyo idioma no comprenden, y esos hombres son sus hermanos, y se cuentan por millones. Sin una religión aceptada, ó por lo menos comprendida, la historia es en parte ininteligible; la más bella de las artes, la arquitectura, la música, la pintura, la escultura, no entregan jamás su alma á almas demasiado olvidadas de la religión; las palabras más hermosas, las de fraternidad, moralidad, inmortalidad, pierden gran parte de su vigor y de su importancia; se advierte lo poco que representa la imaginación humana en el progreso social.

¡Qué lástima! Se adivina, se ama al admirable ser en que ese hombre se convertiría si en lugar de la insignificante lámpara de minero con que se alumbra, caminase á la luz del sol. ¡Cuántos de éstos he conocido! A veces, todo lo sabían menos lo esencial; gozaban de merecida fama, poseían el don de la palabra, eran ingeniosos, amables, tenían un deseo vivísimo de ser útiles á su patria, y una modestia sincera á veces. Pero no les inspiraban curiosidad las cosas divinas; eran impotentes allí donde otros hombres, millones de ellos, se sentían libres; me parecían barcos magníficos cuyas velas penden por falta de vergas y de cuerdas en tanto que las embarcaciones pequeñas se dirigen á alta mar. El poder del pensamiento que abarca el origen y el fin de las cosas; la armonía de un sistema en el que nada ha sido omitido, en el que la naturaleza no ha sido sacrificada, sino idealizada y exaltada, la prodigiosa comunión de las almas en el universo y á través de los siglos; todas las barreras del tiempo y del espacio destruidas, todas estas riquezas y otras muchas, cuyo tesoro intacto suelen poseer otros hombres más humildes, las desconocen ellos por completo. Hablan conmigo y al mismo tiempo que reconozco su saber en las cosas humanas, advierto su ignorancia en las divinas y su completa buena fe.

Sí, á veces experimento una simpatía viva y cierta compasión hacia esos hombres que no piensan como yo. No es una simpatía ordinaria, puesto que no nace solamente de las cualidades de que han dado pruebas,

sino de la contemplación de un poder inactivo que reside en ellos, que podría desarrollarse y aumentar la belleza de su espíritu, su energía, su audacia y su alegría.

Y por ello digo: «Vosotras las que leéis, llegad en vuestras lecturas hasta más allá de la vida.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	Páginas.
ADVERTENCIA.....	7
I.—La vocación de una solterona.....	11
II.—Una vida.....	19
III.—Octavia Merle.....	29
IV.—El tío Mulot.....	37
V.—La cerca de espinos.....	47
VI.—La trágica.....	55
VII.—Un dispensario.....	65
VIII.—El señor Josuah.....	71
IX.—Conversación con el señor cura.....	85
X.—Meditaciones sobre la aldea.....	93
XI.—La <i>Buscapanes</i>	101
XII.—Los tres mozos de la Haussière.....	111
XIII.—La perla.....	121
XIV.—El anillo de boda.....	129
XV.—Los regalos.....	139
XVI.—Un solterón.....	147
XVII.—La señora Cantarein.....	155
XVIII.—El consejo de Viernes Santo.....	163
XIX.—El drama de Kerfeun.....	171
XX.—El segador.....	181
XXI.—El perro de color de helecho seco.....	193
XXII.—La cama de la tía Moineau.....	201
XXIII.—La aldea abandonada.....	211
XXIV.—La quinta de la Rueca.....	219
XXV.—Los ojos.....	227
XXVI.—Fraternidades.....	235
XXVII.—La herencia del tío Mannoir.....	243
XXVIII.—La orquídea huracán.....	251
XXIX.—Las lecturas.....	259



N
B363m

UNIVERSITARIA
"DON SO REYES"

NO. CLAS.
N
B363m

DE NUEVO LEÓN

UNIVERSITARIA
"DON SO REYES" N
B363m

1933-1932
solterona.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANTL



